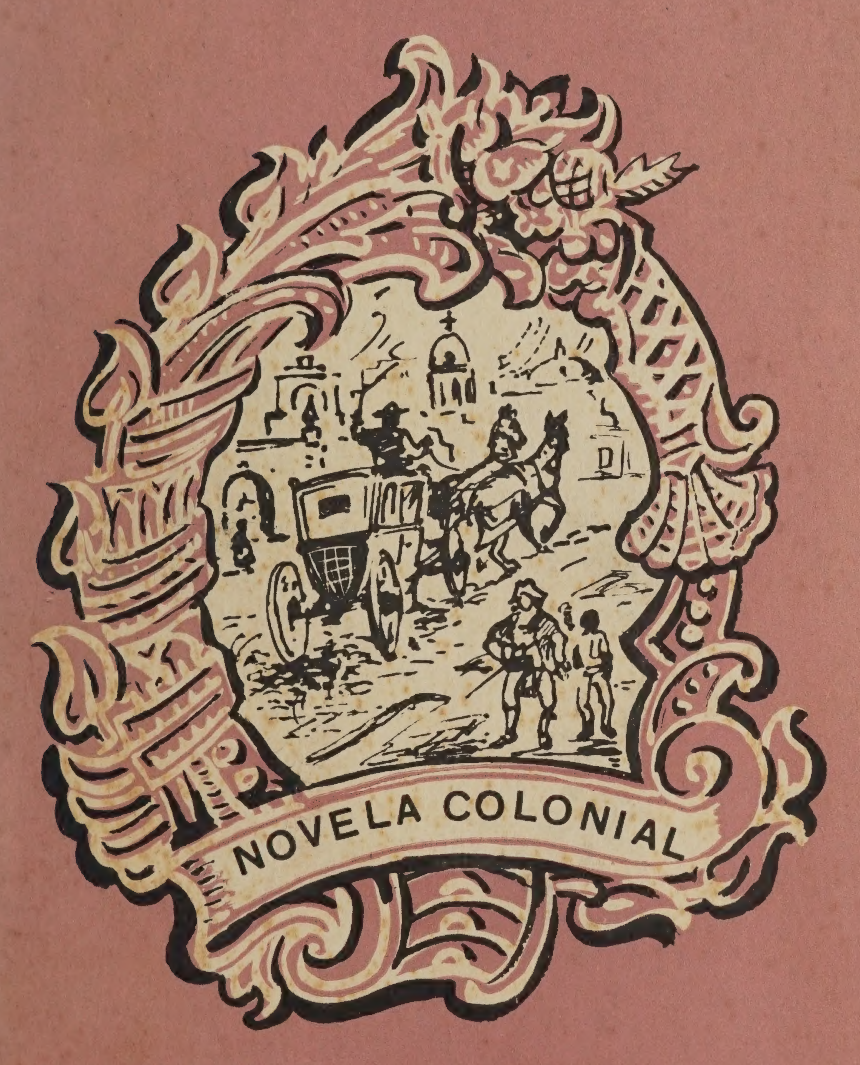
JOSE FELIX DE LA PUENTE

POR LA ESTIRPE



PROLOGO DE: LUIS ALAIZA PAZ SOLDAN

EDICIONES THE UNIVERSITY SOCIETY & ED. AUSONIA S. A.

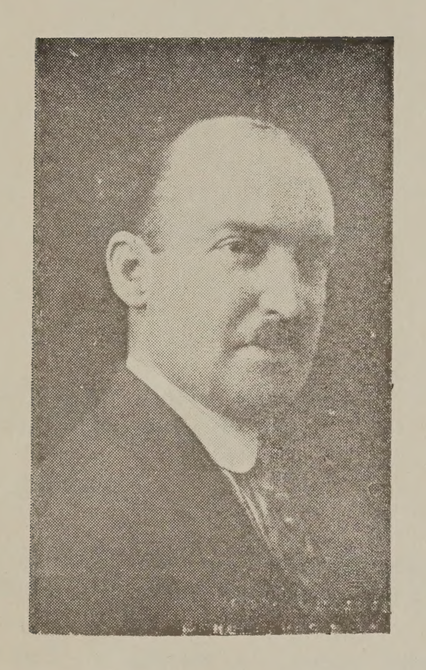
JOSE FELIX DE LA PUENTE

POR LA ESTIRPE

NOVELA COLONIAL



(Primer premio en el concurso promovido por el Supremo Gobierno en conmemoración del Centenario de Ayacucho.- 1924).



José Félix de la Puente

OBRAS DEL AUTOR

TEATRO:

Lucha de Almas.—Drama en 4 actos.
Un pierrot.—Drama en 3 actos.

NOVELA Y CUENTO:

"La Visión Redentora".—Novela. Dos ediciones; Tipografía Olaya, Trujillo, y folletín de "La Crónica".

"En este valle de lágrimas".—Cuentos. Editorial "Euforión", Lima.

"Herencia del Quijote".—Novela. Segundo premio en el certamen convocado por la Editorial Franco-Ibero-Americana de París entre escritores latinoamericanos.

"El Forjador".—Novela corta. Editorial University Society.

"La niña de las zarzas".—Folletín Revista "Variedades", Lima.

"Evaristo Buendía".—Premio Nacional de Cultura "Ricardo Palma" de 1945. Editorial Losada, Buenos Aires.

NOTA DE LOS EDITORES

Un imperativo de justicia al mérito y a la vez de cumplimiento de un deber patriótico nos lleva a la publicación de esta novela, Primer Premio del Concurso Literario del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Lo primero, respecto a la obra misma y a su autor, Dn. José Félix de la Puente. Lo segundo, el avocarnos el compromiso contraído por el país, ya que esta novela debió ser publicada por el Estado, conforme lo dispuso expresamente la Resolución Suprema del 26 de Diciembre de 1924.

Nos complace considerar cumplido el deber que nos hemos impuesto de editar este libro, para lo cual hemos contado con el apoyo cordial y entusiasta del Presidente del Directorio de la Editorial Ausonia, Dr. Toto Giurato. Al hacerlo, no nos mueve el deseo de destacar la postergación arriba citada, sino la satisfacción de haber rendido justificado homenaje al autor, brindando al público la oportunidad de apreciar una obra que mereció en tan importante conmemoración centenaria el máximo galardón.

LOS EDITORES.

PROLOGO

José Félix de la Puente y Ganoza, el limeñísimo escritor trujillano que se iniciara gallardamente a principios de esta centuria, es autor de cuatro novelas y de un sin fin de cuentos, y en más de una ocasión ha cortado laureles en los concursos literarios. No voy a recordar que la parte práctica de los premios no llegó a cogerla, porque, no obstante haber transcurrido un cuarto de siglo, el veredicto del jurado quedó incumplido por la autoridad, en su parte económica. Mejor es silenciar esto para no desprestigiarnos; y, por otra parte, ello importa poco. Lo positivo es que José Félix triunfaba.

Ya desde antes contaba con el veredicto de los lectores; pero éstos son como los gobiernos. Sus fallos unánimes y esplendorosos no se traducen en pecunia. Sin embargo, en el Perú, ya es mucho para un autor el ser leído aunque no comprado.

Dos de las novelas de Puente son románticas: La Visión Redentora y Por la Estirpe; las otras dos La Herencia del Quijote y Evaristo Buendía son realistas y exhiben con crudeza malos hábitos, mezquindades y necedades de nuestras costumbres. Pero esta disparidad de escuelas no es resultante de la evolución producida por los años; pues "La Herencia del Quijote" es de los

primeros tiempos del escritor, y "Evaristo Buendía", la última; en tanto que la "Visión Redentora" es de 1917 y "Por la Estirpe" fue presentada al concurso organizado con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho en Diciembre de 1924, esto es, apenas siete años después de "La Visión Redentora".

La misma observación puede hacerse sobre sus cuentos. En los dos volúmenes impresos con treinta años entre el primero y el segundo, mézclanse los románticos y los naturalistas conjuntamente con otros de ingenio y travesura. Los hay de variada tendencia, todos buenos. El que da su nombre al tomo "Las Islas Azules" es crudo y fuerte como de Guy de Maupassant. "La Visión Redentora" está tejida sobre una trama traviesa: contristado el viejo Coronel Rosas, que más que militar parece parlamentario por lo cubiletero, al descubrir en su bella e inocente hija Carmen una pasión torturante por un poeta huraño, melancólico y desganado, comienza a pergeñar cartas y más cartas de una supuesta dama que, enamorada del poeta, va despertando en él la sensación del amor, afinándolo como a un violín, para que la dulce doncellita coseche sus ópimos frutos y pesque al hombre soñado.

Esta forma de romanticismo es muy diferente de la que trasciende en "Por la Estirpe", obra que, naturalmente, se desarrolla en los días más novelescos de Lima, los de la emancipación, con los últimos destellos del siglo XVIII y postrimerías de los de capa y espada, virreyes y eclesiásticos, grandes capitanes libertadores de pueblos oprimidos, recuerdos, nada más que recuerdos, de la Santa Inquisición que ya había perdido las garras, digo, las parrillas, chismes, misterios y conspiraciones. El orgulloso marqués empingorotado, el amor puro de la hija, damisela delicadísima, y el galán de ultraromántica leyenda, porque resulta hijo bastardo de Virrey, viven y se mueven con elegancia y naturalidad en la ciudad de los Reyes, de Pezuela y San Martín.

Pero Sebastián Taboada el galán, cae bajo las garras del Marqués padre, y pena su osadía en un negro calabozo, hasta que fuga, como en "La Cartuja de Parma", se enrola bajo los pabellones de San Martín y luego de Bolívar, mientras la muchacha enamorada, que agoniza de ansiedad temiendo por la suerte que corra el amado, cambia los dulces coloquios pasados a través de la reja con Sebastián, que pela la pava en la oscura calle, coloquios maestramente vertidos por José Félix de la Puente, por otros purísimos y místicos, con la imagen de la Virgen de su dormitorio y con el Divino Niño. ¿Le habla, realmente, el Niño Dios o son alucinaciones de chica apasionada? El autor se guarda bien de decírnoslo.

Pero estos diálogos acaban por santificar a la muchacha, quemando en ella todo vestigio de amor humano y colmándola del encendido fuego de Catalina de Sena y de Rosa de Lima; de lo cual resulta que caundo Sebastián el bastardo del Virrey Fray Francisco de Taboada y Lemos, después de haber guerreado en luengas campañas llega al locutorio del Convento donde Encarnación hase desposado ya con Cristo, la encuentra dulce y delicada como siempre, pero inmaterial y mística. No hay en su corazón lugar para amores con ser humano alguno. Encarnación hase elevado tanto que está haciendo milagros. Bueno, esto no lo dice tampoco el avisado autor, pero cuéntase en las calles y hogares de la Lima milagrera del tiempo ido.

Desesperado Sebastián va a hacerse matar en la última carga, decisiva de la batalla de Ayacucho, único consuelo para quien ha visto morir dos veces a la mujer que no puede olvidar, primero al sepultarse entre los muros de un convento, después cubierta materialmente bajo la tierra de la cripta.

El relato se desarrolla en un ambiente genuinamente colonial, porque hasta Ayacucho y después de Ayacucho seguimos coloniales. Sus bien caracterizados personajes son gente

de su tiempo y hablan en el lenguaje de la época. La trama amorosa es idílica y al separarse los amantes siguen viviendo y mueren como tales.

Desde su aparición en el mundo de las letras, José Félix de la Puente exhibió su claro talento y espíritu observador, independencia para juzgar y arte para componer, afirmando día a día su personalidad de escritor costumbrista y realista, y de hombre recio, como se ve en su obra primigenia "La Herencia del Quijote", sátira cruel contra la endemia aristocrática de una región del Perú. No se diga que fue un renuncio lanzar "Por la Estirpe" en plena segunda mitad del siglo XX. Esa obra data de hace treinta años. Acabo de leerla en los originales de papel amarillento y desvaída tinta violeta de la máquina con que se escribieron, los que no presentan modificaciones ni páginas sustituídas, haciendo ver con ello que el autor fue sincero y respetuoso con su obra originaria. ¿Qué romance estaría viviendo José Félix en los días del centenario de Ayacucho?

"La Visión Redentora" es una novela escrita a la manera de Anatole France, cuyo "deux et machina" es un titiritero bonachón y sornático, un padre de familia que teje una red para coger entre las burguesas mallas conyugalescas a un incauto pajarillo que vive cantando a la luna desde las ramas de un florido limonero. En fin, Puente llega al ápice en "Evaristo Buendía", la mejor y la última de sus novelas, premiada en el Concurso de la Cultura Nacional de 1945 y en "Las Islas Azules", el mejor de sus cuentos —y también el último— siempre realista.

Luis Alaiza y Paz Soldán.
Del Instituto Sanmartiniano del Perú.

I

DON HILARIO DE GONZAGA, VIEJO NOTARIO DE LA VILLA

La Luna tardaba en asomar. No obstante, debía hallarse cerca ya del horizonte en su ascención magnífica por que las estrellas se habían ido desvaneciendo y sólo se divisaban algunas hacia poniente, lejos de la invasora lúnula luminosa.

Solitaria y mal alumbrada la calle, con una que otra lucecita roja colgada sin orden ni distancia fija delante de las fachadas, exhibía de vez en vez una ventana encendida, portales abiertos con faroles de lunas adosados a los muros del zaguán, en cuyos poyos, uno a cada lado, las servidumbres charlan en expansión limitada por el respeto a los amos, que en las salas iluminadas del corredor fronterizo hacen tertulia obligada y consuetudinaria.

Una campana lenta, sonora, trémula en el aire sereno de la noche, lanza su voz de "ánimas". Invita a pensar en el desfile hacia las celdas de las dispersas religiosas enclaustradas... Dám... Dám... Qué largo sonido metálico tiene este bronce de las campanas litúrgicas. En toda la ciudad callada y somnolente este extenso lloro tétrico de las iglesias numerosas llama al silencio a su feligresía. A un mismo tiempo se perciben varias, por diversos ámbitos, en tonos distintos, en voces de inconfundible melodía. Son setenta templos dialo-

gando en la noche con la arcánica charla de sus altos campanarios.

—¡Toque de ánimas ya!... —dice el anciano, que marcha detrás de un negrillo portador de una linterna—. ¡Alumbra bien, voto al demonio! —le grita luego irascible, porque acaba de tropezar su pie inseguro en la vereda con el filo de una lastra en desnivel.

A pesar del debilitamiento de sus piernas, aquel hombre de gabán cabritilla y calzón corto, con sombrero de tres picos, avanza apresurado. La espada cuelga inútil a la izquierda y un bastón le auxilia. Los ojillos penetrantes van adivinando los boches de la pavimentación. —¡Quién tuviese una calesa, como el señor marqués!

El chico se entrepara.

—¿Qué me *rice*, su *mercé*, mi amito?

Furioso se alza el garrote y la contera pega en los riñones del interpelante:

—¡Alumbra, villano!

Continúa entonces el lazarillo nocturno. El viejo, en su manía de hablar alto cuando piensa, prosigue:

—¡Acaso háyase dormido el señor marqués!... Los grandes tiene molicie a toda hora. ¡Cáspita! Pero la noticia es inquietadora como una voz de incendio. ¡Y habrá de levantarse su señoría!

Por cerca del sardinel se vió avanzar paso a paso a un asno. De los lados colgaban grandes cestos y encima distinguíase a una mujer sentada en plano aparejo, sobre las piernas cruzadas por debajo. Una gruesa bufanda arrollaba a su cuello alcanzaba a cubrirle la boca que sólo asomaba para lanzar aquel agudo y ululante grito, que desde momentos antes venía aproximándose:

—¡Lumitéra!...

El animal camina con la cabeza tan baja que parece ir hociqueando las piedras menudas y redondas de la angosta calzada, que el hilo blanquecino de la acequia burbujeante divide en toda su longitud.

—¡Si vá lumitéra!...

El farolillo la iluminó bruscamente el rostro de ébano, más sombreado, a ser posible, por el ala tendida del sombrero de junco. Los dientes refulgieron en la negrura cuando ella, al paso, saludó con el característico acento enronquecido y labial de su raza:

—*Güena* noche tenga su mercé.

—Dios te las dé, hija.

Respondióla *don* Hilario *de* Gonzaga, notario de la Villa, aristócrata fervoroso, más realista que el rey, según su propia afirmación. Su aristocracia era de simple simpatía. De humildísimos progenitores viniera él al mundo, empero abundante sangre azul circulaba por sus venas, ya un poco flácidas, amenazadas por la insuficiencia arterial. Refería él la historia. Su padre y su madre habían sido *empleados*, no confesaba que criados, en la casa del excelentísimo señor Marqués de Alcántara, padre del actual. La marquesa perdió a su primer hijo con "mal de siete días", y, robusta y joven la criolla, necesitó de alguien que descargase su albo seno pletórico al faltar aquel. Y allí surgió a la notoriedad, podemos decir, a la aristocracia, el invicto don Hilario, que tenía un mes de nacido. Durante algún tiempo, mientras hicieron efecto los brevajes de los aficionados populares a la medicina casera y las recetas de los conventos, allá por los años 1754 ó 1755, propinados a la ilustre matrona, el hijo dichoso de los servidores fue llevado a la alcoba llena de encajes de la marquesa para cambiar la sangre de sus venas por esa sangre esclarecida con la gloriosa leyenda de tantos siglos.. ¿Cómo no había de ser hidalgo, pues? ¿bullía o nó en sus venas la sangre de la buena cepa?. . .

En la esquina de la Plaza de San Francisco, a la que se acercaban los transeúntes cuyos pasos seguimos, había un grupo de cinco o seis individuos. Sus fachas no eran tranquilizadoras. Es decir, no lo eran para nuestro personaje, quien de primeras comprendió que se trataba de gente plebe, su repugnancia invencible.

—¡Esta morralla! —masculló con reconcentrada ira.— ¡Pica, negro del diablo!

Al pasar junto a los que en torno del guarda-cantón, un gran cañón de chispa, conversaban, el oscilante farolillo lanzó en baile grotesco sobre las fachadas de la acera opuesta las siluetas humanas agigantadas. El puño de nuestro hidalgo se crispaba a instantes más terrible contra el bastón. Parecía preparado a erguirlo para hendir cráneos de villanos a la menor provocación.

—¡Miserables! —murmuró unos pasos más allá—. ¡En comento estarán de las noticias que ellos mismos propagan para endulzarse y envalentonarse!... ¡Ni me han saludado, qué tal insolencia!

La contera hirió las losas. A los movimientos del farol en marcha el círculo iluminado se balanceaba sin cesar sobre el piso. La Plaza, a la izquierda, estaba casi a oscuras, no obstante los cuatro faroles que la alumbraban. En el rincón del fondo, entre la Iglesia y el Convento, una lamparilla de ánimas, encima de un cepillo, estaba colocada delante a la efigie en bulto, surgente de la llamarada roja del Purgatorio, con las manos implorantes, dentro de una pequeña hornacina. Dijérase aquella lumbre una luciérnaga inmóvil en la oscuridad. Las torres gallardas de la Iglesia destacaban su blancura sobre el sombroso firmamento.

—¡Cuánta falta nos hace un auto de fé! ¡Malhaya la corte del año doce que en Cádiz suprimiera nuestro Santo Tribunal!... ¡Si ya se creen iguales a nosotros! ¡La Igualdad!... ¡La Patria, la Patria! ¡esta Patria de porquería con negros y mulatos!

Inconscientemente el viejecillo apresuraba el paso. Su pasión le exaltaba hasta un paroxismo irrefrenable. Quería llegar cuanto antes a la casa solariega del marqués. Hablar con alguien que no fuese como todos estos villanos por quienes iba diciendo:

—Si fuese yo el señor Virrey, a todos les mandaría donde Pancho Salés, el verdugo. Un auto de fé con todos, para que no quedase la mala semilla, un suntuoso auto de fé, exterminio de herejes e insurgentes. Pero...

Sus reflexiones quedaron cortadas por que vió los cañones del caserón majestuoso de los Alcántara, aquel imponente emblema de los señores de horca y cuchillo, recostados en los dinteles y unidos por gruesas cadenas, visibles a distancia por la fuerte luz de un magnífico farol suspendido delante de la puerta, al que sostenía un largo brazo de hierro que giraba sobre bisagras empotradas al muro del zaguán y que se replegaba al interior cuando el macizo portón tachonado iba a cerrarse.

—¡Ah, por ventura, el marqués no reposa todavía!... También que sólo mi agitación podía infundirme tal temor. ¡No puede haber hoy un hidalgo en Lima que no esté sobresaltado!

Un negro anciano, el portero, y una mujer del servicio de la casa, conversaban sentados en un poyo, friolentos, ella abrigada en un peludo pañolón y él con las manos en las faltriqueras, enbufandado el cuello.

Al ver a don Hilario, ambos criados se pusieron de pie.

—¡Mi *señó* don Hilario! ¿cómo *etá* su señoría?

Fue un alivio para el anciano aquel recibimiento. ¡Al fin! Se detuvo.

—Muy bien, hijo. ¿Tú siempre tan sano?

—Así, así, mi señó... *¿Vi a decile ar señó marqué su* presencia?

—Si, hijo; ligero.

Volvióse don Hilario donde el conductor de la linterna y le ordenó:

—Apaga ya. Despabila bien la mecha y siéntate en el poyo. Duérmete, si quieres, ¡pero cuidadito con asomar siquiera a la puerta!

El soñoliento chiquillo le contestó:

—Si, amito.

El viejo avanzó entonces más erguido y con paso respetuoso por el ancho patio. Varias puertas y ventanas estaban alumbradas, vivas, sobre el corredor en alto, cuyo techo sostenían numerosas columnas. Una balaustrada blanca como éstas, cerraba los intercolumnios. Larga fila de losas dividían en dos el enorme patio, desde la puerta hasta la curvada gradería de mármol. Otros caminillos más angostos partían de ésta

a secundarias escalas en los corredores laterales. Entre ellos, el piso estaba empedrado con guijas muy pequeñas, azules y blanquecinas, que hacían dibujos primorosos, estrellas, caballos montados, águilas de alas abiertas, todo circuído por grecas pacientemente fabricadas y caprichosas.

Cuando don Hilario estaba ya cerca, apareció de regreso en lo alto el negro Francisco, y afable dijo al Notario:

—¡*Mu* alegre *etá* el *señó marqué, po* su visita, mi *señó!...*

—¡Ah, bueno, bueno! —respondióle engolosinado.

—*Etá* en su gabinete, el amo. Vaya *uté,* mi *señó.*

Don Hilario tomó el corredor de la derecha y pisó con satisfacción sobre los azulejos del pavimento. Por una ventana de la primera gran pieza, alcanzó a ver un agrupamiento de la servidumbre, sentados todos en el suelo, como costumbre respetuosa, por lo que dedujo que la angusta marquesa y su linda Encarnación estaban en el otro extremo haciendo tertulia, sin duda con alguna visita de persona íntima o de la familia. En el ángulo, la primera mampara del muro lateral, alumbrada a la sazón, era la pieza donde le esperaba el noble señor, ya conocida de don Hilario por sus frecuentes visitas a la casa señorial.

El marqués de Alcántara, echada atrás la cabeza empelucada, con la faz sonriente a pesar del acentuado sello de solemnidad, hallábase de pie en el centro de la roja alfombra esperando el ingreso del anciano.

—¡Hola, hola, gran Hilario *de* Gonzaga! —exclamó al divisarle, embromando siempre burlón con aquel "de" cuya autenticidad nadie conocía mejor.

—Su excelencia se conserve con el mayor bien, señor marqués.

—¿Y tú cómo estás? ¿qué dice la reuma?

—Cayendo y levantando, señor. Es el peso de los años y nada más.

—Siéntate, estarás fatigado, Hilario.

Mientras el viejo, con el sombrero en la mano derecha, colgando a un lado hasta casi rozar el piso, dirigíase hacia una butaca, el marqués, impaciente, le averiguó:

—¿Traerás nuevas, Hilario?. . . ¡Malos vientos, hijo!

—¡Ay, señor! —suspiró el aludido.

—La canalla que brinca, que quiere ser "libre"... —ironizó el marqués.

—¡Es el ejemplo, señor! ¡El mundo todo se ha vuelto loco!... ¿Sabéis lo que se dice?

—¿De qué?

—Se dice que los insurgentes del Sur preparan una expedición que invadirá estos dominios, con el disparatado intento de emanciparlos... Sin embargo, ¡se dicen tántas cosas!

La frente pálida del noble, un hombre recio y gallardo, de cuarenta y cinco años a lo más, se inclinó en preocupación. Un delgado bigote negreaba sobre el labio y alargaba el mentón lustrosa perilla. Del cuello y bocamangas de terciopelo negro, desbordaban finísimos encajes. Hebillas de oro y piedras en el calzón y los zapatos fulgían al contacto del resplandor que partía de los candelabros de plata colocados sobre ménsulas en los ángulos. En el testero principal, surgiendo por encima del sillón tallado, vacío ahora, que estaba delante de la mesa, veíase un gran lienzo, el retrato al óleo del rey don Fernando VII. A los lados grandes cuadros de áureo marco cubrían los entrepaños de retratos familiares, blasonados con el mismo escudo en el ángulo superior. Los padres y los abuelos del actual marqués resaltaban a un lado y otro del escritorio, y don Hilario miró con ternura el de su "madre de leche", hermosísima mujer cuyo escotado busto parecía exiguo en proporción al inmenso guarda-infante, que bajaba creciendo desde la cintura y llenaba la parte baja del lienzo. Un inmenso armario enconchado llenaba enteramente uno de los muros.

—En todas las bocas, —continuó amargamente el visitante—, se oye ahora pronunciar los nombres de Lafayette y Washington, de San Martín y Bolívar, éste es el rebelde de Colombia y aquél de la Argentina. Ahora se dice "el mártir" Pumacahua, el "mártir patriota" Zela... como si no hubiesen sido, sobre todo el segundo, traidores y no mártires...

—Es verdad, hijo.

—Su merced, señor marqués, debería imitar el ejemplo de su nobilísimo padre, el marqués don Rodrigo, mi protector y amo.

El noble miró fijamente a su interlocutor, interrogativamente.

—Sí, deberíais poneros al frente de la nobleza, encabezarla, para que así fuese una entidad significativa. Hoy no toma parte en nada. O cuchichea, simplemente, sobre las noticias que corren, indecisa, tibia, o se inclina a una inexplicable simpatía por esta pretendida libertad. ¡Como si ellos no fuesen súbditos del Rey y nobles de Castilla!

—Hablas como un libro abierto, hijo, y por algo te protegió mi ilustre padre.

El viejecillo se levantó de su asiento. Su mirada mortecino adquirió súbita brillantez. Un instante estuvo perdida por un lado y otro, como si observase las enconchaduras arabescas del gigante mueble, o el primor de los marcos de espejo y nácar, o la magnificencia de color de los cuadros al óleo. Luego, dijo gesticulando con su brazo tendido y débil:

—Me parece que no hubieran transcurrido tantos años. ¡Lo veo todo tan claro!... Vuestro padre estaba allí mismo, donde estáis vos de pie. El marqués de Mesana, nobilísimo y valeroso y hábil señor, honra de la sociedad limeña, comentaba y reforzaba el discurso vibrante del marqués de Alcántara:

—"¿Lo veis, señores? ¿Veis cómo para este fidelísimo súbdito de Su Majestad, nuestra actitud es hidalga?" —Sólo un murmullo, que no se hubiera sabido si era de aprobación o de insegura resistencia, le siguió. Pero vuestro padre, hombre a quien no gustaba dejar las cosas a medias, habló de nuevo. Díjoles que la actitud de la nobleza de Lima debía ser de apoyo al Soberano, que debería velar por los intereses de la Corona, importándole un ardite la personalidad del Virrey, ya que aquel deber primaba sobre todos. Si por complacencia a éste, dejamos expuestos los asuntos de la Monarquía, ¿qué podríamos decir en desagravio de nuestra conducta? ¡Nos motejarían de cobardes!"

—"Es un concepto cabal el del marqués —dijo el conde de Benavente.— Sería una deslealtad a nuestro Rey consentir las debilidades de Jáuregui". Y en este punto estaba la reunión cuando entró bruscamente, viniendo del corerdor. (y el anciano señaló la misma puerta por donde acababa de entrar) el negro portero convulso, jadeando: —¡Amito, *ra caroza der señó* Virrey ha *dentrau* a *ra praza*, con *escorta juerte*, mi amito!"... Instantes después, se percibió el toque especial de las campanas de San Francisco, anunciando el paso del representante de los Reyes Católicos, y luego el ronco y pesado trepidar del vehículo sobre los guijarros. Todos en pié, escuchamos el ruido. En seguida un silencio, que sólo el chasquido del látigo del auriga, refrenando a los mulos, interrumpía. Instantes después, la contera de una espada arañó largamente las losas del patio y através de esas mismas vidrieras divisamos al Virrey, vestido de negro, con la capa colgada sobre los hombros, a cuyo lado izquierdo destacaba en rojo el emblema de su blasón y entre ella distinguíase el lujoso encaje de las chorreras. Se dirigía rápido a la escalinata principal. Vuestro padre, tan sereno siempre, dijo a todos, dirigiéndose con severidad a uno de los nobles presentes que hizo un movimiento para escaparse por esa puerta, hacia las habitaciones interiores: —"Nadie se mueva. Esperémosle aquí tranquilos"... El Virrey, mientras tanto, había llegado a la gradería. En ella estabáis vos, señor; os veo como si fuese ahora, chiquitín de seis a ocho años, lleno de desparpajo... Pues bien, al hallaros, el Virrey os cogió la cabeza entre los dedos, y, sin detenerse, os dió un cariñoso periquete. Sin duda, conocedor que era de la mansión heráldica, sabía que aquí se encontraba el gabinete del marqués y hacía acá, sin vacilaciones, se encaminó. De rondón colóse en la pieza.

—"Buenas y santas" —dijo con forzada sonrisa.

Vuestro padre, que era, como buen caballero, suspicaz en todas las cuestiones de fueros y privilegios, sin cambiar de actitud, contestóle con ironía:

—"Que las tenga mejores el señor Virrey don Agustín de Jáuregui, que viene a mi casa sin que yo hubiese sabido que tendría tal honor".

El Virrey, sin contestar todavía, púsose a mirar u-uno de los asistentes. —"¡Ah!... ¡Hola, hola!... —decía conforme sus ojos encontraban y reconocían personajes de la nobleza. Luego que húbose dado cuenta cabal del concurso, fue a ocupar el sillón del escritorio, el mismo en que vos os sentáis, y habló: —"Señor marqués de Alcántara: informáronme hace un momento que vos habíais convocado a una reunión de la nobleza en vuestra casa. Como Su Majestad es el jefe nato de ella y yo soy en estos reynos el representante de Su Majestad, heme dicho: ¿Cómo puede su señoría, el ilustre marqués de Alcántara, prescindir de nuestra autoridad en un asunto que la nobleza de esta Villa debe resolver? ¿puede ser posible lo que se nos asegura, que el mencionado súbdito de Su Majestad don Carlos III intenta una rebelión en el Virreynato del Perú, secundando el movimiento de insurrección de los indios, que se han sublevado en el Cuzco bajo las órdenes de ese titulado descendiente de los Incas, nombrado Tupac Amaru?... Como lo primeramente dicho sería incomprensible y de suma gravedad lo seguidamente expresado, resolví venir personalmente a saber el objeto de esta reunión"...

Don Agustín de Jáuregui y Aldecoa, trigésimo tercer virrey, quedó en silencio un momento, y vuestro padre creyendo que había terminado, iba a contestarle, pero aquel le hizo un ademán para que esperase: —"Así, pues, —agregó— os ruego, que como caballeros que sois de lo más digno y leal de la nobleza de Castilla, me digáis cuáles son vuestras intenciones: en el primer caso, aquí me tenéis para ayudaros en servicio del Rey y de la nobleza; en el segundo, dáos presos, vos, marqués, y vosotros también, señores... Hablad, ahora, marqués". En la calle y el zaguán se oía el ruido de las alabardas de la escolta.

Don Hilario estaba excitado. A ratos, en la fiebre de la entusiasta evocación, sus piernas caducas oscilaban y su voz adquiría balbuceos conmovedores.

—Indudablemente, la valerosa e hidalga actitud de Su Excelencia habíale cobrado simpatía en el auditorio. ¡Luego era hombre de entereza, el señor Virrey, y falsa la reputación de debilidad que se le suponía!... Me parece estar mirando, de pie allí, recostado en el filo de ese arcón, junto a la puerta, a vuestro padre en el momento en que principió a contestar:

—"Señor Virrey: mucho me complace, y supongo que a todos los nobles que aquí nos hemos reunido, la actitud serena de Vuestra Excelencia. Os la agradezco, y en prueba de ello voy a hablaros con la más pura exactitud y verdad. Estos señores, y yo en primer lugar, hemos juzgado que la situación por la que atraviesa el Virreynato del Perú es sumamente grave. Un levantamiento tan importante de los indios, a las órdenes de un caudillo prestigioso en su raza, descendiente auténtico de los emperadores del antiguo Imperio conquistado por la España gloriosa, pone en peligro la dominación que ejerce nuestro Señor y Rey don Carlos III en estos inmensos territorios de América, ahora que vientos de rebelión soplan por todas partes del Nuevo Mundo, derivados unos de otros estos actos de insurrección, reprimidos malamente. Y, celosos del buen servicio que debemos a nuestro Rey, nos hemos reunido para cambiar ideas sobre la situación y ver los remedios que fuese necesario aplicar para conjurarla, por heroicos que sean, pero, os advierto, que en todo momento como leales súbditos de la Corona y en su servicio". Don Agustín de Jáuregui habló: —"Esto quiere decir que sólo se trata de una conjuración de la nobleza contra nuestra persona"... —vuestro padre meneó la cabeza, y dijo:

—"Una conjuración... acaso no sea bien exacta esta palabra. Pero... "—el Virrey le interrumpió: —"No importa, os ruego me digáis los motivos. Si los hallare justos pediré mi reemplazo a Su Majestad". —"Se os juzga débil, contemplativo, sometido en exceso al señor Visitador Areche, que ejerce en la práctica más atribuciones que Vuestra Excelencia"... —el aludido sonreía, sonreía. Cuando vuestro padre terminó de hablar, censurando largamente esta subordinación, el Virrey, con sereno gesto le extendió un pliego que había extraído de

su pecho mientras escuchaba, y dijo: —"Leed en voz alta, señor marqués, pero antes servíos todos, señores, examinar los sellos y la firma del Rey".

Uno a uno, los presentes examinaron la autenticidad de la Real Cédula, y luego leyóla el marqués de Alcántara. Contenía las atribuciones conferidas al señor Areche, tan amplias que supeditaban plenamente la autoridad virreynal.

—"Convenís ahora, señores, en que nada puedo hacer? ¿en que nada podemos hacer sin desacatar las órdenes de Su Majestad?"

—"¡En verdad!".... —murmuraron todos asombrados.

Sabíase que eran muchas las facultades otorgadas a dicho Visitador, pero se creía que era sólo en materias económicas, para aumentar tributos y acrecentar las rentas de la Corona. El Virrey declaró:

—"Y espero que pase la gravedad del momento, porque no sería digno de otra manera, para pedir mi sucesor al Rey".

Entonces, a propuesta de vuestro padre, conmovidos todos, acordóse rodear a don Agustín de Jáuregui y acompañarle asiduamente para reforzar su autoridad moral, dirigiéndose, además, en comunicación que se redactaría después, al Rey de España, para pedirle que remediara el inconveniente estado de cosas.

Y salimos todos de este gabinete acompañando a Jáuregui, quien sonreía agradecido al cruzar el gran patio que vemos desde aquí, oyendo los vítores que se lanzaban en honor de su persona. Se le pidió que marchase a pie a Palacio, y todos le acompañamos formando un cortejo nunca visto, probablemente, en la tres veces coronada Villa. Los habitantes salían a los dinteles para ver pasar lo que se había creído por el ruido que fuese un cuerpo de milicias reales y asombrados quedaban al ver a Su Señoría seguido de tal gallarda pléyade. Las espadas golpeaban con rumor heráldico las piernas y en las conversaciones danzaban ilustres títulos de Castilla, nombres de caballeros de todas las órdenes célebres, tratamientos de useñorías y excelencias. ¿Qué sería aquello? ¿qué pompa era esta?... San Francisco, como si hubiesen estado entendidos la

Comunidad y el campanero, echó a vuelo sus campanas a la salida del señor Virrey con un entusiasmo inusitado. Las torres de la Catedral, después se venían abajo, señor, porque este asomo de Su Excelencia con tanta y lucida compañía era extraordinario, señor marqués, os lo juro...

El Virrey *nos* invitó en Palacio una copita de cierto vinillo que le habían enviado de España en el galeón que llegara al Callao días antes, y que no he saboreado otra vez en mi vida, dicho sea en honor.

Pero el de Areche, picado por tal acatamiento al Virrey, pues era hombre que tenía varios pecados capitales, la envidia, la avaricia y la soberbia, no se presentó ni se dió por aludido. Esperó que los nobles hiciesen sus erogaciones en auxilio de la Corona, que contribuyesen con su prestigio al levantamiento de milicias, y cuando todo estuvo hecho, declaró que se ponía al frente de la misión pacificadora y dirigióse al Cuzco, sometiendo con las tropas enviadas de aquí y las que se habían organizado en el sur, a las mal armadas y pobres tropas de los indios. Hízose héroe fácilmente y contra la voluntad de todos, a pesar de la antipatía de Lima y de todas partes. Allá decretó ejecuciones y realizó un gran derramamiento de sangre, pero creo yo que no sirvió con suficiente sagacidad los verdaderos intereses del Rey. Las cosas han ido luego de mal en peor. Aquello no dió resultados definitivos. Tal vez si hubiesen dejado obrar al bueno de don Agustín de Jáuregui, tan injustamente menospreciado...

—Pero no cabe dudar, —le arguyó su interlocutor—, que ese Virrey fue demasiado obediente.

—Sí, acaso demasiado, pero, ¡era tan amable aquel gran señor!... Después de sus señorías, los marqueses de Alcántara, para mí no ha habido personaje de más brillo y más atracción en la nobleza de Lima.

—En fin, de eso no puedo decirte. Yo era un infante, que nada sabía de las cosas, entonces, según me cuentas tú mismo, fiel Hilario.

—Sí, tendríais seis años, todo lo más. Os estoy viendo, con unos crespos rubios que os caían hasta los hombros, señor,

y vestidito con jubón y gorguera, cintillo y calzas blancas. Una espadita de cartón dorado llevábais ceñida. Graciosísima era vuestra vestidura, señor marqués, y esto explica que, no obstante la gravedad del momento, el Virrey de Jáuregui os hiciese una caricia al pasar cerca de vos.

El marqués se veía pintar con una complacencia inocultable, sonriendo, sonriendo. Una negrilla llegó a la sazón para decirle en nombre de la señora marquesa que la tisana estaba lista, y él contestó:

—Dile a tu señora que mande dos. Te confortarás, buen Hilario.

Este, estremecido por el honor, masculló:

—¡Agradezco vuestra benevolencia, señor marqués!

Tal vez si la bebida caliente supiese al turbado realista tan gustosa como aquel vinillo que, verdad o fantasía, bebiera cuarenta años antes en el Palacio de los Virreyes del Perú. Luego, más posesionado de su importancia, continuó:

—Ahora, pues, deberíais imitar vos, señor, la actitud magnífica de vuestro padre. Los marqueses de Alcántara fueron siempre en Lima tácitos jefes de la nobleza. Su calidad de grandes de España, sus innumerables privilegios, la antigüedad de su estirpe, en donde hay entroncamientos con los duques de Alba por dos veces, la exención que disfrutan por contribución de lanzas y medias anatas y tantos otros honores y distinciones, les dieron en toda época aquella esclarecida posición. Deberíais vos, pues, poneros otra vez a la cabeza para exigir al Virrey Pezuela, que se duerme en proyectos, una acción más viva, más rápida, más enérgica, señor marqués. La reposición de la Constitución del año doce ha sido un paso atrás. Se ha tomado como una debilidad. Hay que volver al absolutismo, señor, aconsejarlo a Su Majestad, al menos aplicarlo a estos dominios donde se necesita cada día mayor firmeza. La pacificación cacareada por el Virrey Abascal, no ha sido duradera. Entonces, más severidad. Volvamos en política y en religión, cosas hermanas a mi juicio, a la Inquisición, señor. Hagamos autos de fé para los herejes en religión y en política.

Exaltábase el viejecillo perorando y el marqués le escuchaba con sincero asombro. A él no se le ocurrieran jamás tales cosas. El no pensaba más que en los libros de nobleza, en la comparación heráldica de su "casa" con todas las casas de España, y hubiese sido una verdadera autoridad en la materia. Los marqueses de Alcántara eran para su último descendiente el máximo valor nobiliario. Parecíale que la historia de todos los grandes de España era inferior a la de los Alcántara. Desde las Cruzadas figuraban sus antecesores en la caballería. "Quiñones" se dijo por las señales que la primera expedición cristiana a Jerusalem colocó como hitos en su marcha heroica. Y ellos, los Alcántara, eran Quiñones por cierto entroncamiento. Eran también "Ladrón de Guevara" descendientes de aquel hidalgo ilustre que extrajo del vientre de la famosa reina agonizante al príncipe heredero, Alcántara era una de las órdenes más ilustres bautizada así por su fundador, un ascendiente glorioso. Alcántara... Alcántara, en fin, era él, hijo del marqués don Rodrigo, por quien el libro "La nobleza de Castilla", uno de cuyos varios tomos con cubierta de pergamino estaba abierto sobre la mesa, siempre en consulta, decía... "hijo de don Hipólito de Alcántara, tetragésimo cuarto marqués de ese título, y de doña Rosario Balcázar y Arredondo, hija de los condes del Justillo y la Monclova, *poderoso en el Perú"*. Así rezaba el texto. De manera que decir Alcántara era decir hijo de reyes, prosapia ilustrísima e incomparable.

Y contestó a don Hilario, soliviantado por la magnitud enorgullecedora de la propuesta:

—Sí, realmente, a mi casa corresponde tal iniciativa y tal dirección. Lo pensaré esta noche, consultándolo "entre palomas" con la almohada, insigne Hilario, y, acaso mañana haré enganchar la calesa de cuatro caballos e iré a ver a don José Joaquín de la Pezuela, Virrey de estos dominios del Perú.

Largo tiempo se comentó la situación por esos dos hombres fanatizados en sus creencias e hiciéronse cálculos y presunsiones sobre los posibles sucesos. Don Hilario, más desaho-

gado, y cuando oyó dar en un reloj de péndulo diez campanadas, pidió permiso al marqués para retirarse.

Al regreso, el farolillo iba apagado. La Luna rutilante y nacarina surgía por encima de los techos, estos techos planos y bajos de la Villa Virreynal. Pausadamente retornó nuestro amigo por la calle del Rastro de San Francisco hacia la modesta morada, que se hallaba en la de Valladolid.

Ahora iba el anciano delante y le seguía el lazarillo con el inútil utensilio. La Luna, al frente, arrojaba atrás su sombra de tal intensidad que ésta y el cuerpo parecían mitades en ángulo de una sola figura. Las fachadas se destacaban en blanco y negro, con las penumbras de sus cornisas y de sus salientes, los huecos oscuros de las puertas, el herroso varillaje de las ventanas.

Varios perros, en caminar presuroso, pasaron siguiendo todos, jadeantes y con la lengua afuera, a uno que iba adelante.

II

EL VIATICO

El clave resuena melódicamente en el gran salón rectangular. Encarnación canta y su prima, Clara de Sagastúa, la acompaña con un apaciguado pulsar de las teclas que sus manos regordetas y lechosas de criolla, menudas como los pies, recorren con serena lentitud.

La voz es suave, limpia, armoniosa. No puede juzgarse del registro porque la romanza es de medio tono, música sencilla, tal vez destinada a principiantes que no deben todavía esforzar sus facultades. Una sonata tristona, llena de languidez y monotonía.

En el ángulo está colocado el piano. En la parte alta, que tiene aspectos de anaquel, se ven alargados lienzos de tela rosa con flores pintadas, enmarcados por talladas molduras. Arriba una coronación arabesca sostiene el escudo familiar, donde lucen oros y gules. Estos hidalgos de la colonia encopetada difunden sus blasones hasta en los más íntimos utensilios. Para creerlo basta mirar en el tejido de las ricas alfombras encargadas especialmente a la metrópoli cómo se exhiben los símbolos de la prosapia ancestral, no importa que en el diario trajín los pisoteen amos y esclavos.

De dos rosetones cuelgan del bajo estucado dos grandes arañas de prismas, con bujías pequeñas que chisporrotean sobre arandelas de cristal, no obstante los varios fanales suspendidos a lo largo de los testeros por áureos braquetes.

Allá, en el otro extremo, bajo de la araña del fondo, los marqueses de Alcántara, acompañados por sus primos, el conde y la condesa de Fuencarral, juegan una partida de tresillo.

A ratos se oye el entrechocar de las fichas de marfil. Risotadas de los triunfadores. Comentarios vivos.

—¿Pero por qué no pusiste *el rey?*

—¡Por dejártela!

—¡Válgame Dios!... *Más vale rey que mala carta.*

Súbito se percibe el son de una campanita y a poco se escuchan los pasos de Francisco, el portero, quien desde la puerta, con agitada entonación, dice:

—Amita, *er* Santísimo. Por *er Ratro re* San Francisco viene, amita.

Siléncíase el piano y todos prestan atención. Una congoja, una aceleración de los latidos, pone en todos los corazones aquella voz litúrgicamente sobrecogedora.

—¿Pasará por aquí? —averigua la marquesa, y después ordena: —Observa desde la puerta y avisa. De todas maneras, manda que saquen los reclinatorios.

Ahora el repiqueteo se hace más vivo. *Tilín, tilín... Tilín, tilín.*

—Ah, —dice el portero— volviendo a entrar, —*ya robra ra equina!*

Se escuchan entonces lejanos cánticos que acompañan al Santísimo en amplio coro. Esto les decide y salen todos de la sala. En el umbral del gran portón se detienen mirando hacia allá, por donde viene una aglomeración de gente portando faroles y lucecitas rojas de cirios.

—¡Ay! —dice apesadumbrada la marquesa.— ¿No será el Viático para la pobre misia Mercedes?

—Acaso sea para ella. Estaba muy mala ayer, según me dijo don Bautista, el vecino.

¡Oh! Por todos los cerebros pasa la videa inquietante del trance último. La religión quiere siempre conmover a las almas de los suyos con la idea de la muerte y la amenaza del más allá, por eso los espectáculos emocionadores de su liturgia, a veces cruel.

Los marqueses de Alcántara y sus parientes los condes de Fuencarral se han arrodillado sobre reclinatorios afelpados en el dintel. Para Encarnación y Clara sacaron almohadones. La servidumbre, todos esclavos negros, mujeres y hombres, ancianos y niños, de rodillas están aquí y allí, desbordando sobre la acera, con sus cabezas descubiertas redondeadas y crespas como el anca de ovejas morenas antes de la trasquila.

Faroles elevados en larga vara rodean el Palio, bajo del cual marcha con paso ligero el cura parroquial revestido. Van encendiendo minúsculas lumbraradas en las pupilas absortas de los que miran pasar el cortejo. Tilín... Tilín... Y el canto, como un clamor de misericordia, surge siempre... "Dios te salve"...

Un moscardoneo incesante se percibe en el zaguán... "La salud del alma consérvale al que va a morir, Señor"... "Padre nuestro..."

Detrás van damas y señores, algunas con saya y manto. Ellos con la cabeza descubierta, exhibiendo la peluca, encintada atrás, en el moño. El sombrero en la mano, la otra levantando la espada, en ocupación inútil. Son muchas las personas "de clase" que siguen el Palio. Unas por acto piadoso, otras por distracción, por curiosidad explicable en la vida de la ciudad tranquila.

La marquesa comenta:

—¡Vaya, loado sea Dios!... Ya pasó, no es para misia Mercedes.

De pronto Encarnación habla en secreto con su prima y esta sonriendo hácela señales de aquiescencia. Luego, dirigiéndose a la marquesa, pide:

—Tía, ¿nos permites acompañar al Santísimo unas cuadras?

Después de corta vacilación, la aludida indaga:

—¿Con Encarnación?

—Sí, tía.

—Bueno, hija, pero sólo unas cuadras. Tal vez irá el Santísimo hasta muy lejos.

Una negrilla de la servidumbre les trae mantos ágilmente y las dos jóvenes salen apresuradas, mientras las personas serias vuélvense a la sala para continuar la partida, despreocupándose poco a poco de la angustia experimentada, del pensamiento de dolor por el moribundo que unos pasos más allá está despidiéndose de la vida.

¿Qué habría visto la hija de los marqueses entre la concurrencia cuando quiso seguir la procesión?

—Tapadas, ¿no es cierto, Clarita? —insinúa cubriéndose la niña con el característico gracejo de las mozas limeñas.

—Sí, naturalmente.

Sólo un ojo, una pupila rutilante, deja visible el manto que cubre la cabeza y cae sobre los hombros, sujetas sus alas sobre el pecho por la linda mano ensortijada, que se admira al mismo tiempo que el primoroso brazo desnudo hasta el codo. Los cuerpos de mariposa van ágiles sobre la vereda, uno al lado del otro, anchas y plizadas las oscuras sayas frufrutantes de seda.

A poco, disimuladamente, un mancebo se les acerca, poniéndose al lado de una de ellas. Finge que nada tiene que hacer con aquella encubierta joven que va a su derecha. Pero si se les vigilase, notaríase que los labios murmullan con poca apariencia devota.

Sigue el Viático avanzando, una, dos, tres calles. En los umbrales los habitantes asoman al paso. Algunas mujeres salen ya dispuestas para acompañar al Santísimo en beata costumbre colonial, a veces con cirios en las manos dentro de alto guardabrisa, o con farolillos colgantes, o con pebeteros de filigrana de plata que aromatizan el ambiente.

Los demás quedan allí, de rodillas, rezongando por el que va a dejar de ser, meditando en que un día, sabe Dios si el siguiente, esa misma campanita acongojadora plañirá por ellos. En lo alto, mientras la procesión avanza, los campanarios sonoros doblan melancólicamente, contestando a la voz breve de la hermanita menor que pasa y se aleja, en un dialogar que parece una advertencia para toda la grey... Dám... dám...

Cuando dejó de oírse la campana de San Francisco, comenzó a tañer la Iglesia próxima, el Colegio Real... Tilín... tilín... dám... dám... Y los cánticos religiosos siguen elevando a las alturas sus voces populares y chillonas de mujeres, que llevan cintas y escapularios colocados encima de la ropa.

Más confiados el mozo y la "tapada" van ahora juntos. La otra joven se adelanta para dejarles libertad y a ratos se aproxima de nuevo para hacer a su prima algún comentario sobre la concurrencia. El mancebo parece tener alrededor de veintidós años. El rostro enteramente afeitado y hermoso, con grandes ojos azules. Una mano sostiene el sombrero y la espada al mismo tiempo, y con la otra, atrevidamente, coge a veces como sin querer la mano carnosa de Encarnación, que pende allí acaso en espera de estas dulces osadías del amado...

—¡Allí es! —dice Clara señalando—. ¿Quién vive en esa casa, lo sabes tú?

—No, no sé.

Interviene entonces el mozo:

—Un señor oidor, don Baltazar de Zárraga, es quien vive en esa casa. Al menos, me parece que allí se detiene la Cruz Alta y el chico campanillero.

El joven escruta intensificando su vista y alargando el cuello, para agregar después:

—Sí, esa es la casa de don Baltazar.

La campanita acentúa ahora su repique, ya detenida frente a la casa del moribundo... *Tilín... tilín... tilín...* El Palio entra bajo el soportal, con los faroles del acompañamiento, que llevan criados de la casa. Al principio, otros servidores tratan de impedir el acceso total de la muchedumbre, pero se les ve desistir del intento y todo el que quiere penetra en la mansión de dolor que visita el Dios de la misericordia.

Se han regado flores desde el dintel. El sacerdote avanza apresurado y penetra en la sala. La concurrencia llena el patio. Los cánticos y la campanita, que desasosiega, callan. Muchas personas se deslizan al interior, "tapadas" varias de ellas. La curiosidad, ni para el sufrimiento admite sujecio-

nes. Precisa saber quién es el que se va. Precisa ver cómo se va. Precisa conocer en qué estado se quedan los deudos... Todo es material interesante para las veladas familiares después.

Encarnación y Clara, con la compañía, entran también. En una de las dos puertas del dormitorio se prosternan las doncellas. Delante de un altarito improvisado frente al enfermo, el cura reza oraciones latinas, musitadas, imprecisas. Varios frailes están por ahí diseminados, de rodillas, resaltando el hábito blanco de los mercedarios, las negras cogullas de los dominicos, los sayales cabritillas de los franciscanos. Deudos que sollozan. Amigos con caras compungidas. En el lecho, un antiguo tálamo conyugal, de altas columnas talladas y cabeceras magníficas, situado en una especie de estrado de media vara de alto, se mira entre los almohadones una figura humana. A los pies un hombre que tiene una rodilla sobre la alfombra, permanece de espaldas al altar, con la cara hundida en las cobijas. Un clérigo de negro hábito se acerca y trata de alzarle por un brazo, pero aquel hombre se niega a moverse con un sacudimiento de sus hombros y sigue ahí, como ajeno a todo lo que sucede o como protestando muda y conmovedoramente ante la muerte que llega.

Al cabo el sacerdote se acerca con el cáliz entre las manos. Una esclava vieja levanta la cabeza de la moribunda y la sostiene. La palidez del semblante hace que no pueda distinguirse dónde termina la frente y dónde comienza el ampo algodonoso de la cabellera. Los ojos vagan en las órbitas secas, apenas conscientes, en una postración última. El oficiante reza apresurado, tal que si juzgase demasiado corto ya el instante que alumbrará aún esa vida débil. La boca desdentada se abre al fin. Un parpadeo agitado anuncia la difícil pero consumada deglución. ¡Hosanna! ¡Aleluya!...

La moribunda se recuesta de nuevo, el sacerdote echa cruces sobre el lecho y sale con la copa de la Eucaristía entre las manos solemnes. La campanita resuena otra vez sobresaltando al vecindario. Los cánticos surgen enseguida. La muchedumbre que esperaba a la puerta y en el patio, va en pos. El

Palio con dorados augustos y rodeado de luces avanza, avanza. En lo alto, las grandes campanas de los templos lanzan su voz sonora, trémula, que se alarga, que se alarga... *Dám, dám*...

Y los zaguanes y los dinteles se llenan de nuevo. Las oraciones, como nubes de los silenciosos incensarios, brotan y acompañan al Señor que pasa...

Quedó de nuevo vacía la casa, envuelta por el olor de las flores y de los zahumerios. Producía un picor en la nariz el acre humillo flotante de los pabilos.

Un clérigo que luce en el pecho la Cruz Roja, está de pie ahora junto al lecho y concita a la moribunda con una voz fuerte y aterrorizadora:

—¡Arrepiéntete!... ¡Vas a comparecer ante Dios! ¡Vas a darle cuenta de tus culpas!... ¡Arrepiéntete, Virginia! ¡Pídele perdón a Dios!...

La viejecita mira al sacerdote con ojos desorbitados y su frente hace esfuerzos para inclinarse. Al fin, muy débil y miedosa, murmullea:

—Sí, me arrepiento... me arrepiento...

Pero el rito quiere que aquella voz se prolongue estimulando la contrición:

—¡Arrepiéntete, Virginia!... Tus pecados...

Y una voz varonil no oída hasta entonces, dice:

—¡Basta, padre, basta!...

El hombre derrumba de nuevo su cabeza a los pies del lecho. El fraile esfuerza una tranquilizadora sonrisa y otro sacerdote se acerca y palmea al hombre adolorido la espalda, diciéndole palabras de conformidad en voz baja.

De allá, muy lejos, llega todavía el agudo son de la campanita y baja de lo alto la voz majestuosa e intercadente de los campanarios.

Al pasar por la Plaza de San Francisco, las "tapadas" entraron aceleradamente, y un poco estremecidas por el temor de una filípica, en la solariega casa de los marqueses de Alcántara, cuando ya las jícaras de chocolate humeaban sobre la mesa, un poco retardada la hora de la cena.

III

REALISTAS Y PATRIOTAS

Toda ciudad tiene siempre un amanecer propio, característico. Algo en el ambiente que sería imposible decir en qué consiste y que no se marca por nada objetivo. Es un aroma sutil, una sutil temperatura, una calma, una convalecencia, diverso siempre en cada población. Después se insinúan las costumbres y aquel algo impreciso se desvanece, para tomar todo el color local.

Don Hilario de Gonzaga está a la puerta de su casa, en la calle de Valladolid. Una tenuísima garúa atribuye azulosidad a las gravas de la calzada y abrillanta las lastras de la vereda. Todas las puertas están cerradas aún. Don Hilario se asombra. ¡Cuán largas y desiertas las calles! En toda la extensión sólo se ven algunos gallinazos aleteantes que se picotean por codicias de las basuras arrojadas por el vecindario. En un balcón, bajo y cerrado, como todos los de la arquitectura española colonial, situado frente a la casa de nuestro observador, se nota, como un ala en suspenso, una persiana alzada que quedó allí por olvido desde la noche, una de esas persianas de listones entrecruzados por cuyos menudos y sombrosos espacios puede atisbarse en misterio, ni más ni menos que por el enrejillado de la ventana de un harem turco.

Llegan repiques de campanas, repiques copiosos que bajan de los cielos en alegre algarabía. Nuestro limeño anali-

za los sones diversos y la dirección que traen, para clasificarlos. En voz alta, su inveterada manía, va diciendo:

—Esa voz ronca y larga, es la Catedral... Está de acá, Santo Domingo... La que baja de encima del balcón de la condesa viuda de Lascano, es indudablemente San Agustín... Ahora, La Merced; ¡sí, ella es!... ¿Y esa otra menuda y picante, plateada y alborotadiza?... ¿cuál puede ser? ¿cuál puede ser?...

Sale fuera de la vereda y avizora el espacio. Nada. El ¡ah! de la percepción no estalla aún. Los grises ojillos lacrimosos escrutan detrás de las gafas el azul manchado de nubes plomizas del firmamento, como si de ellas pudiese venirle la satisfacción para su vanidosa curiosidad...

Y en esto dobla la esquina una vaca, cuyo cencerro sin sonoridad se escucha después que ha sido vista la piel berrenda en colorado del cornúpedo. Tras ella asoma otra, lenta, balanceado el testuz, pintada de negro y blanco. Luego, en apelotonamiento, diez o doce vacas, reventonas y pesadas las ubres, tristes los ojos enormes, flexibles y acompasadas las pezuñas. De pronto un toro amarillo se irguió sobre la vacada y formóse un barullo, ya más cerca. Don Hilario respetuoso del peligro hízose atrás y pensó en meterse a su zaguán, pero... en la persiana levantada del frontero balcón apareció una mujer con cofia de encaje y, en reparo de que se le juzgase asustadizo o decrépito, el viejecillo se enderezó y miró fijamente y quietamente a los animales. La mano, por si acaso, en el pomo de la espada.

Pasaron, pasaron. A ratos un mugido, un mugido sin respuesta, en calma ya el rebaño, después otro. Volvieron la esquina hacia la "Lechería Limeña", situada en la calle de Plumeros. Y en soledad otra vez, el viejecito volvió a pensar en los campanarios, en las tradicionales lenguas de bronce tan graves. La campanita retozona se había hartado ya de alborotar, y nuestro hombre seguía diciéndose:

—¿Pero qué Iglesia sería?... ¿Desamparados?... nó. ¿Jesús María?... está muy lejos...

Y una voz le arrancó del ensimismamiento:

—Que Dios y la Patria concedan días buenos y largos al ilustre don Hilario de Gonzaga.

—¿Dios y la Patria?... ¿qué Patria?

—La que está cercana, señor escribano.

—Dios y el Rey, debió decir usarced. ¡Dios y el Rey! No hay más que esto en la ciudad de los Reyes, famoso galeno.

Picado se notaba desde el primer momento al anciano. Su interlocutor, Agustín Severo, un mulato liberto, hijo de esclavos, que ejercía la medicina en la Villa con reputación magnífica, sobre todo en "composturas de huesos" y "aplicación de sedales", vecino de don Hilario, todos los días le promovía grandes disputas a esta hora, que solían acabar groseramente. El viejo no tiraba de la espada, al final de ellas, según lo que aseguraba a su mujer, porque este hombre le había salvado la vida dos años antes en una horrible pulmonía, pero se requemaba en el interior y, sin pelear definitivamente, lanzábale tan finas cosas como ésta a su contrincante:

—Claro que ha de ser republicano quien tiene el color de usted.

—Vaya, vaya —respondíale el otro,— tanto da ser hijo de esclavos negros que de esclavos blancos.

—¿Qué dice usarced? Mi padre no era esclavo. Mi padre y mi madre fueron *empleados* en casa de los Marqueses de Alcántara. No hicieron jamás el oficio de los padres de usarced, no les compraron a ningún precio, no sintieron el ardor de la "carimba" nunca, y percibían sueldo.

—¡Vaya, vaya, tanto dá como dá tanto! Sueldo o precio lo mismo es, todo es servidumbre.

—¡Bien discurrido! —ironizó el viejo.— ¡Sirve el señor al Rey y también el esclavo al señor, qué más dá!

Por eso vivimos en la villanía y todos, su merced no podrá negarlo, somos siervos, siervos de un hombre que no es Dios, ¡cosa terrible!

Don Hilario golpeaba la acera con su espada, írrito, reconcentrado. —¡Cómo hubiese vivido usarced cuando el gran don Juan del Valle Cabiedes! ¡Qué buena letrilla le hubie-


R.D.F.

seis inspirado!... ¡Un médico del origen de usted, clase y condiciones!...

Pero el doctor quiso desviar la cólera del vecino aristócrata y refirióle:

—¿Y qué pensaría vuestra merced de una carta que he recibido? A mí me ha encolerizado, a su merced tal vez le causará tristeza.

Y hablando como diciendo, hundió la mano en la especie de casaca caprichosa que usaba, que no era ni traje de realista ni de plebeyo, para buscar el bolsillo interior y extraer un papel muy doblado.

—Infórmese su merced.

Don Hilario vaciló un instante en recibirlo, pues su pensamiento le dijo: "Desconfía siempre de los que no llevan espada al cinto", pero la curiosidad, la preocupación de que pudiese tratarse de noticia de los insurgentes le decidió. Quitóse las gafas, que la humedad matinal había enturbiado, las limpió con un gran pañuelo a cuadros que sacó de la faltriquera, y, calados de nuevo, leyó en alto:

—"Respetabilísimo doctor, amigo y correligionario: Me llevo su mulita blanca. Hace tiempo, cuando supe por correo de brujas que los ejércitos libertadores del sur llegarían pronto a las playas de este viejo imperio, le puse el ojo. La veo llevarle a usarced a cuestas todo el día, desde Maravillas a Monserrate, desde el arrabal de San Lázaro hasta la quinta de la Victoria, y, claro, esta caballería me parecía bien para dar encuentro a los libertadores"...

—¡Buen pelma es este! —comentó interrumpiéndose don Hilario, a quien le temblaban las manos más de lo habitual. Continuó: "En gracia a sus doctrinas republicanas, ferviente devoto de la libertad, su merced, amigo y pariente... —¡ah, era también pariente de su señoría!...— ...usarced, amigo y pariente, a mal no habrá de tener el que me lleve su mula y se la devuelva cuando entre yo junto con el Generalísimo San Martín en esta Villa heráldica y preclara"... —¡cosa que no verán sus ojos, ni los de su merced, ni los míos, gracias a Dios!— Hizo de nuevo su aparte el viejecillo, terminando:

—Toda vez que la derrota será tan fácil a los ejércitos reales, y divertida como una cucaña...

—¡Pero siga su merced leyendo, seor godo!

—¡Pues comience usarcé a disfrutar, ahora tiene que visitar a sus enfermos a *patita*... ¡goce usarced!... ¿Por la Libertad? ¡Bien haya la Libertad!

—¡Pero no se extravíe su merced en ditirambos y zarandajas, siga leyendo para que le venga la alegría!

El viejo, temiendo una noticia que le desconcertase, se resistió:

—Nó, huélgome de sus grandes novedades, seor insurgente...

El mulato le interrumpió con gesto cómico:

—¡Chit! ¡Observe que el calificativo es peligroso, podrían oír a su merced, y, Pezuela tiene un miedo!...

—¡A callar, hombre! —y mientras meditaba algo definitivo que contestar para dejar abrumado a su interlocutor de todas las mañanas, púsose a golpear el aldabón de la puerta para que la criada o el negrillo, totalidad de su servidumbre, viniese a recibir el pan, que un repartidor, montado sobre un asno, iba a dejar en el domicilio de la clientela, sacándolo de los grandes "capachos", caliente y humeante, de la privilegiada clase "pinganilla", elaborado con manteca y salido del amasijo próximo, situado en la calle de Santa Rosa, propiedad del terrible Recaredo, conocido amansador de esclavos rebeldes o cimarrones.

—¡A callar! —repitió— ¡La autoridad del Rey es invencible! Desde Condorcanqui, aquel loco, hasta Zela, aquel traidor, luchan en vano, y en vano por los siglos de los siglos habrá de ser. La desobediencia y la deslealtad serán castigadas ejemplarizadoramente, ¡pierda cuidado usarcé!

—¡Pero acabe la epístola!

—¡Sea, —dijo con más dominio de sí mismo don Hilario después de la anterior filípica, y leyó: —"El ejército de San Martín desembarcó el 20 del mes de setiembre en curso cerca de Pisco. Se encuentra aún en ese lugar, colmado de honores, engrosando sus poderosas tropas con adhesiones de

la nobleza y los naturales, que llenan de entusiasmo". —¡Mentira! —gritó furioso Gonzaga.— Nadie puede tener entusiasmo por ese loco que pretende enderezar entuertos aquí, cuando debiera mejor proceder quedarse en el Virreynato de Buenos Aires, donde no durará mucho la decantada Libertad, que quieren propagar en estos dominios. Una escuadra de Su Majestad irá pronto a someter a los rebeldes y a pasarlos a cuchillo. ¡Que estén tranquilos!

Escupió el viejecillo, mató la saliva y con irónico gesto amenazador quedóse allí balanceando la cabeza de atrás a adelante.

—¡Pero héteme sin caballería! —comentó el discípulo de Hipócrates.— No es nada grato eso de andarse toda la ciudad de Pizarro para mirarle la lengua a los pacientes.

—Mande usarcé a todos, sin visitarlos, el consabido *vomi-purga*... sobre todo si fuesen insurgentes.

—¡Ah, estos requieren cuidados especiales! ¡son vidas preciosas, señor escribano! ¡su sangre ha de servir en el bautismo de la Libertad!

—¡Qué hueco es todo eso que decís!... ¡Parecéis dementes o niños!

—¡Siempre parecieron locos los renovadores, los regeneradores de la Humanidad!

El realista dijo con sarcasmo:

—¡Lástima que sólo vuelven a la razón en la horca, cuando les aprieta la soga!

Ya la vida urbana adquiría su cuotidiano movimiento. Los repartidores de comestibles empezaban a discurrir. Sus pregones, tan peculiares, se oían de rato en rato, tronando en los umbrales o desde las calzadas. El lechero, con sus *porongos* encima de un caballejo; el carnicero, con una carretilla; la moza vendedora de jazmines para los floreros de la Virgen y el peinado de las doncellas; el raicero, llevando maravillas para la conservación de la dentadura...

Las puertas se abren una a una. Primero sólo el minúsculo postigo, por donde asoma la negrura del zaguán. Después, un rato después, el portón a grandes hojas, cuyos

goznes cantan con alegría mañanera dentro de las muescas de piedra. Una voz nueva de campanario desciende de la altura, momento a momento. Criadas negras que portan vasijas diversas conteniendo leche, adquirida en el cercano establecimiento "al pie de la vaca", por sibaritismo del amo, negras de trenzados moñitos untados con pomada de coco, envueltas en pañoles, afables los gruesos labios cárdenos donde rebrilla la blanquísima dentadura.

Un carretón halado pausadamente por un mulo, viene llenándose con las basuras arrojadas a la calzada de cada una de las casas y que un hombre emponchado amontona con una escoba de ramas, para echarlas luego al vehículo elevándolas por el aire, en nube que se dispersa en buena parte. Los perros hambrientos y huérfanos, interrumpidos, se alejan del montonillo mirando torvamente el carretón aquel. Los gallinazos también, asustados, truncan el diario festín que higieniza la ciudad y van desapareciendo de las calles en vuelo precipitado. Se dirigen ahora a los muladares, a tomar allí buen sitio a la llegada de los desperdicios poblanos, sobre todo el sitio conocido con el nombre de Tajamar, en la ribera del río, que es el más provisto, por depender del centro de la población. Los cabildantes sólo se ocupan de los barrios aristócratas. Los otros no les merecen atención, allá se las hayan los villanos y los pobres.

Al darse la mano, el doctor Agustín, como se hacía llamar, dijo a su vecino:

—Que la Patria le dé muchas alegrías a su merced.

—¡Huelgóme de su buen gusto!... Supongo que usarcé ejercerá el cargo de "médico insurgente" cuando se aproxime el famoso ejército. Quizá entonces sea usarcé "excelentísimo" o algo semejante...

El agredido se mordió los labios y disimuló haciendo un saludo de exagerada reverencia al anciano. Había avanzado unos pasos cuando se detuvo para decir:

—¡Ni el uso de la espada les dejaremos a sus mercedes! Como en Buenos Aires y Chile. No habrá "señor conde" ni

pipirigañas de la laya. ¡Nos hablaremos todos de tú, como en Francia!...

Furioso dió unos pasos hacía él don Hilario y le espetó:

—¡Usarcé le hablará de tú a su mujer, lo que es a mí, sólo muerto!

Caminando con el moreno rostro sonriente vuelto hacia atrás, sin un pelo de barba ni bigote, siguió afirmando:

—A todos, a su merced primero que a todos.

—¡Cállate, hijo de galinazo!... ¿Te has olvidado de tu origen?

—¡Los dos somos libertos!

—¡Cállate, villano insurgente!

El médico apresuró el paso. La tensión de vapor era ya bastante para hacer estallar la caldera, y, aunque él también se excitaba en estas disputas, no quería reñir seriamente con el viejecito. En la oportunidad que se volviesen a ver, le halagaría, le hablaría diciéndole otra vez "su merced, el ilustre señor de Gonzaga", y algunas otras frases amistosas.

Don Hilario entró temblando de furor a su casa. En trajines domésticos encontró a su consorte:

—¡No sé cómo me contengo para no atravesar a ese negro! —díjola en cuanto la vió.

—¡Sí, la de todos los días! —reprendióle ella, una vieja desmolada, gruñosa y terrible.— Allí te ví en charla, hoy desde más temprano, y pensé: "ahora tendremos riña". ¡Usarcedes son un par de majaderos!... Pero tú no debías salir a la puerta, lo haces nada más que para buscar la eterna pendencia. *Quien por su gusto padece no son penas las que pasa.*

—¡Bueno, bueno, ¡a callarse! ¡No he venido en busca de sermones!

Su consorte encolerizóse:

—¿Quieres entonces que yo ponga remedio a las cosas?

—¿Cómo? —preguntóla admirado don Hilario.

—¡Mando por un alguacil y se le envía a la horca, por rebelde! ¿Quieres?

—¡Cállate, energúmeno! ¿No sería una infamia que yo denunciase a este hombre que, aunque de humilde origen, me ha hecho favores?

Ya doña Eduvigia había perdido la serenidad:

—Entonces, ¿a qué me vienes con paro medio?

Pero don Hilario, a compás que su compañera de la vida se excitaba tornábase él, tranquilizador, y bromista aconsejóla:

—¡Pero, hija, no críes cólera!... ¡cría gallinas, cría pichones, que es más provechoso!

—¡Anda al dientre, vejestorio! ¡después que la hace a una rabiar se mete a letrillas y monsergas.

Don Hilario se dió media vuelta, sin decir más. Metióse a su gabinete y reflexionó sobre la noticia que le diera el doctor Agustín, referente a la llegada del ejército libertador a Pisco, tan anunciada por los patriotas. ¿Sabrían esto ya el Virrey y la nobleza?... Ocurriósele que acaso ignoraban todavía el hecho y que él podría adquirir renombre y preeminencias haciendo conocer el grave suceso. Inmediatamente se puso en pie y aliñó su gabán, pasando la vista a todo lo largo de su cuerpo. De pronto lanzó una exclamación:

—¡Ah! ¡Cierto que tengo un agujero en la media, por la pantorrilla!

Púsose entonces a hacer piruetas en un pie para poder mirarse la otra pierna, doblada exprofeso. En una de estas estuvo a punto de caer y resolvió apoyarse en la mesa para observar mejor. Efectivamente, el "ojo" estaba allí, más desarrollado que por la mañana, y era imposible salir en tal estado.

—Amito, —entró a la sazón diciendo el negro adolescente que le servía de paje, ujier y todo lo demás al modesto aristócrata, —*aí etá* un *criente* que *quié jablá* a su *mecé.*

—Dile que vuelva. No puedo atender a nadie hoy —y agregó: —Llama a tu señora, que venga enseguidita trayendo una aguja ensartada con hilo blanco.

El negrillo fuese disparado, atravesó el pequeño patio, introdújose por la puerta de la sala y a poco volvió, diciendo a don Hilario con algún temor:

—Amita *rice* que vaya su *mecé*, que *ea* no *etá pa dir* y venir *ata* acá.

—¡Las mujeres son el demonio y sobre todo las viejas!

Lanzó un suspiro de sometimiento y fue en busca de doña Eduvigia. Esta le hizo poner el pie sobre una butaca, teniendo en posición acrobática al viejecillo sumiso, y a cada momento le hincaba la piel. El protestaba:

—¡Cuidadito, caramba! ¡Creo que lo haces adrede! ¡me pinchas a cada instante!

La rencorosa mujer le contestaba coléricamente:

—¡Vamos, déjate de pamplinas!... ¿Por qué no te coses tú, entonces?

Al fin quedó hecho el zurcido y, aunque el verdugón era como una desnivelada y gruesa cicatriz, don Hilario sintió satisfacción al cesar en la actitud de cigüeña coja que le obligaba a conservar su malgeniada consorte. Buscó su sombrero de tres puntas, su bastón para la mano derecha y salió carraspeando, como cuando un serio pensamiento ocupaba su imaginación. Marchó calle arriba. ¿A dónde?... Ya se habrá adivinado, donde su "consanguíneo", el excelentísimo señor marqués de Alcántara.

En cuanto se presentó este, díjole:

—Graves y peligrosas noticias traigo a vuestra merced, el señor marqués.

—¡Vengan, Hilario, que yo no soy asustadizo!... ¿Los insurgentes?

—De ellos se trata, señor. De ellos, siempre de ellos, desde que esos malditos escritores franceses que llaman los "enciclopedistas", publicaron esos infames libros revolucionarios que aquí difundiera, para daño de su alma, el padre don Gerónimo Cisneros.

—¡Así es verdad! —comentó el marqués, de pie en medio de la pieza, recostado sobre el dorso de las manos, que se apoyaban en la mesa a la altura de los riñones.

—¡Ay, señor marqués! Su excelencia no podrá notarlo tanto como yo, por que el respeto que su posición impone obliga a todos a la reserva, a la moderación, —el aludido se regodeó, —¡pero conmigo!... En todos los labios están los odiados nombres de los rebeldes célebres. Son para ellos, para esta plebe miserable, mesías amados y esperados.

El viejecillo, como abrumado de dolor, continuó:

—¡Todo es ahora rebeldía, todo trasciende a deservicio de Su Majestad y agravio de Dios!... ¡El diablo debe estar suelto, señor marqués!

—Sí, buen Hilario, mucha razón tienes, el diablo debe andar suelto.

Y don Hilario, aquel realista más realista que el Rey, reveló la tremenda noticia con acento compungido. San Martín, al frente de ejércitos argentinos y chilenos había desembarcado en Pisco con el intento de invadir todo el país. Y lo más grave estaba en que la traición iba engrosando esos ejércitos y haciendo peligrar la dominación de España. Luego agregó:

—¡De Lima misma, señor marqués, márchase la juventud, para enrolarse en aquel ejército de visionarios!

—¿De aquí, de Lima? —preguntó extrañado el aristócrata, ajeno al verdadero movimiento agitado de opinión que reinaba en la ciudad. —¡Eso no es posible! ¡Aquí está bien arraigado el sentimiento realista y el amor a la persona de los Reyes!

—Sí, señor marqués. Vanse a caballo, ¡no sé cómo!

—Pero, ¿y las portadas? ¿y las murallas?

—Acaso vuelan por encima, señor, pero que ellos se van, es un hecho: hoy ha sido robada una mula al doctor Agustín con ese propósito.

—¿Al médico?

—Sí, señor. ¡Y viera su merced la osadía!... Dícenle que, como le creen adicto a la campaña de insurrección, se llevan su mula para trasladarse a Pisco... ¿No sería oportuno que noticiase usted al señor Virrey de estos hechos?

—Es tarde ya, Hilario.

—¿Lo cree así su merced?

—Sí, estoy seguro. Ya adopta medidas el representante de Su Majestad para obligar a reembarcarse a esa expedición de aventureros. Yo mismo conocía ya la noticia, Hilario, fiel Hilario.

A poco se despidió el anciano. Fuese pensando en voz alta por esas calles, a la sazón más concurridas, pero en las que no se traslucía la menor alarma:

—Este marqués, no sirve para nada... ¡Si viviera su padre, su padre que derrocaba Virreyes con una epístola al Rey!... Ya estaría levantando ejércitos para rechazar la invasión.

El marqués quedóse diciendo para sí:

—Este viejecito tiene razón: el diablo debe andar suelto, eternizado el día de San Andrés. ¡Pero acabará por volverse al reyno de las llamas, qué duda cabe!

IV

LOS AMANTES

En el amplísimo dormitorio resonaba fuertemente un ronquido. Se adivinaba que dormía ahí un hombre grueso, tranquilo, entrado en años. Intensificando más el alcance visual, columbrábase en el alto lecho dos siluetas tendidas bajo los cobertores quietos y ampulosos.

Sorprendía la suntuosidad de aquel monumento conyugal. Tres gradas llevaban al alto estrado donde se sentaban las patas de león, en bronce cincelado. De ahí surgían las columnas, gruesas como astas de bandera, pegados a los cuales se veían, con recargada abundancia, amorcillos voladores, adheridos apenas por la espalda y los talones, en alto las dobladas rodillas y tendiendo afuera los bracitos que amenazaban con el tendido arco terrible y dulce.

Todo se zambullía en una tenuísima media luz. Monstruos estáticos eran los solemnes armarios pegados a los muros, los cortinajes blondos que dominaban los tres anchos mamparones de aquella estancia. Enconchaduras profusas en los tiradores de las cómodas encendían lumbres mortecinas, vagas, inmóviles. En los marcos de plata repujada, también había insinuaciones de luz. De un ángulo partía la mezquina luz original. Era una lamparilla de aceite, colocada sobre una pequeña repisa, tras de un cancelillo de tela roja para defender el tálamo de los rayos directos.

¡Cuánta calma en el recinto suntuoso de los marqueses de Alcántara! De fuera penetraban repentinos rumores nocturnos, lejanos ladridos de perros, chirridos deslizantes de lechuza en merodeo cerca de las torres de San Francisco, inmediato.

El lecho, cuando cesaban por intervalos los ronquidos del hombre sano, hacía pensar en un túmulo regio. Algo había de fantasmal en toda esta solemnidad, algo litúrgico, grave.

Y súbito, por una mampara entreabierta con sigilo milagroso, una figura envuelta en manto oscuro desde la cabeza a los pies, como dicen ser las apariciones, entró muy lenta, muy leve, pisando sin ruido alguno la espesa alfombra con las puntas de unos pies pequeñitos y blancos. Siguió avanzando y se llegó al lugar donde estaba la lámpara. Se empinó, se empinó... Sobresaltóse un instante la roja llamita y se extinguió luego.

¡Oh, que negrura de honda mina se apoderó de todo!... Silencio, silencio. Sólo el grito áspero de los buhos que van y vienen por encima de los techos... El ronquido que se eleva otra vez, trayendo a la realidad, hablándonos de vida, reanima un tanto.

Pero parece que un ratón se hubiese introducido, uno de esos ratones que persiguen inútilmente los gordos morrongos familiares engreídos en faldas de amos y esclavos, a pesar que tienen libre ingreso a todas partes por las redondas gateras que ponen su ojo negro en las puertas. Un ratón, sí. ¡Pero cuán cuidadoso!...

Ahora, debe haberse llegado a la mampara opuesta, por que las lunas, aunque muy levemente, se estremecen. Quizás está mordiscando la afilada dentadura el cedro aristocrático de sus hojas, hambriento el infeliz.

Ya se fué... Silencio de tumba cuando no ronca el marqués. Algún día será verdad esta fingida muerte que les tiene inmóviles a los cónyuges bajo las cortinas de encaje holandés del regio dosel.

Llegó ya Encarnación, la linda muchacha de piel color de perla, a la otra pieza tras heroico recorrido. Tiritando

abre una batiente de la gran ventana, para lo cual ha tenido que subir dos altos escalones labrados en el espesor del muro, que pasa de una vara. La hoja podría serlo de una puerta, tal es la enorme dimensión del ventanal, cuyos hierros en complicados arabescos, redondeados hacia la calle, sostienen en el centro el blasón de la casa. Una torre, una lis, en los campos superiores, y barras de plata en el ancho campo inferior.

—¡Reina!... ¡Reina mía!... —se oyó, al pronto, la voz del galán.

—¿Eres tú, Sebastián?

—Sí, yo que desesperado estaba ya de verte esta noche.

—¡Ay!... —suspiró la niña.— ¡Me ahogo! He contenido tanto la respiración, que al hacerlo ahora libremente, recibiendo el aire de la calle, me asfixio.

—¡Reina mía!... ¡Qué pena me dá verte haciendo todo esto por mí!

Ella pasó su manita a través de los hierros, por un vacío en forma de media luna, y el mancebo se apoderó de ella veloz, la abrigó entre las suyas y se puso a besarla con delirio.

—¡Chit! ¡chit! —recomendó en delicias la doncella.— ¡Despacito! ¡despacito...! ¡Se oye el ruido!...

La vereda está en plena sombra. Apenas adivinaban los amantes la situación de los rostros, por sólo una menor tenebrosidad. Ella había estado de codos en el alféizar, y, para tenerla más cerca, el hombre dijo:

—Sube, amor mío, siéntate arriba.

La joven accedió. Comprendió ella muy bien el objeto de aquel ruego, y, como al unísono ardían las dos almas, quiso lo mismo que él quiso. Sentada encima del vano, que estaba alfombrado, por que ahí se asomaban las señoras para ver a la calle, extendió sus finas piernas y con el brazo izquierdo se prendió a los curvos hierros, aquietándose. El enamorado cogió entonces la dulce carita, buscando entre el laberinto del ventanal las aberturas mayores, y se puso a besarla embriagado. Encarnación cerró los ojos y le dejó hechizarla de hondas voluptuosidades...

A ratos hablaban. A ratos no se oía una voz. Apenas el aliento en febril agitación, el murmullo sutil y tierno de un suspiro en ansia, en tormenta muda y profunda.

¡Pero cómo los enamorados podían imaginar que la marquesa estaba ahí, detrás de ellos, en la sombra impenetrable, mirando y oyendo!... Desvelada, vió entrar aquel fantasma que entreabrió la puerta de su alcoba. Un paroxismo de terror evitó su grito de alarma. Y después sintió el soplo que apagó la luz, ruido humano, indudablemente humano. Aguzados sus oídos, siguieron los pasos del falso espectro hasta que se hundió en la habitación inmediata.

¿Quién sería? ¿Cuál de las esclavas tenía entrevistas con un rondador por la ventana? ¿Cuál de ellas faltaba a los respetos debidos a la noble mansión de los marqueses de Alcántara?...

Y como si hubiera sido otro espectro, decidida al fin para aplicar el severo castigo y evitar, acaso, una fuga, tan frecuente entre los criados en los últimos tiempos de rebeldía, se deslizó del lecho, descalza y en camisa, bajó las gradas, y, silenciosa, para no despertar al marqués, cuya irritación temía, atravesó el resto de la inmensa habitación y pasó a la contigua.

Lenta, lenta, se llegaba. Un rumor ahogado de voces percibió; luego, la inconfundible música de los besos, largos, porfiados... ¿Quién? La oscuridad tan negra le impedía averiguarlo. No importaba. Dentro de unos instantes lo sabría, no podía escaparse la infame, la puerca...

Ya estaba muy próxima. Latía terriblemente el corazón de la noble señora, que a veces le ponía una mano encima para que el ruido no saliese fuera y la denunciase. Entre los hierros se dibujaron confusamente las sombras. Pasó largo rato y la marquesa no oía voces; rumores de besos, nada más, percibía, incansables... ¡Sentía una impaciencia! Rápidos como chispas pasaban pensamientos de castigo por su mente... Sí, a una tahona, a látigo, a pan y agua... ¡Infame! ¡En la misma ventana augusta, donde hasta podría creerse por un transeúnte que fuese ella misma, ella, la ilustre señora encope-

tada, o bien su hija, su hija pura y casta como la flor de un altar... ¡Infame! ¡Se la azotaría, sí, terriblemente!... Se le cortaría el pelo, por un barbero, avergonzándola... Mil espantosas amenazas, locas, imposibles, urdía la imaginación sobreexcitada de la marquesa iracunda.

¡Ah! ¡Voces!

—¡Mía, mía, aunque tenga que derribar todas las montañas!...

Nada más, nada más. De nuevo el ruido. A ratos la figura que ella adivina ser de la mujer, se mueve, se inquieta sobre la ventana, y, una voz femenina, tan débil, tan emocionada, suplica un "¡No, nó!", cuyo acento desfigurado por la insuflación amorosa no puede reconocer la marquesa. Luego el intraducible rumorear de voces. Imposible descubrir a los personajes de la escena pecadora.

De pronto la contera de una espada golpea en el muro exterior... ¡Oh! ¡De espada!... Parécela a la infeliz señora que la hubiesen clavado ciento en medio del corazón. ¿Un hidalgo?... Se apoya con una mano en la pared, por que sus piernas empiezan a temblar. Siente un frío intensísimo, que se cuela bajo su camisa ligera, por sus pies descalzos... ¿Es un noble quien seduce a una de sus criadas?... Estos casos son frecuentes, pero el atrevimiento es excesivo en esta forma... La anonada el descubrimiento, y este anonadamiento es una felicidad por que la embota, la entenebrece la razón para el momento espantoso...

—¡Encarnación!... ¿No es verdad que me amas sobre todo? ¿sobre todo? ¿sobre la familia, sobre las preocupaciones de clase?... Dime, ¿verdad?

—¡Sobre todo, sí!... ¡ya te lo he demostrado!

—Entonces, ¡huyamos!... Dios nos bendice... te asilarías en un monasterio...

—¡Nó, nó, por Dios!... —le interrumpió sobresaltada.— Así, en secreto y nada más, todavía.

—¡Oh, pero si sospechases cómo son mis ansias de tu amor, linda amada mía!... Estas entrevistas son deliciosas, pero escasas, cortas...

Ella quiso evitar la gravedad del tema, y riéndole, amante, exclamó en sorpresa:

—¡Cortas! ¡cortas, y no tardan en tocar a maitines!... ¡y casi todas las noches!

—Es que podía ser a toda hora... —le arguyó.

Se besaron frenéticamente. Ella, dejándose besar, murmuraba apasionada:

—Espera, algún día será... algún día no me apartaré de tí un instante... Tengo fe completa en que nuestra Señora del Carmen hará que lleguemos a casarnos... no sé cómo ni cuándo, pero...

Como una melopea, el rumor de los besos suaves del hombre acompaña aquella charla melificada y consoladora.

—Y, mientras tanto, nos seguiremos viendo así... Dios hará que mis pies sean de fantasma hasta que sea necesario, pondrá El plumas bajo mis plantas, me dará alas, como les dá a las almas para que vengan, de la otra vida...

—Como les dá a los ángeles, debes decir, hechizadora reina de mi corazón...

Y siguieron los besos un rato más. De pronto cantó el gallo y la niña se asustó:

—¿No ves?... Ya va a tocar San Francisco la campana de maitines... ¡Me voy!...

—¡Nó, un momento más! —suplicó el galán.

—Sí, sí... mañana volveremos a vernos... ¿quieres?... a media noche...

—¡Oh, que si quiero!

—Entonces, adiós.

El hombre no la dejaba, se oían sus besos trémulos y locos sobre los labios, que a veces cortaban y ahogaban la palabra desasosegada de la doncella.

—¡Ya... ya, pues!...

El, al cabo, exigió:

—Pero quiero antes besarte los pies...

—¡Oh! —resistióse ella.

—Sí, para que mis besos, como alas, te conduzcan sin rozar las alfombras...

Y la marquesa escuchó unos besos que acariciaban los desnudos pies de su hija única, quizás ya pervertida y mancillada, pensaba, y con ellos sofocadas y cosquillosas risitas de la joven.

—¡Ya, ya está!...

Luego un rápido descanso:

—Adiós, amor.......................

—¿Hasta mañana, bueno?

Se oyó un "sí" ahogado, ya nervioso, pensando sin duda en el nuevo y terrible peligro del regreso.

El fantasma de pasos silenciosos, envuelto en un manto amplísimo desde la cabeza a los pies, empezó a cruzar las extensas habitaciones.

Momentos después, la marquesa, abrumada, insensible, fuese también hacia allá, lenta, muda. Cuidadosamente se acostó al lado de su respetado esposo, el marqués, en el tálamo donde ella reposara siempre sin mancha... ¿Le tiraría de un brazo para decirle: "Marqués, vuestros blasones los pisotea un miserable, vuestra honra ha sido mancillada"... O pondría ella sola remedio a todo?...

Un momento después se olvidaba de la realidad. Poníase a pensar en que llegaban de muy cerca las campanas de maitines de las torres próximas. Pensaba en que comenzaban a insinuarse en la oscuridad los perfiles de los muebles enormes... ¿Y la lamparilla?... ¿Se apagó temprano, como solía ocurrir, acaso por que la esclava le puso poco aceite o el pabilo no estuvo bien trenzado?...

¡Ah, nó! ¡la lamparilla la apagó un fantasma! ¡algún espectro de los tantos que rondan por esta vieja casona, espectro de esclavo, probablemente, o una, quizás, de las tantas sombras de sus ascendientes, que no pueden descansar en la otra vida en penitencia por los crímenes que cometieron en ésta y que sin cesar, según se afirma, merodean por todas las habitaciones!... Nó, pero si no fué un fantasma, si fué su hija, que a fin de que no la viesen pasar a citas vergonzosas en la ventana, tal vez si con el diablo, apagaba antes la luz de la lamparilla, puesta ahí para casos de temblor...

Comenzaba a amanecer cuando unos alaridos espantosos se oyeron. Los moradores se vistieron apresuradamente. ¿Qué pasaba?... Encarnación, despertada de un sueño encantador, sentóse en su camita blanca, como un canastillo cubierto de encajes, púsose la misma manta que la servía en sus viajes en medio de las tinieblas y fuese en babuchas a ver a su madre. Habíase apaciguado cuando entró a la alcoba solemne, cuyas ventanas abiertas sobre el patio permitían la entrada de la luz matinal y del aire refrescante. Todos se retiraban del lecho en ese momento, porque la marquesa parecía haberse dormido, con ciertas sales calmantes, cuya emanación la hicieron aspirar. El marqués, con una cara de terror conmovedora, hacía a todos:

—¡Chit!...

Encarnación volvió a su dormitorio para vestirse. ¿Qué tendría la buena señora?...

V

EN LA BARBERIA

Dentro del hondo salón del barbero una charla de patriotas se prolonga desde hace horas. El fígaro locuaz cuenta e inventa. Lo preciso es que el auditorio no escasee y abunde la clientela. Es necesario amenizar la sala de otro modo, impacientes algunos que esperan, iríanse a la barbería situada en la cuadra siguiente, en Valladolid, donde un rival, el aragonés Corpa, se afana por destruir el prestigio y arrebatar los parroquianos de esta "Barbería Elegante", que regenta Blas, un andaluz acriollado, un "claudicante", como dice el primero, con rebuscado adjetivo.

Desgraciadamente para él, Blas es el diablo mismo, si es que el soberano señor de los reinos subterráneos es verdaderamente vivo y hábil. ¿Que le rasca el mentón a un señor de espadín?... pues, el desembarco de los rebeldes en Pisco es una mojiganga y San Martín un loco que padece la manía libertadora, a quien de un momento a otro se verá ajusticiar en la Plaza de Armas y enseñar la lengua biliosa bajo la soga de Paco Salés, el verdugo. ¿Que el parroquiano usa chambergo y corbatón de patriota?... pues, la Libertad está asegurada, las deserciones son incontenibles en las tropas reales, el pronunciamiento de Guayaquil es de enorme trascendencia, el Virrey tiembla como si hubiese cogido frío en un baño excesivamente largo.

A la sazón, tarde de sábado, obligatoria limpieza del rostro, el concurso es clara y definidamente patriota, y, naturalmente, Blas es un patriota exaltado.

—¿Acaso no sabéis?... El batallón Cantabria se pronunciará de un momento a otro. Se ha hecho por esto una "quinta" muy severa.

—¡Cómo!, —arguye extrañado alguien,— ¡si ese cuerpo lo manda Zevallos Escalera, precisamente el hijo político de Pezuela!

—¡Eso os dará la medida! La monarquía reposa sobre un volcán.

El deseo hace aceptar a pie juntillas las nuevas propicias.

—¡Magnífico!

—Y ya lo veréis, este cuerpo seguirá al fin el ejemplo del Numancia, defeccionándose, y tras de éste, otros, ¡todos!

Un sujeto flaco, que se abrigaba en una capa con cuello de terciopelo, refirió:

—Sí, no miente el bueno de Blas. Yo sé de manera fidedigna que antier se robaron de los parques del cuartel en que se aloja el regimiento Concordia, ciento cuarenta fusiles. ¡Vayan sus mercedes a averiguar quién!

Y el otro contertulio agregó:

—Contad también con que las tropas que se llaman a Lima apresuradamente de las distintas guarniciones se desertan en el trayecto y sólo llegan los oficiales. ¡No es habladuría de "golosos", como nos llaman los realistas! Tal ocurrió hace varios días con las Fuerzas que se relevaron en Huacho.

Acertó a entrar en este momento un nuevo personaje. La conversación interrumpióse bruscamente, mientras se hacía el examen exterior del sujeto. Venía trajeado cuidadosamente con apariencias de hidalgo y con espada. Era joven, apuesto, con aspecto atrevido. Dejó en una percha su sombrero, se miró al espejo de áureo marco mosqueado, meneóse la perilla, se aliñó el pelo, y cogidas seguramente al entrar algunas palabras sospechosas, se encaró al babero:

—¡Hola, Blas! ¿Se charlaba de política, eh?... No veo por qué han enmudecido sus mercedes. Tan patriota soy yo como vosotros y he venido precisamente para saber noticias, más que para recortarme la barba.

Miró a todos y al descubrir un resto de desconfianza en la fisonomía de los presentes, temerosos siempre, dada la vida actual de Lima, a las delaciones, que llenaban las mazmorras del Virrey de enemigos de la Monarquía, continuó:

Y como *carta canta,* voy a daros una nueva.

La curiosidad brilló en los semblantes:

—Ayer la escuadra libertadora hizo en el Callao una demostración.

Blas interrumpió el aleteante chirrido de sus tijeras:

—¿Es cierto?

—Como lo oís. Las fragatas de Lord Cochrane entraron en la bahía, dieron una vuelta frente a los Castillos y desaparecieron luego tranquilamente hacia el norte. Los navíos del Rey no pudieron oponerse.

La noticia causó sensación.

—La Esmeralda, largó gavias, pero se quedó con los crespos hechos. Si sale en seguimiento, ¡pobre de ella! ¡Cochrane sabe lo que hace!

—¡Eso es valentía!

—¡Magnífico, magnífico!

Oyóse un traqueteo de carruaje en la calle y todos se asomaron a la puerta. Una calesa bajaba de la plaza iniciando su recorrido por la calle de las Mantas, en que se hallaba el teatro de nuestra escena. Dos caballos gordos y lustrosos la tiraban uncidos a los limoneros dorados. En la portezuela, un gran blasón lucía sus oros y sus gules, entre arabescos complicados y bajo una enorme corona condal.

El excelentísimo señor conde de las Lagunas —explicó en voz alta aquel joven recién llegado, con la seguridad de un conocedor de la nobleza.

Los cinco hombres miraron al anciano señor, que iba balanceándose en la banqueta, y ninguno le saludó; el caballero les contempló fijamente con aire grave, acaso irritado.

El calesero hacía esfuerzos para que su carruaje no se aproximase a la acequia, burbullante de aguas turbias y orillada de piedras grandes circuidas de verdeantes yerbajos, dada la estrechez de la calzada dividida en dos a todo lo largo por aquélla.

Una garúa leve y pertinaz había comenzado a poner tornasoles de azul en la cumbre de los menudos guijarros y formaba una tenue bruma en el espacio. Apenas eran las cinco de la tarde y la semioscuridad de un adelantado crepúsculo hacía creer en hora más avanzada. Hombres del pueblo, emponchados algunos, pasaban dispersos. Por cerca de la esquina venía un asno, arreado por una vendedora ambulante de ébano que traía entre los labios los restos de un cigarro humoso, que estaba ya a punto de quemarla, carne de esclavitud, ya libre, que espoleaba al animal inútilmente golpeando con un garrote pequeño, las ancas angulosas y calvas, cuando se detenía a mordiscar las yerbas de la acequia.

—¡Arre, burro!...

En la acera del frente, en un volado balcón, una niña miraba tenazmente hacia allá. El pelo castaño estaba adornado con blancos jazmines y su lindo brazo marfileño se apoyaba en el pasamano. El galán venía y pasaba, mirándola, y en romántica contemplación los jóvenes corazones desconocían las tormentas de la política, absortos en los anhelos infinitos de su amor.

La charla siguió en el grupo formado en la puerta, sobre la acera. Sólo Blàs y el parroquiano que gozaba del turno estaban adentro. Un chiquillo, hijo del propietario, lavaba los útiles y hacía jabón en la bacía, con el vivo frote de la brocha clásica. El barbero había trazado con las puntas de la tijera una huella leve en el espesor de la barba crecida del viejo, siguiendo la línea de la mandíbula inferior, desde el pallar de una oreja hasta el de la otra. Miró satisfecho el rostro, como un ingeniero haciendo una alineación, apoyando casi la panza blanda en las rodillas del cliente, y luego dijo:

—Damián, ¿levantaste "lavaza"?... Alcanza la navaja, bien asentada, ¿eh?... —y dirigiéndose al parroquiano, agregó con orgullo:

—¡No habría una "gola" mejor cortada ni en la mismísima Corte del Rey don Fernando VII!... de ese que va a dejar de ser, por lo que se mira, señor de estos reinos.

—Yo lo que temo son los socorros de Madrid —exclamó con angustia patriótica su interlocutor.

—¡Vaya! Cochrane se encargará de no dejarlos llegar.

Y en esto el joven de la espada dió con tono gozoso la voz desde afuera:

—Blas, ¡que allí pasa don Hilario!

—¿Quién? —averiguó el que se afeitaba.

El barbero le explicó:

—Es el escribano Gonzaga, ese malandrín que se llama noble por que mamó casualmente como si hubiese sido un perrillo, el seno de una marquesa.

Blas con la navaja en la mano y el otro con el paño sobre el pecho, así como babero de niño, salieron. El viejecito venía muy campante por la acera opuesta, con la mano izquierda en el pomo de la invicta tizona y el bastón en la otra. Su paso era relativamente ligero, en temores quizás por la llovizna.

—¡Eh, señor de Gonzaga! —le gritó el hidalgo patriota, burlón.— ¿Leísteis la proclama del Libertador?

Sin detenerse, el realista le contestó iracundo:

—¡Que le parta un rayo!

Una carcajada general le respondió.

—Nada temáis, ningún daño hará a la nobleza.

Caminando el aludido se alzó de hombros.

—Conservará el *de* ilustre de los buenos apellidos.

—Más peligros corre su pelleja —amenzó don Hilario.

—Como que no sabéis que ayer le sacó la lengua a los castillos del Real Felipe desde su navío...

Ya estaba a alguna distancia, pero la ira le dió fuerza pulmonar para que se le oyese la tarascada:

—¡Idos al infeirno, renegado de los diablos!

Cuando se amortiguaron las risas, el joven, haciendo bocina de sus manos, le espetó:

—Al infierno se marcharán su merced y los realistas... ¡sobre todo los hibidalgos de pan pintado!...

Así fueron todos estos días. Una disputa continua agitaba a los habitantes. Cada cual, conforme a sus simpatías, pregonaba éxitos y daba pábulos a lisonjeras esperanzas, en su mayor parte novedades imaginarias o exageradas.

Sin embargo, a los patriotas les contenía algo el temor. Era más frecuente el cuchicheo que el discurso. Las delaciones se sucedían. Una política severa de represión trataba de contener la avalancha de la Libertad. En el fondo de los cuarteles se ajusticiaba secretamente a los más peligrosos propagandistas y el rumor popular hacía conocer cifras exorbitantes de fusilados o desaparecidos, cosa esta última que valía tanto como la otra. Grupos de ministriles invadían los domicilios pesquisando rebeldes, que se encontraban proporcionalmente en mayor número entre las altas clases. Sólo inspiraban confianza al Virrey los que definidamente habíanse declarado "absolutistas", los otros, los partidarios de la Constitución, eran considerados sospechosos y se les vigilaba. Parecíanle como intermediarios vacilantes entre aquellos y los patriotas. La proclama de San Martín al iniciar la invasión había hecho buena cosecha de adhesiones entre ellos, dado que les ofrecía no hacerles ningún daño con la emancipación a sus personas e intereses.

Luego, de día en día, el éxito, señor supremo, hacía más amplia labor. Ya Guayaquil que se pronuncia en favor de la Independencia. Ya la salida de la expedición patriota de Las Heras, que se interna en las serranías para levantar de nuevo a los bravos precursores de Huarochirí, cuyo grito fuera ahogado en sangre unos años antes. Ya la aproximación de San Martín y sus ejércitos, situándose en Huacho, en acecho, donde el Virrey no se atreve a ir con sus tropas, que se defeccionan, para desalojarle.

Según cálculos que se hacían, el ejército real sólo llegaba a siete mil hombres, por lo menos con dos o tres mil bisoños entre ellos o gente enrolada sin suficiente garantía. Pezuela, el valeroso marqués de Viluma, triunfador en las luchas del

sur contra los patriotas argentinos, vacilaba ahora y desconfiaba de la situación, no atreviéndose a tomar resuelto partido en espera de auxilios de la Península, que no llegaban. Sus oficiales exigíanle una acción más enérgica, pero él consideraba peligrosa la aventura y prefería esperar. Mientras tanto, las adhesiones continuas y la actitud mesurada y sagaz del glorioso vencedor de Chacabuco y Maipú, hacían cada vez más poderoso el ejército libertador y robustecía la causa independiente.

El hábil espíritu de Riva Agüero había tenido una visión clase de lo que debía ocurrir y sus recomendaciones para que el ejército expedicionario se presentase "en condición de auxiliar y no de invasor, debiendo basar su política en el respeto de las personas y las propiedades, proteger la religión, etc."... fueron un magnífico derrotero para San Martín, quien con minuciosas informaciones pudo venir sereno a realizar el anhelo de la Libertad americana, destruyendo el foco del poderío español, que residía en el Virreynato del Perú y que impedía a las repúblicas australes disfrutar plenamente de su emancipación.

Aparte de esto, una sigilosa y fértil labor, que dirigía el mismo Riva Agüero con talento y de acuerdo con el jefe argentino, así como la subterránea obra de las logias patriotas, a las que deliberada e inconscientemente secundaban las establecidas en Lima como ramificaciones de las de España, organizadas por los "constitucionalistas", contribuían día a día al mayor éxito de la campaña. La rebelión cundía segura y filtrante. El espíritu del Virrey Pezuela se angustiaba descubriendo esta ola y en espera de recursos intentaba dilatorias negociaciones, que debían fracasar todas, como aquella célebre entrevista de Miraflores.

San Martín aguardaba tranquilo en sus acantonamientos del valle de Chancay. Sabía que su triunfo no necesitaba derramamiento de sangre.

Conocía que es más sólida victoria la que se obtiene, aunque sea más tardía, por conquistas de la razón y la justicia.

El país se encargaría de echar de su suelo a los opresores con su firme y debilitante influencia moral. El vacío, el aislamiento del realismo, que tenía en las Audiencias su último baluarte, les ahogaría con lenta y segura caquexia. Y, como para contrarrestar a éste, existía el parapeto de los Cabildos, focos libertarios donde se fraguaban las grandes espectativas.

Una mañana, el 6 de noviembre, Lima amaneció convulsionada de entusiasmo. Las paredes, sin que la deficiente policía pudiese impedirlo, aparecieron cuajadas de letreros: "Cochrane apresó la Esmeralda"... "Cayó al abordaje la fragata Esmeralda"... "Viva la Patria"... "Viva la Libertad"...

Los navíos habían penetrado cautelosamente. Veinte botes como sombra, avanzaron dentro de la rada. Cochrane y Guisse, como jefes de esta fantástica aventura, acompañados de doscientos cuarenta hombres entre marineros e infantería de marina, armados de machetes y pistolas, remaron hacia una abertura del círculo de defensa en que la fragata real se guarecía. Un bote de la vigilancia les interceptó, pero varias armas apuntadas y varias manos robustas ahogaron en el momento de la sorpresa su voz de alarma. La oscuridad en todos los lados. De un buque de guerra americano fondeado en el Callao, les gritaron al verles pasar, interesados por la osadía heroica:

—"¡Buena suerte! ¡sois unos valientes!"...

Uno a babor y otro a estribor, aquellos jefes inmortales arrojaron intempestivamente escalas a las bordas y los héroes treparon velozmente. En la cubierta encontráronse estos dos hombres en el primer momento y se estrecharon las manos, asombrados ellos mismos de su audacia, y el navío, valiosa fragata de cuarenta cañones, quedó después de corta y valerosa resistencia, en lucha cuerpo a cuerpo, en poder de los asaltantes. Cochrane, acribillado de heridas, dejó la terminación de la empresa a su segundo, y éste, una vez dominada la situación, largó gavias y fue a buscar fondeadero frente a la isla de San Lorenzo. Los castillos hicieron tronar entonces sus

cañones, atropelladamente, sus gruesos cañones de chispa, comprendiendo muy tarde la sorpresa realizada, pero las naves neutrales encendieron sus luces de señal, pues estaban expuestas, y la "Esmeralda", nuevo navío patriota, pudo alejarse sin sufrir daño alguno, escudada por aquellas.

En sus memorias el almirante inglés censura a Guisse por la precipitación de su partida. Este hombre audaz creía posible el apresamiento de otros navíos, seguidamente y en la misma forma que la "Esmrealda", pero acaso la prolongación del intento hubiese frustrado la valiosa victoria.

Y después de esta corta disquisición, tornemos a la barbería de Blas, aquel oscilante cortador de golas y pelucas, donde el concurso de curiosos de noticias había crecido, como todos los días a esta hora.

La llovizna, porfiadamente, seguía cayendo en las calles. Estupendas novedades traía cada parroquiano nuevo, las que absorbaín los oyentes sin poner reparos a su verosimilitud.

Y comenzó a oírse un ruido sobre la calzada, suave al principio como un lejano rumor de mar furioso. Blas puso en alto la navaja, elevó los ojos al cielo-raso manchado de goteras y en percepción, dijo:

—¡Chit, la ronda!...

Cada uno adoptó conveniente actitud de disimulo y a poco en el marco de la puerta se encuadró la figura del oficial, con negra capa echada sobre los hombros y larga espada colgante sobre el flanco del caballo. La punta del tricornio se enfiló hacia la barbería y frente a ellas frenó el jinete la cabalgadura. Las pupilas inquistivas escrutaron mientras el resto de la tropa se le aproximaba. Las barberías y las farmacias eran los conversatorios republicanos, muy sabido era, y los ministriles las observaban empeñosos... Pero nada, allí no hablaba nadie. Cada uno esperaba su turno para hacerse la barba, y esto era todo...

Los caballos golpearon otra vez los guijarros y se respiró después tranquilamente. Con desahogo exclamó alguien:

—¡Qué miedo tiene el señor Virrey!... ¡Ahora vemos rondas hasta en pleno día!...

Sin embargo, ya no era día. Lo probaba el farolero que, escalerilla al hombro, venía encendiendo el pábilo de los faroles públicos, y el que, Damián, el hijo de Blas, se ocupase en este momento en encender las velas de los candelabros colocados delante del espejo de la barbería.

VI

LA EXPEDICION LIBERTADORA

Llevaba ya la escuadra quince días de navegación. El entusiasmo reinaba en las tripulaciones y en las tropas expedicionarias, creciente día a día. Marchábase a dar la más valiente y difícil embestida. El tigre joven de la Libertad iba a acometer en sus dominios al viejo león de España. La fe salvadora, más que ese viento propicio que les venía impulsando del Sur, llevábales hacia el porvenir, seguramente glorioso, aunque la empresa resultase fallida. Fallida sería sólo momentáneamente y nada más. Otra vez, tarde o temprano, la dominación extranjera se expulsaría de la América naciente y libérrima.... En ninguno de esos pechos de héroes escondíase desconfianza alguna. A los nuevos, los marinos de los barcos referían las proezas de su jefe, Lord Cochrane, sus fantásticas correrías por la costa del Pacífico, donde venía realizando desde 1818 inverosímiles hazañas, tomando presas magníficas en sus excursiones de corsario habilísimo y audaz, conquistando comarcas, acrecentando la escuadra que tenía a sus órdenes en considerable proporción. Habíase convertido en el terror de la marina española, varias veces bloqueada en su mismo abrigo del Callao y perseguida osadamente bajo el fuego de las poderosas fortificaciones, dentro de la misma rada. Y los soldados, los bravos y aguerridos libertadores de la Argentina y Chile, contaban a su vez a los marinos sus bata-

llas gloriosas a las órdenes del general San Martín, héroe admirado y amadísimo, jefe de la expedición emprendida digna de un episodio de Homero; aquel camarada de Belgrano y Pueyrredón, que como un iluminado concibiera la idea genial de esta empresa estupenda, adivinando que las victorias obtenidas por él en Chacabuco y Maipú no tendrían valor definitivo mientras el poderoso núcleo español del Virreynato peruano existiese, enviando, como ocurría sin cesar, elementos que hacían efímeras en el Sur las conquistas obtenidas por la Libertad.

Y en narraciones y consejas se pasaban las horas, encendiéndose en roja llama heroica el corazón de los patriotas. Tocóles una hermosa luna en el viaje y el extenso mar se salpicaba de plata en el encogimiento suave de sus ondas apacibles. El cielo azul, inmensamente azul, como sólo se ve en los trópicos, sorprendía a los expedicionarios y les infundía risueña paz, acendrada fé en el éxito. Sobre las cubiertas elevábanse canciones del terruño, lánguidos "pamperos" indianos, que las vihuelas acompañaban con su acento tembloroso. Tumbados sobre el suelo, el cantor dentro de la ronda de oyentes, cada uno se abstraía en sus recuerdos o viajaba por los ámbitos inclasificables del ensueño. ¿Como sería el Perú?... ¿Encontraría él la muerte allí?... ¿O sería aquel país de la riqueza el lugar donde sentase la planta y viviese con la dicha apetecida?... Entretanto, ¡qué bien armonizaba el rumor del viento sobre las vergas con aquella música de la tierra, adonde tal vez no volvería el soldado! ¡qué bien se combinaban los sones oídos desde la infancia con los murmullos de las ondas al lamer el gordo costado del navío!...

De día, el sentimentalismo se amortiguaba. Los latinos fueron siempre amigos de su sol esplendoroso, sobre todo los hijos de este continente ubérrimo. De día, a cada momento y con cualquier pretexto, estallaba en la cubierta de los transportes pletóricos de soldados la canción de la Patria, la canción que ensalzaba la gloria de la Libertad, ya adquirida a costa de sangre y sacrificio... Los chilenos la suya en un buque. Los argentinos, en otro, más numerosos, más antiguos en la eman-

cipación, les contestaban. Y los coros potentes y marciales llenaban como nunca el océano. Los seres invisibles que se esconden bajo la superficie marina, asombrados escrutaban, quizás, a través de su esmeralda temblorosa a estos nuevos argonautas que se deslizaban por arriba vocingleros y extraños...

El "San Martín", gallardo y lento, guarecía con sus 64 cañones la persona del ínclito general argentino, jefe de la expedición heroica. Aunque era un navío de antigua construcción, su magnífico estilo inglés, severo y fuerte, daba realce a las 1300 toneladas de su registro, viéndosele navegar con espléndida gallardía.

Junto con éste, en línea cuidadosamente conservada con hábiles maniobras en los masteleros, iba la fragata "O'Higgins", la elegante nave española capturada en Talcahuano, a fines de 1818 por el almirante chileno Blanco Encalada, aquella desgraciada *Reina María Isabel*, que por su encalladura ligera, tan ligera que pudieron aprovecharla los patriotas, fue abandonada por sus tripulantes. En ella iba el infatigable y bravo Lord Cochrane, avizorando con sus terribles y diminutos ojos azules los menores detalles de la navegación.

Todo ello era de felices augurios. Ningún percance hubo que lamentar durante la expedición. Si no hubiera sido la ruptura de un mastelero o una cuerda en el vergamen de tal nave y la muerte de dos o tres tripulantes, acaecida por enfermedades naturales, nada habría hecho sensible la realización del viaje.

En la tarde del 7 de setiembre de 1820, avistó la escuadra libertadora el grupo de las Islas de Chincha. Todo el equipaje situóse en la proa a mirar cómo se aproximaban y crecían esos monstruos borrosos diseminados aquí y allí. Fuese poco a poco fijando su color cabritilla jaspeado con enormes manchas blancas. Verdaderos monstruos, cabezas fabulosas que asomaban sobre las aguas, como para atisbar atrevidos... Iban acercándose, aquellos bultos irregulares, aquellos observadores enigmáticos.

De pronto, el navío "San Martín" hizo estallar, con isocrónica distancia, tres poderosos petardos. ¡Ah! ¡gran suce-

so!... A poco, —era cosa convenida para excitar el entusiasmo en caso de desembarco—, el comandante de la nave transporte, leía una "orden general"... Se esperaba ésta entre las tripulaciones, porque en la mañana, aprovechando una calma chicha, un bote ligero destacado del "San Martín" llevó un pliego cerrado a cada capitán de navío, acoderándose fugazmente a todos. La curiosidad que en las horas de ocio se exacerba siempre, producía verdadera impaciencia a los viajeros, soldados y marinos. ¿Qué diría el general San Martín, Jefe Supremo de la expedición? Inmediatamente después de aquella señal, un toque de corneta producido en todos los barcos, y que fué como repercutiendo en cada uno, tal como si sólo se tratase de un eco multiplicado, reunió en las respectivas cubiertas a la totalidad de los equipajes y se leyó la siguiente proclama:

"SOLDADOS:

"Dentro de unas horas más, llegaremos al término mo-"mentáneo de nuestro viaje. En la costa, frente a esas islas "que venimos divisando hace largo tiempo, está el puerto de "Pisco, en cuyas cercanías desembarcaremos, mientras la escua-"dra, al mando del bizarro jefe de ella, hará una manifesta-"ción contra los fortines de nuestros enemigos. Vais a pisar "por primera vez la tierra peruana, que vuestro heroísmo li-"bertará de la opresión bien pronto, estoy seguro. Vuestra "bravura, que ha dado estupendas muestras en tantas batallas "libertadoras, tendrá una ocasión más para asombrar al mun-"do y concluir con digna coronación la más grande epopeya "que vieron jamás los siglos. Vuestro triunfo en el Perú se-"rá la ratificación de todas vuestras pasadas victorias y consa-"grará definitivamente nuestra gloria.

"Vuestro general confía en vosotros y está seguro de "vencer".

"José de San Martín".

Un vítor estruendoso resonó largamente, como rebotando de barco en barco, tal que un trueno al repercutir de monte en monte. Luego de aquí y de allí se elevaron canciones marciales, cantos nacionales de bélica entonación que daban una apariencia sobrenatural al cuadro sorprendente.

Y empezó una salva general y magnífica. Los pequeños cañones de bronce de señales, colocados a proa bajo los bauprés, lanzaron bruscamente sus estampidos humosos e imponentes. El entusiasmo hacía hervir las almas valerosas de los libertadores, impacientes por iniciar la glorificante lucha. Los soldados limpiaron febrilmente sus armas. Los marineros ajustaban las envergaduras y rectificaban sus maniobras para que nada fuese a retrasar el momento ansiado del triunfo.

En la mañana habían celebrado una entrevista el General San Martín y el Vice-Almirante Lord Cochrane. Fué una larga y vibrante discusión entre estos dos valerosos guerreros. El marino inglés pretendía que la expedición siguiese directamente a Lima y San Martín negábase a dar tan imprudente paso. Su resolución era ganarse primeramente al país, provocar una adhesión importante de los peruanos al ejército invasor y no exponerse a que, por una impolítica actuación, como fuese aquel plan, aquellos se retrajesen, tomándoles por otros conquistadores, dada su calidad de extranjeros, y, acaso, prefiriesen continuar bajo la dominación española. El famoso corsario, que tanto bien hizo a la causa libertadora con sus incursiones espléndidas que mermaron el poder marítimo español, tenía una idiosincracia espiritual opuesta a San Martín. Este era todo moderación, aquél todo temeridad; el uno pisoteaba todo, leyes, deberes, conciencia, para llegar a un fin, el otro era la ponderación personificada, el abnegado sacrificador de cualquier interés por la limpia consecución de su objeto.

De ahí la inquina reconcentrada de Lord Cochrane a San Martín, su odio acerbo, que fué a declarar en Londres, tan sólo, calumniando en virulentas páginas la actuación del gran general argentino en la campaña libertadora, con tanto empecinamiento que sus famosas "memorias" no parecen ser tales, en la parte a que nos referimos, sino más bien renglones desti-


R.O.F.

nados a una labor de exclusiva detracción. Felizmente el infalible juicio de la posteridad se formó claro y profundo sin esa influencia malsana y la limpia figura del héroe magnífico vivirá en los siglos como un ejemplo máximo de honor y de bien.

Aquel juicio ha dicho: bien estuvo en la misión encomendada por el destino a cada uno. Lord Cochrane abordando bizarramente naves enemigas, largamente aterrorizadas con su intrepidez, San Martín libertando naciones oprimidas injustamente. Mezquinos requesmores no modificarán jamás este fallo...

El entusiasmo en la escuadra se prolongó toda la tarde. El sol marchaba entre lumbres de amaranto y oro hacia el horizonte límpido. Con cuánta alegría miraban los argentinos esta caída sobre el mar, que contemplaron sólo desde Valparaíso. Ellos, desde niños, le vieron bajar y perderse tras de una cumbre, pero nunca sumergirse así, en el mar y entre remolinos de color, destelando aquel abanico espléndido de plumaje maravilloso que invadía un gran sector de la esfera... ¡Qué hermosura!

Las islas de Chincha, heridas a plena espalda, iluminaban sus perfiles al interceptar aquella inconmensurable fogata roja. La luna, débil, enfermiza de sumisión tal vez, mostraba su faz mofletuda y laxa, sin irradiación aquella nieve, aquella plata bruñida que reina en las noches fantasmagóricamente hermosa.

¿Y este ruido?... ¡Ah! ¿qué es? Los expedicionarios se agrupan en las bordas, penetrantes los ojos. Grandes manchas de lobos marinos forman a los lados de las embarcaciones un hervidero de espumas. Sus resoplidos se oyen más fuertes que todo otro rumor, en la superficie irisada por el viento, que levanta infinitas y menudas olas blanquísimas, las que nacen y mueren como relampagueos de luciérnagas aglomeradas. Producen una inusitada palpitación, un como temblor extraño y sugerente estas olitas que vienen y se van, con el soplo contínuo, y parecen perros jadeantes aquellas focas cu-

yos hocicos muerden el aire, resoplando, tarasqueando, bullendo. . .

A trechos y a ratos, el mar se eriza fugazmente de espinas de plata, se eriza de rayos cortos que surgen y se desvanecen, como un pelamen rutilante y efímero. La mancha de focas evoluciona y el erizado de las pobres sardinas se trasporta en fuga precipitada a otro sitio. . . El pistoletazo de un oficial cae sobre los lobos, inapercibidos los efectos. El burbujeante remolino prosigue. Las espumas hirvientes manchan sin cesar la superficie verde-azul, que alborotan los millares de lobos hambrientos, en persecución de las infelices anchovetas fugitivas.

¿Y arriba? ¿qué armiños cubren a los expedicionarios?... Otros ojos, cansados del espectáculo del mar, examinan la móvil nube que pasa encima. Alas, alas, alas. . . Pechos blancos, plumas negras. . . Las cabezas de picos amarillos se bajan oteando a las cubiertas. Sorprende que las velas, terriblemente hinchadas, no cojan a estas aves atrevidas que circulan entre los masteleros. Un *cuá cú cuáu*, estridula penetrante sobre los marinos. Lentos y graves pelícanos, con sus alas enormes, cruzan en lo alto mirando las velas con mirada torva. Alineaciones de otras aves menores, que rayan el firmamento en inimitable disciplina, llaman la atención. . .

Abajo ruido. Arriba ruido. En el vientre del navío tampoco cesan de gemir los maderos de la armazón, amenazando abrirse algunos que trabajaron mucho ya y se les ve gastados como provectos seres humanos. Las alas de los buques, las alas clásicas de impulso horizontal, revientan a ratos y a ratos se ponen flácidas, pero una nueva acometida hace pensar en las jarcias sustentadoras. . . ¡ah, si no fuesen fuertes!

Los mástiles se inclinan desde la punta hasta abajo en balanceo inmenso. A instantes quédanse tendidos, en agudísimo ángulo, y diríase que ya no volverán a la vertical. Tiembla el ánima más valerosa. Resuena el velámen. Y el viento silba, escurriéndose por donde le es dable, cortado por las

vergas, burlando las telas líricas por los intersticios abiertos en el trajín glorioso de tanto tiempo...

A poco se fijan en la cubierta líneas que vuelan, manchas inestables. Primero son vagas, luego de firmes contornos. ¡Ah, es que ya la noche comienza y ahora reina la Luna!... ¡sí, ahora reina la Luna!... Las pinceladas blancas y negras de ella dominan ya, rechazando todo otro color. La mar de plata. Las olitas turbulentas adquieren luminosidad viva, destelleo fugaz.

En lo alto, sólo de rato en rato, una gaviota retardada canta... *cuá cú cuáu*... Los resoplidos de las focas siguen en el mar, pero más débiles. La brisa refrescada pone repentinas asperezas en la piel de los navegantes. Las vihuelas animan las cubiertas. El tabaco humea en la boca de los soñadores.

Y, a las ocho, la disciplina advierte a los expedicionarios con su voz metálica y vigorosa: "Descanso"... Sí, precisa dormir para madrugar bien, con la fuerza que necesitan los héroes. Descansa, soldado. Maña sólo tu vigor podrá salvarte, tu fé, tu Dios. ¡Duerme! ¡Duerme!

El viento jugueteó alborotando las velas libremente, pero como el viento era propicio, inspirado por la Diosa Libertad, al amanecer vislumbróse la playa de arenas doradas en la costa peruana, el reducto español que fuese invencible para hombres de menos genio que los libertadores.

VII

EL AMOR QUE ACECHA

¿Desde cuándo se amaban en secreto intraducido, al propicio misterio del silencio y de la noche, Encarnación y Sebastián, y cuál el gravísimo fundamento de la ocultación de tan férvido amor?

Conocíanse los jóvenes desde unos meses antes. Un comienzo nonvelesco y romántico, fué el incendio de sus corazones en esta llama avasalladora. La linajuda doncella iba de paseo en el blasonado calesín. Una dueña, misia Nieves, solterona que vivía al servicio de los marqueses de Alcántara, contratada para compañía de la joven, iba a su lado en la banqueta, como era usual. El vehículo, barquinando, repiqueteando por los cantos rodados de la pavimentación, había recorrido las calles de San Francisco, costado de la Plazuela de este nombre, en que se hallaba la casa solariega de la familia, torció luego por Santo Toribio, después, a la derecha, entrando a la calle del Arzobispo, y desembocó enseguida en la Plaza de Armas, destartalada, que exhibía en los dos lados del frente las anchas arcadas de sus portales legendarios, abrigados bajo cerrados balcones de celosías de diversos estilos. El chato y lineal Palacio de los Virreyes, lleno de covachas sobre la vereda, pululantes de compradores, por ser día domingo, aficionados al *champús de agrio,* a las empanadas, la maza-

morra, la chicha y el aguardiente. Gente del pueblo abigarrada, en un mestizaje de infinitas coloraciones.

En la gran puerta, un pelotón de alabarderos hacía la guardia, defendía de posibles atentados la persona del representante de Su Majestad, menos confiados los gobernantes de hoy que lo fuera aquel bravo extremeño, Francisco Pizarro, fundador de la ciudad, herido a sorpresivos tajos. A la izquierda del Palacio Episcopal y la Catedral de Santa María, encerrada dentro de la alta verja y como defendida adelante por esos mismos "cavones" donde se vendían golosinas al pueblo.

La mula que tiraba el lento caruaje imprimióle al doblar en la esquina para tomar la recta al Puente, un brusco sacudimiento, debido quizás a una curva mal hecha sobre el rústico puentecillo que en ese lugar cubría la acequia o alborotada sabe Dios por qué arcanos caprichos. La niña y su acompañante, ésta aún más que aquélla, lanzaron gritos agudos, creyendo volcar. Pero nó, la mulita tomó su paso normal al instante y el negro calesero, orgulloso, volviéndose, dijo:

—No tenga su *mercé miero,* mi amita: *er negro Bartazá e de ro güeno.*

La linda muchacha le sonrió y continuóse la marcha. La puerta lateral del caserón de los Virreyes que se abre sobre esa calle, estaba con sólo el postigo abierto. En la penumbra interior y sentados en la greda de piedra, algunos ministriles charlaban ociosos. Al final del edificio asomó por un balconcillo, al ruido de la calesa, un oficial joven, que inquirió persistentemente hacia el fondo del carro, algún oficial, sin duda, de la guardia personal de Su Excelencia, el Virrey don José Joaquín de la Pezuela. Al distinguir a Encarnación, con atrevimiento y picardía, aquel hombre se llevó la mano al pecho y la entenebreció los ojos significativamente. Ella, rápida, irreflexiva, le enseñó la lengua, y el oficial soltó una carcajada con alborozo. La jamona reprendió a Encarnación con suave consejo:

—No hagáis tal otra vez.

—¡No veo nada de malo! Así no volverá a cometer el faltamiento.

—Vos creéis así, pero su merced ignora que es cosa mayor el parar mientes en lisonjas o ademanes de este género, aunque sea para rechazarlos. Extraño no sería que aquel palaciego os siguiese, porque esperan encontrar una aventura estos mozalbetes a cada gesto impremeditado.

Enseguida miró hacia atrás, asomando con precaución por la portezuela y continuó:

—¡Ya lo veréis!... De repente aparece. Acaso os sigue a caballo audazmente y se os pone a la manilla, como aquella vez, en la Alameda, ¿no se acuerda su merced que se dañó nuestro paseo, pues tuvimos que volver a casa para librarnos de un impertinente?

La niña, sin saber si deseaba o no deseaba que el oficial la siguiese, ya que hubiera sido un divertimiento escandalizar a doña Nieves, asomó también su cabecita adornada a la izquierda con claveles y rosas coloradas, prendidos en la negrísima y sedosa crencha. Aquella volvió a advertirla:

—¡Cuidado os ve mirando atrás, incauta niña!

—¡Vaya, vaya, Nieves! ¡Tú miras duendes hasta en pleno día!

Pero, no obstante, obedeció sonriendo y dijo a la meticulosa:

—¿Y qué me importaría a mí que ese u otro personaje me siga los pasos? A todos les sacaría la lengua, ¡y hasta más ver!

—¡Reprímase su merced de hablar con tanta ligereza!

—¿Quieres educarme para monja, Nieves?... No tengo vocación ni lo permitiría mi padre, el marqués, que se empeña en que el Mayorazgo cuantioso de los Alcántara no pase a la línea lateral. ¿Ya lo sabes, Nieves?

—Lo que voy coligiendo es que estáis de buena guisa y que procuráis hacer a costa mía la fiesta. Enhorabuena.

Entró la calesa en la minúscula placita de Los Desamparados, a la que miran balcón y ventanas de las habitaciones particulares del Virrey. Con frecuencia estaba este allí, ro-

deado de cortesanos, mirando el ir y venir de paseantes y de calesas en el puente, pero a la sazón veíase escueto. Su señoría talvez estuviese en su carroza holgando también. Cruzaron bajo el gran arco, de cuya decoración faltaba la magnífica estatua de Felipe III, labrada por el insigne Gavilán, y que se destruyera en el terrible terremoto de 1746. Las aceras del Puente de Piedra estaban muy concurridas. Centenares de pupilas lanzaron flechas dentro del carruaje, admirando a la preciada limeña e infinitas lisonjas cayéronla también, como flores. Caballeros bien vestidos se apoyaban en el grueso brocal redondeado en menisco, de granito, como todo el cuerpo del monumento. Damas numerosas estaban sentadas en el poyo de piedra adosado al interior de los óvalos y tajamares. Numerosas tapadas discurían por ahí también, embromando a los hombres. Valiosas joyas en los dedos y las muñecas del brazo descubierto, oscilantes las plizadas sayas de seda, excitador el manto que sólo dejaba ver la pupila rutilante y pícara de la limeña que iba ahí, segura del misterio, lisonjeando o zahiriendo finamente. Abajo el río bullanguero y raquítico corría, corría, inundado su cauce por yerbajos abundantes y gallinazos negros y revoloteadores. Vendedores ambulantes ofrecían sus golosinas, algunos en mesitas o tableros portátiles, los vasos de gelatina, los potitos de "frejoles colados" de Cañete, los merengues, las porciones de zango de ñajú, los bizcochos. Ahí, mozas y mozos hacían cortejos deleitables, en esta hora suave de la vida limeña colonial en las tardes de los domingos, cuando no había corrida de toros y faltaba el entretenimiento de ese espectáculo, con el incansable regocijo de saborear los "listines", comentando el acierto de las puyas y banderillas aplicadas siempre a personajes de figuración.

Al final, en el fondo, la fachada de la Parroquia de San Lázaro, donde se realizaban magníficas festividades religiosas, limitaba la perspectiva. Atrás un estribo de los Andes, azul en esta hora vesperal, a trechos cubierto de verdegueante musgo y, más a la derecha, pero muy cercano, el hermoso San Cristóbal, con su forma cónica de volcán, que servía para dar

pábulo a infinidad de leyendas, disparatadas en su mayor parte, como aquella revelación atribuída a un santo sacerdote, quien aseguraba existir en la cumbre una fortísima cadena sujetando la boca de un volcán. El día que esa cadena, disuelta por voluntad divina para algún castigo ejemplarizador, se rompiese, Lima, la Lima divertida y pecaminosa, sería destruída por un torrente de aguas calientes que bajarían en fantástico turbión desde la inmensa altura. .

Hallábase ya el vehículo a mitad, comenzando el declive que en ese punto se inicia en dirección al barrio llamado Arrabal de San Lázaro, y la mulita, otra vez inquieta, empezó a hacer cabriolas y a cocear con furia. En una de esas quedósele una pata enredada en las correas del tiro, y el animal, en un nuevo esfuerzo, rodó al suelo. El vehículo poco pesado quedó en inclinación amenazadora y a punto de volcarse. El cochero apeóse y sostuvo el carro para evitar la vuelta de campana, pero la mulita, abajo, se removía con furia. En esto se acercó veloz un mancebo, cogió por la cintura, como a una pluma, a la aterorrizada y lívida muchacha y la colocó de pie sobre la acera. Ella le miró sorprendida y agradecida. El también la miró. La niña sintió un raro estremecimiento cuando los ojos azules, con nunca vista penetración, se fijaron en los suyos. Sus párpados cargados de crespas y sombrosas pestañas aletearon como alas vencidas, y ya no pudo volver a mirarla. Un temblor intenso la invadía cuando lo intentaba.

El calesín volvió a enderezarse, y, arreglado el desperfecto del tiro, causa recién descubierta de la excitación del animal, la hija única de los marqueses de Alcántara volvió a subir para continuar vía abajo. Una vez sentada tendió su mano al joven y toda roja de rubores deliciosos, retuvo la mano fuerte del mozo y le interrogó con dulcísima voz:

—¿Cómo os llamáis, caballero?

Sí, caballero, a primera vista. Dada la preocupación de la época, observábase, casi antes de hablar, la espada, la capa características. Al oírla, se estremeció el galán y púsose rojo como ella. Con un esfuerzo contestó:

—Me llamo Sebastián.

—¿Sebastián, nada más?

—Nada más.

Se inclinó hasta rozar el empedrado su sombrero de puntas que pendía de una mano y no alzó ya el turbado rostro hasta que sintió el ruido de las ruedas sobre los guijarros. Encarnación iba hacia allá entontecida. Bajo su pecho de seda un golpeteo formidable del corazón en zozobras la asfixiaba. ¿Sebastián? ¿a secas, Sebastián? ¿Qué misterio era éste?...

Al regreso el hermoso y elegante mancebo estaba a la entrada del Puente. Desde lejos le vió ella mirar ansioso hacia abajo, acechando su carruaje, seguramente esperándola para verla otra vez. La niña pasó delante de él sin quitarle los ojos un instante, como fascinada. ¡Oh, qué apuesto, como no viera otro hombre jamás!... Ya la imagen no se le borraría del alma en toda la vida. El corazón, sintiendo la herida primera, le dijo con su voz infalible: es el amor. ¡Sí, pensaba ella, debe ser el amor! ¡quisiera ir de nuevo al Puente, mirarle otra vez, sentir de nuevo dentro de mí la conmoción exquisita que me producen sus ojos azules, su mirada azul penetrante!

¿Pero qué significaba aquel Sebastián "nada más"?... ¿Era plebeyo, disfrazado de noble? ¿era un hidalgo que por alguna grave razón ocultaba su apellido?...

Y en su almita romántica se esbozaron ideas de pesadumbres. Cuáles serían los tormentos que afligirían su amor, tan dulce, tan hondo. La ingénua no concebía el amor sin tormentos. Pero no importaba, el amor debía saborearse así, tras el dolor, con el sacrificio, para que fuese grande y eterno... Y en un largo ensueño placentero de amores dolorosos se absorbió en toda la ruta del retorno. Cuando ya iban a ingresar a la Plazuela de San Francisco, vieron encender uno a uno los cuatro faroles colocados en los ángulos. Entonces, un inexplicable escrúpulo la hizo rogar a su acompañante:

—Nieves, no digas nada de aquel caballero.

La accesible dueña convino, sin comprender la necesidad de tal reserva.

Esa misma noche, paseando solita y pensativa en el alto corredor, creyó reconocer a Sebastián en un transeunte que pasó muy despacio por la distante acera, mirando mucho a la casona. ¿Sería él?... Otra vez se deslizó frente a ella el fantasma airoso y gentil de su amado, pero la extensión del patio le impedía cerciorarse.

De pronto sintió valor para un atrevimiento, confiada en que nadie podría adivinar lo que ocurría en su alma hermética. Descendió las gradas y fue hacia la puerta. Al llegar al umbral el hombre volvía, con la mano izquierda en el pomo de la espada y la derecha acariciándose la rubia barbilla. Quizo la niña retroceder, escapar, sobresaltada entonces, pero sus piececitos, menudos como flores, estaban adheridos al suelo por voluntad superior. Sebastián pasó, lento, lento...

—Que Dios bendiga a la hechizadora —díjola caminando.

Y así, las escapatorias siguieron todas las noches. Hablaban, hablaban en delicioso misterio brevemente hasta que, desbordante la pasión de sus almas fervorosas, resolvieron verse por la ventana, para estar en larga charla, ahí seguros del secreto, aunque no careciese de peligros.

Conoció Encarnación poco después la historia del mancebo. Su confidente, la traviesa primita Clara de Zagastúa, había averiguado todos los detalles. Sebastián era hijo bastardo del Virrey don Francisco Gil de Taboada y Lemus, hijo de "letra gótica", como se designaba a los hijos naturales, en una dama noble de la sociedad limeña. Se le apodaba "Sebastián sin nombre", por la persistencia de éste en negar su origen.

¡Cuánto lloró la infeliz adivinando las persecuciones que sufriría su acendrado amor!... ¿Olvidar a Sebastián?... no, imposible; Sebastián era ya el alma de su vida, su vida misma. O suya o de nadie, decíase. Un claustro asilaría su desventura eterna si llegaba el caso de la deseperanza...

Pero... ¡tanto iluminaban en los ensueños las promesas de su fe! A toda hora se veía ella con su Sebastián, en disfrutación de alegría infinita. ¿Cómo? No sabía ni la importaba. Pero llegaría a ser suya, estaba segura de que sería suya por toda la vida.

Sin embargo, la fatalidad, demoledora de ilusiones y esperanzas, había llegado con el suceso que Encarnación no sospechaba todavía, el descubrimiento de sus escapatorias a la reja discurriendo por la casona como un fantasma.

Se oyó en la calle, a media noche, la voz melosa y estremecida de un romántico rondador que pasaba lanzando a los cielos su doliente villancico:

"Prendado estoy de una estrella,
¿Cómo alcanzarla podré?
Que me dé alientos mi bella,
Que me dé fuerzas mi fe"...

Instantes después, la mampara del regio dormitorio de los marqueses se estremeció suavemente, el fantasma leve asomó y cuidadoso, fué a soplar con su aliento del otro mundo la tenue lamparita, quieta atras el pequeño cancel. Luego allá, la otra inmensa vidriera gimió también con quejido sutil. Después, silencio... silencio...

Cinco minutos más tarde, el lecho monumental se conmovió. Si hubiese habido algo de luz habríase podido ver que los bultos de los cuerpos arropados bajo de los cobertores se alzaron, echaron aparte aquellos y descendieron, lentos y silenciosos. Se les hubiera visto que estaban vestidos. El marqués, agitado, espada en mano, salió por donde la sombra había penetrado. La marquesa trémula fuése, como la víspera, en pos del ingenuo fantasma.

El silencio de nuevo fue soberano señor. Y entonces surgió el latido levísimo de un reloj de péndulo, cuya situación se confundía entre los innumerables cuadros de santos que cubrían casi enteramente los muros.

En la ventana la charla de amores poetizaba la noche.

—¿Hoy apagaste todos los faroles? —dijo ella.

—Sí, en el fervor de mi ansia por verte, no supe contenerme y dejar, como de costumbre, el del rincón cercano a la Portería del Convento. Además, una ronda se cruzó conmigo, al llegar, viniendo como de los barrios altos.

—¡Ay, Virgen del Rosario! —exclamó estremecida de calofríos la joven—. ¡Si te viesen aquí esos malvados!. . .

—Por eso, por eso no he dejado más que las estrellas, que son protectoras nuestras. . . La ronda me detuvo, y me desespera el encuentro por que tengo que dar el *santo y seña*, aquellas palabras de "Dios y el Rey", cuando en mi corazón grabadas están otras palabras: "Dios y la Patria". . . Si no mintiese me apresarían. Hoy el Virrey tiene terrible miedo de todo y de todos. Mira espías y enviados de los "insurgentes del Sur" por todas partes. Y nada bueno fuese que me impidiesen ahora, cuando el sol de la Libertad asomando está por encima de las cumbres, luchar por ella y hacerme grande, adquiriendo de esa manera una corona de gloria para ofrecértela, ya que no tengo un nombre, por increíble fatalidad.

Encarnación le refirió:

—Y tu San Martín, ¿cómo es?. . . Anoche un brigadier. . . al menos tal parecía por los entorchados, vi en mis sueños. Te trajo de la mano a casa. Tú también tenías entorchados sobre los hombros de tu casaca militar y una banda roja cruzaba tu pecho. De la mano te hizo entrar en el gabinete de mi padre, el marqués, y yo, escondida tras el arcón enconchado, le oí decir con una voz solemne: "Señor Marqués, inútil será que neguéis vuestro asentimiento. Sebastián y Encarnación, vuestra graciosa hija, se aman. La ley les protege y. . . vos no sabéis lo que es la ley de la Libertad. La potestad paterna tiene ahora límites, ilustre señor marqués". . .

—¡Eres encantadora, linda reina mía! Ese sueño será un día realidad, te lo juro. Mi nombre. . . algún día tendré alguno. . . será grande, y entonces, cuando la Patria ahuyente las preocupaciones de la aristocracia, podrás ser mi esposa.

—¡Ay, sólo tengo esperanza en ese San Martín!

—Pero no vayas a creer que se trata de un santo, de uno de tus santos cristianos...

—¡Sí, sí! —alborotó la niña gozosa:— ¡es "San Martín", tiene que hacer milagros, el de nuestro amor!

Un rumor, como un aleteo de buhos, se percibió en la ventana. De súbito unas sombras...

—¿Quién? —dijo la voz varonil.

Sebastián dió un salto hacía atrás, desnuda la espada. Oyéronse violentos y melladores cintarazos. Un tumulto de siluetas en media calle. De pronto un grito. Un "ay"... Luego, el grupo siniestro se alejó. Sobre la calzada y las baldosas pareció a la niña que arrastraban centenares de espadas.

—¡La ronda! ¡Se lo lleva la ronda!... —gimió al cabo Encarnación, cuyo rostro, pegado a los hierros, hundía sus ojos vanamente en la oscuridad.

Cuando los bultos indescifrables se desvanecieron en la noche y tornó el silencio, ella lanzó un grito desesperado y libre ya:

—¡La ronda! ¡La ronda!...

Y en vértigo se desmoronó sobre el ancho alféizar... Felizmente, los brazos temblorosos de su madre, la marquesa que acechaba, la recibieron antes de que rodase al piso desde aquella altura.

Un nocharniego pasó silbando un aire popular.

VIII

EL SARAO NEGRO

Desde la habitación a oscuras y a través de las lunas de una gran ventana, de hierros menudamente entrelazados, que mira al traspatio, los señores contemplan risueñamente la alegre fiesta de los esclavos. La traviesa Clara de Sagastúa, prima y confidente de nuestra heroína, ha provisto a las mujeres de faldellines usados, de corpiños con enormes escotes, de flores para los vellones enmarañados de las cuadradas cabezas africanas. Una caricatura de sarao de nobles es aquella reunión. Los ademanes tratan de imitar, en holganza usualmente permitida, la actitud social de los señores. Parece una fiesta en una corte exótica, que presidiese una princesa de ébano, la "dueña del santo". A la luz de los candiles colgados de los muros, el blanco de las sedas estalla contrastando con las carnes aceitunadas y ásperas. Los tontillos se mueven grotescamente en su ampulosidad de campanas gigantes. Los chapines de raso con tacones altos, obligan a pisar menudamente, difícilmente.

Los amos sonríen. Allí está todo el famulicio de las familias nobles que tienen intimidad con los condes de Fuencarral. Los atisbadores van analizándoles uno por uno.

—¿Quién es esa negrilla pispireta? —pregunta el señor conde.

—De las Mendívil, papá.

—¿Y aquel gordo de calzas negras?

—El calesero de mi tío, el marqués, ¿no lo has reconocido?

—¡Vaya! ¡Quién puede reconocer a un negro vestido de marqués!

De pronto se alboroza Clarita:

—¡Mira, mira, papá!...

Todos aguzan la visual.

—¿Pero no está remedando a mi primo, el de Alcántara?

El conde no sabe si reír o indignarse, si tomar esa farsa como una inocente comedia o una burla.

—¡Es natural que cada esclavo imite a su amo! —dulcifica Clara.

—Pero con todo, es irritante —comenta la condesa.

—Ahora os imitarán a vosotros y a mí. ¡Parece que por primera vez vierais estas diversiones, por Dios!

—Siempre me causan calofríos —afirma el caballero.

El esclavo ha ido de un lado a otro del gran patio, balanceando el busto y la cabeza en la forma habitual y algo solemne del marqués de Alcántara, con la mano en el extremo de una vara que sirve para encender, con una pajuela, las bujías de las arañas, objeto que adoptara a guisa de tizona, y toda la concurrenciaa le festeja con palmas, por la exactitud de la imitación.

—Si te viese el marqués buena paliza te aplicaba, desvergonzado!

El negro se inclina ceremonioso frente a Toribia, hermana de leche de Clara, señora de la reunión, y la invita:

—Noble condesita...

—¿Lo veis? —dice Clara a las callandas—. ¡Mi personificación es la Toribia... Oíd...

—¿Queréis *honrame pa bailá* un minué?

La negrita se levanta y da el brazo al hombre. Distiende cuanto puede sus enormes sayas y hace movimientos presumidos, tratando de hacer efecto. Les aplauden. Una vihuela suena. El y ella se colocan en el centro, frente el uno al

otro, y se hacen recíprocas reverencias. Toribia coge con las puntas de los dedos de ébano los vuelos de encaje de su falda y con sonrisa afiligranada mueve la juvenil carita.

—¡Pero qué *güena* la condesita!

Cambian de sitio en lento y armonioso deslizarse los bailadores, a compás de la música. Transformada, Toribia se cree en este momento la misma copetuda hija de los condes de Fuencarral. Una exaltación, una idea de superioridad sobre sí misma la sugestiona. El, también él, si no cree ser el marqués, por lo menos en este instante se imagina que le falta muy poco para serlo. Y ahí van, a ratos en seria ceremonia, compitiendo en gallardía, en majestad.

—¡Muy bien! —dice Clara—. Estoy segura que esta muchacha hace de mí mejor representación que la de otros nobles.

Y cesa la música y resuenan de nuevo las palmas y los vítores.

—Que viva *ra* condesita *Crara!*

—¡Que viva *er señó maqué!*

Voces labiales, sonoras, ahuecadas, se escuchan partiendo de todos los puntos del cuadro, de las sillas colocadas entre las macetas, junto a las paredes. Un gato rezongador salta sobre la lujosa falda de Toribia...

Una *dama* trae en un azafate dulces exquisitos. Desde muchos días antes las esclavos se han preparado para esta fiesta, y, con auxilio de los amos, sobre todo de la regocijada Clarita, no faltaba nada allí.

Y en el cuarto oscuro que sirve de atalaya, entra ágil Manonga, esclava distinguida a quien doña Natividad, que le tiene cobrado cariño, concede la libertad en su testamento.

—Amita, *ras* "ponderaciones"... sabrosísimas *etán ras* "ponderaciones", amita.

Y les ofrece un plato de cristal del servicio de los señores, unas redondas pastas, formadas por tres capas crespas de color amarillo, unidas por capas de manjar-blanco y espolvoreadas de grajea, después de cocidas al horno.

Los amos, golosos como limeños, prueban el fino bocado.

—¿Quién las hizo, tú? —averigua la condesa.

—No amita, *ra* Rosario *ras* hizo *ayé*.

Y resuenan las tostadas hojarascas entre los dientes, saltando migas sobre la alfombra. En la semioscuridad, se ve a los grandes señores inclinados, mordiscando, silenciosos, deleitados.

—Le dirás a Rosario que para el domingo, que almorzará aquí el prior de San Agustín, prepare "ponderaciones", tan buenas como estas.

—Muy bien mi amita... No quiere otra su mercé?

—No, hija.

—*Tamién* hay una *güena* mazamorra. Ahora *treigo*, amita.

Y la negra gozosa de esta pasajera confianza, de este momento de crecimiento suyo moral, ofrece bocados:

—*Tamién* hay *champú*... *champú* de leche con agrio, amita.

La condesa la observa y reconoce un antiguo traje suyo:

—¿Ese faldellín es el que estaba en la recámara?

—Sí, amita. *Er* que se hizo su mercé, *pa dir* a Santa *Crara*, cuando su prima tomó *er* cargo de abadesa.

La esclava lo balancea, como campana a vuelo, arqueando la cintura.

—*Entoavía etá* nuevo, amita.

Y les llega un canto, una voz atiplada, a los sones de la guitarra temblorosa.

—¡La "samacueca", —dice en el alborozo—. ¡Ahora *güelvo*, amita!

Las frentes se acercaron de nuevo a las lunas. Una pareja de ágiles negros, escotada terriblemente ella, con medias blancas y calzón corto él, se agitan en una danza graciosa, con pañuelos en las manos. La música retozona alborota y entusiasma. El concurso bate palmas acompasadas. La voz se percibe:

Cuándo *etoy* en el ingenio
"Sirvo bien a mi *señó*. . .
"El me *ra azuca branquita*
"Yo le *roy* mi corazón. . .

Cuando acaban los aplausos, prodigados a la baronesa del Río y al conde de Altuna, como de acuerdo todos, a grito pelado exigen:

—¡*Er* "paspié"!. . . ¡*Er* "paspié"!

—¡Marqué de Trébre!. . .

—¡Sí, *er* marqué!. . .

Y dos figurados hidalgos rancios y graves bailan, en medio de inmenso entusiasmo de la negrería en farsa.

—¡*Aura* el "ondú". . . ¡*Aura* el "ondú"!. . .

A las doce la condesa de Fuencarral, vuelta a su poderío efectivo, ordena el despejo.

—¡Ya es hora, Manonga!. . .

Y Manonga va diciéndoles a todos que son las doce, que hay que irse por que los señores quieren dormir. El derrumbamiento. Los cuerpos aceitunados pierden su gallardía. Verdad que ya los zapatos de raso y los faldellines incómodos les hacen desear la vuelta a sus trajes habituales, a sus ropas de esclavos, ligeras y sencillas. Pero. . . Toribia tiene en el corazón un regocijo inmenso. Estuvieron en su fiesta el duque de Buenalcázar, los marqueses de Alcántara, Roca Fuerte, Cielo Azul; los condes de Fuencarral, Altuna, Librejos. Valladares; el barón de Cuenca; los caballeros. . .

IX

LA SACRIFICADA

Una angustia general se adivinaba, entre los comensales de aquel almuerzo a la primera ojeada. El gran cucharón de plata temblaba en la regordeta y lechosa mano de la marquesa al hundirse en el penacho de humo aromático que, como de un volcancillo en crisis, salía sin cesar, retorciéndose felinamente, de la enorme sopera de porcelana llena del sabroso "chupe de camarones", con blasones en la panza, en los lados opuestos a las erguidas orejas. Un negro esclavo ponía delante de cada asiento el plato últimamente servido y volvía a situarse al lado del ama para esperar el próximo.

Sólo el marqués hablaba, desde la cabecera opuesta en la larguísima mesa a la que ocupaba su consorte, y, tardíamente, cuando su laborioso paladeo de gastrónomo lo permitía, el padre Antonio, capellán de la casa ilustre y racionero del Convento de San Francisco, hablaba también para hacer alguna observación, algún rápido razonamiento relativo al tema enfadoso de esta hora. Encarnación, como una verdadera adolorida que era, pálida tal que un mármol recién tallado, abrumaba su frente sobre los platos, que el sirviente se llevaba casi intactos uno a uno. Su pañuelillo de seda se afanaba en cegar la fuente infinita de aquellos grandes ojos lánguidos y negrísimos, de aquellos ojos que aleteantes y aterrados se alzaban a veces para mirar al irritado marqués, que hablaba

allí de mancillas jamás sufridas, de venganzas, de odios, en airadas palabras que se dirigían a la débil joven.

—¡Muerta antes que *malcasada!*... ¡No importa que ayunes y que llores!... ¡Mil veces muerta!...

Tosió el padre Antonio y balbuceó:

—¡Pero ya ha concluído eso, marqués!... ¡Ha sido un mal sueño, una pesadilla!

—¡Ay, ojalá! —murmuró allá la marquesa.

El frayle prosiguió, ya que el plato terminado no había sido aún sustituído y era preciso entretener el penoso intervalo:

—Encarnación tornará a la obediencia, arrepentida, como buena hija que es, del dolor que ha causado a sus padres, si no marra la opinión que tengo de sus virtudes. Un extravío juvenil, debido a la poca edad y a que en el mundo el demonio está acechando siempre, disfrazado de galán en veces, nada significa que sea irremediable. La contrición hace resplandecer de nuevo la virtud.

Iba el bueno del sacerdote a continuar su moralizadora plática, cuando percibió en el centro de la mesa un platito conteniendo "masapanes" de almendra, espolvoreados de blanquísimo azúcar molido, y se estremeció goloso cogiendo uno enseguida entre los gordos dedos que el ansia hacía temblar:

—¡Ah, marquesa!... Si no fuese pecado, juraría que son de Santa Clara.

—Su paternidad no tiene el gusto muy sutil, ¡son del Convento del Carmen, padre, por Dios!... Los de Santa Clara no trascienden tanto a almendras.

Inútil fue que tratasen de desviar el tema, pues el marqués, obstinado en sus ideas, lo trajo de nuevo a colación:

—Padre Antonio, y ahora es preciso que se sirva vuestra paternidad visitar diariamente a la mala hija. Diariamente deberá confesarse, que os explique sus pensamientos de cada instante para estar seguros de su arrepentimiento... ¡Yo me encargo del miserable traidor!...

Encarnación se levantó inconteniblemente, pareció querer acercarse a su padre, pero sin duda al mirar la aterradora

severidad de su semblante, volvió a sentarse, aunque más trémula, más agitados los párpados cargados de sombras azuladas, más perfiladas y cerúleas las finas facciones. El desborde intermitente de las lágrimas se hizo entonces más intenso y los sollozos estallaron en convulsión. El marqués gritó furioso:

—¡Vete! ¡descastada!...

¡Oh, cuánto deseaba ella ir a su cuartito, escapar a la frase dura e incompasiva! ¡cuánto quería ella encerrarse allí y reclinarse debajo del cuadro de la Virgen del Carmen para consolarse implorándola por la suerte de su amor!... Gimiendo, acercóse al capellán, y mojó y besó la ancha manga cabritilla con humildad devota. Fuese hacia el traspatio, mirando inconscientemente al pasar las rosas que se abrían sobre los floreros colocados en las monumentales credencias pegadas a los muros. El occipital redondo de la "motilona", a la que se obligaba a exhibirse así, como castigo, como ejemplo quizás para todas las hijas nobles desobedientes, azuleaba ya, creciente en la piel blanca el vello oscuro, cortado dos días antes a navaja.

Y, cuando los pasos fugitivos dejaron de oírse, la conversación volvió de nuevo a tejer telarañas infinitas.

—¡Cómo hacen sufrir estos hijos! ¿Quién lo pensara? ¿pudimos suponer jamás que Encarnación cometiese esta falta?

—¡Pero es tan niña! ¡si apenas tiene diecisiete años! —arguyó disculpando el capellán.

—No lo fue para hilvanar el engaño —repuso torvo el marqués.

—Satán tiene cebos trastornadores, acordaos, señor.

La marquesa lanzó un suspiro, y exclamó:

—¡Niña, con la audacia de un varón!

—Verdad, verdad —confesó fray Antonio.

—¡Increíble, padre! Me abruma pensar cómo se atrevía a cruzar nuestra estancia todas las noches, apagar la lamparilla, merodear por esta casona llena de leyendas terribles,

que se cuentan entre ellos los esclavos y ellos mismos tiemblan si necesitan andar de noche por las habitaciones.

Hubo un rato de silencio y el marqués averiguó:

—¿Pero estáis seguro, padre, de que no hubo nada mayor, irreparable?

—¡Ah, sí, bajo secreto de confesión me lo juró esta mañana!

—Menos mal. ¡Oh, pero...! —dió el orgulloso señor un puñetazo sobre la mesa y agregó: —¡él me la pagará! ¡su desacato le costará bien caro!

La conversación siguió girando sobre este asunto largamente. La ira del noble le hacía pensar en castigos terribles, en espantosas venganzas contra el seductor y contra su hija. Al cabo el frayle le dijo:

—Creo que vosotros exageráis un poco. Esto no es más que una dolorosa pesadilla. Encarnación ha sido turbada por un maleficio y la religión purificará su alma. Más debemos compadecerla que atormentarla.

Moribunda la llevaron aquella noche de la celda a su cuarto. Una fiebre delirante la tuvo en inconciencia durante varias horas. Cuando volvió en sí, la crencha negra y blonda de su cabellera había sido cortada. Vió a la marquesa en su cabecera, contemplando en zozobras el rostro primoroso y enrojecido. Encarnación la preguntó:

—¿Dónde está Sebastián?

—Calla, niña —contestó aquélla.

—¡Pero dime... qué ha sido de él!... ¿Le mataron los ministriles perversos? ¿le fusilarán por rebelde, mamá?

—¡Calla! —insistió la voz severa.

Después, más tarde, cuando la razón, como el sol desde las alturas, iluminó su ser plenamente, reflexionó la infeliz, al verse afrentada, que acaso no fueron los milicianos quienes aprehendieron a su amante, que quizás su padre se había apoderado de él, lo que posiblemente era más peligroso que la otra sospecha. Su padre, altanero y rencoroso, sabe Dios a

qué represalias acudiría. Le habrían encerrado en alguna de las mazmorras cuajadas de ratones y situadas en el sótano de la vieja casa solariega, antiguas prisiones de esclavos prófugos o delincuentes, llenas de aparatos de tortura, como en la extinguida prisión del Santo Oficio, donde se les dejaba morir, según leyendas que ella había oído repetir muchas veces. ¿No le encerrarían allí en interminable suplicio, poniéndolo a pan y agua, como se hizo con aquel esclavo, ya coartado, que confiando en la cercanía de su plazo de esclavitud, atrevióse a alzar la voz al marqués, su abuelo? La negra Micaela habíala contado los tormentos del infeliz. Que sus ayes se oyeron mucho tiempo a media noche, unos ayes espeluznantes, unos gemidos trémulos, que cada día eran más débiles, hasta que al fin dejaron de oírse. Nadie podía dormir en la casa entonces, nadie de los que vivían en los galpones de los esclavos, cercanos a aquella profunda y horrible mansión del castigo. Los ayes se debían sin duda a las mordeduras de las ratas, por que cuando los quejidos cesaron y el vengativo marqués fue por sí mismo a averiguar la causa del silencio, le encontró muerto y destrozado, a hilachas la carne color de aceituna, por los desgarrones calofriantes. La mayor amenaza para los esclavos era aquel sótano. "¡Cuidado, —se les decía,— acuérdate de Domingo!"...

Y cuando la marquesa salió de la estancia, arrojóse ella del lecho y prosternada al pie del cuadro de la Virgen, con las manos unidas y los ojos implorantes, rezó y lloró. ¡Que no estuviese su Sebastián entre las manos del marqués! ¡que fuese el Virrey quien le había apresado, sí, él mejor, un enemigo político y no aquel soberbio señor que se juzgaba seguramente desacatado en su sensibilísimo orgullo de noble!...

Y a todo momento, en las terribles noches silenciosas, en que sólo se oía el agorero graznar de las lechuzas cruzando sobre los techos, parecíala oír lejanamente aquellos ayes tradicionales. Acaso Sebastián estuviese debajo de ella, en el subsuelo de su mismo cuarto, velando allí y pensando en la joven a la misma hora que ella velaba y pensaba en él, sufriendo no menores torturas.

Dám... dám... dám..., sonaron en la brumosa madrugada las campanas próximas de San Francisco, tocando maitines. Dám... dám... dám..., percibía más amortiguadas otras voces de la liturgia, de campanarios más distantes, que llegaban imprecisas llenándola a veces de calma, a veces de angustia. El dialogar se mantenía por largo momento. Eran almas aquellas que hablaban de la fe, que hablaban del bien, que reproducían voces milenarias, desde los apóstoles, desde Jesu-Cristo, tal vez. Tal vez el dulce Jesús hablaba por su intermedio a los cristianos de la humanidad entera. Tal vez el divino aliento temblaba en aquellos sones solemnes, rebotantes, conmovedores, misericordiosos. Jesús mismo, transformado, acaso venía en esta forma para apaciguarla, para consolarla. Sí, acaso... Echábase del lecho y con la pajuela encendía la palmatoria de plata o el cirio del fanal, en un afán incontenible. Quería ver la sonrisa del Niño, sentado en el brazo augusto de su santa madre, quería ver su sonrisa, que era una promesa de consolación. Rascaba la mecha azufrada y tras su lumbre verde-azul, cegadora un instante, sus ojos divisaban en el lienzo al rubio Niño sonriente, que la miraba aunque ella cambiase de situación, con una mirada que le decía: "Ten fe! ¡no te desesperes! ¿no ves como te sonrío?... es que tus dolores no serán eternos"... Y ella, trémula, sugestionada, prosternábase: "¡Pero él, Señor!... ¿Dónde está él? ¿le salvaste tú, Señor?"... Y la inefable sonrisa era traducida por la enamorada: "¿Sonreiríate así yo si no estuviese bajo mi amparo?"...

Pero nada era más terrible para Encarnación que los cantores callejeros, los alegres noctívagos que pasaban entonando villancicos, ¡ay, villancicos! ¿Cuándo volvería a oír ella aquel "prendado estoy de una estrella"..., con que la llamaba Sebastián para las citas inolvidables?

Y el extinguido diálogo de las campanas sustituíase con el diálogo anunciador del día que los gallos domésticos entonaban... *Có, corocó... có... corocó.*

Soplaba Encarnación la llama de la bujía cuando su gran ventana, que miraba al traspatio, se adornaba con rayas

rojas de fuego, en las rendijas invadidas de luz matinal, formando cuadros geométricos. No convenía que la encontrasen en vela. Empezaban a poco los ajetreos de los esclavos, el barrido bullicioso con las escobas de rama, las voces broncas de la negrería, el acento regañador de las criadas viejas, dirigiendo diversos menesteres. El hacha golpeaba en el fondo rajando leña. El batán comenzaba su bailoteo, chancando maíz. Los aguadores vaciaban sus barriles en los porongos y en las piedras de destílar y el ruido de los chorros dominaba a ratos otros rumores más débiles.

Una campana repicaba llamando a misa de seis. ¡Ah, no tardaría en presentarse misia Nieves, para advertirla que iba a llegar Fray Antonio, el capellán, como todas las mañanas desde el suceso desgraciado en que descubrieran los marqueses sus amores! El confesor daríala un cariñoso cachete en la mejilla, obligándola a arrodillarse después en una alfombrilla delante de sus pies descalzos.

—¿Has pensado en Dios, hijita mía?

—Sí, padre.

—¿Estás arrepentida de tus pecados? ¿de tu falta?

—Sí, pero, decidme padre, ¿y Sebastián?... ¿no sabéis vos de la suerte que le ha cabido?

—No pronuncies su nombre, hija. No pienses en él. Nuestro Señor dispondrá lo que más convenga a tu bienestar...

Y la terrorífica duda seguirá angustiando su alma, cada día más postrada. Después, cuando la haya hecho rezar Fray Antonio "el acto de contrición", cojerá su mano y la llevará, exhibiendo su cabecita pelona por el traspatio, a tomar el desayuno al comedor, dònde su padre no permitirá que bese como antes su frente y su madre la presentará hosca o atemorizada su pálida mejilla. Después, humeará el chocolate en las gordas jícaras y aromatizarán el ambiente las tostadas recubiertas de mantequilla. Una charla banal flotará sobre todo. Ah, si es que la divina misericordia del Niño sonriente no impide que el marqués, irreconciliable, empiece:

—¡Malos hijos!... Agravian a Dios los que causan tormentos a sus padres, quienes mancillan su nombre y sus blasones...

Ella tiene en los frescos labios la palabra "perdón", pero el gesto adusto y rencoroso la contiene. ¡Cuánto quisiera acercarse, y, de rodillas, decir: ¡perdón!... Más...

X

LA CAPITAL ABANDONADA

El 6 de enero de 1821, la inquieta población de la capital del Virreynato tuvo un despertar asombrado, causa de gozo para unos y motivo de zozobra para otros, según las opiniones políticas de los habitantes. Una rápida conjuración militar, encabezada por el general don José de La Serna y los altos jefes del ejército realista, intimó al Virrey don José Joaquín de la Pezuela la necesidad de su renuncia y proclamó Virrey del Perú al primero de los citados.

El ejército acusaba de debilidad al Virrey, en la hora grave para la Monarquía que se estaba atravesando, y exigía la presencia en el poder de un militar enérgico que repeliese de una vez, con audacia y decisión, a las tropas de San Martín, acantonadas en Huacho todavía, las que amenazaban con su continuo engrosamiento la estabilidad de la Colonia. Creían que una acción apresurada podía aplastar la rebelión de los patriotas y el osado intento de los ejércitos libertadores.

El marqués de Viluma no opuso resistencia, renunciando enseguida, y La Serna asumió de hecho la representación del Rey y el mando de las tropas reales. La nobleza se dividió. Censuraron unos la deposición y apoyáronla otros. Fue una divergencia más entre las que ya debilitaban el poder monárquico en el país.

Este hecho produjo un entusiasmo indescriptible entre los conspiradores. El desconcierto de sus enemigos dábales ocasión para intensificar sus trabajos y los efectos tradujéronse en una mayor y más decidida cooperación de los peruanos al plan libertador.

Las adhesiones se sucedían a la causa de los patriotas, las defecciones fueron más frecuentes y la inestabilidad del régimen se acentuaba de día en día.

El desaliento fue aún mayor entre los realistas al ver que La Serna dejaba pasar el tiempo sin iniciar la esperada actuación. Resultaba continuando los mismos métodos que su antecesor, temeroso de un descalabro si atacaba a San Martín en sus posiciones, con ejércitos minados por la conspiración creciente. El bloqueo de Lima que realizaba con brillante éxito la escuadra de Lord Cochrane, dificultaba la vida de la ciudad, haciendo escasos y malos los alimentos y, quizás por la misma causa, aparecieron epidemias mortales que diezmaban a las tropas y las abatían.

Tampoco fuera de la capital estaban con fortuna los expedicionarios reales, pues tenían que luchar contra los tropiezos que los naturales les oponían, y, sobre todo, con las innumerables partidas de "montoneros" organizados que interceptaban sus comunicaciones con Lima y se apoderaban de los aprovisionamientos enviados por el Virrey. Los jefes realistas Ricafort y Valdez vengaban estas penalidades cometiendo atroces represalias contra las poblaciones de indios que hallaban a su paso, creyendo que esta vez, como en otras anteriores, podía ahogarse por el terror con la sangre de los patriotas, el anhelo de emancipación. Los crímenes de Chupaca y Huamanga donde fueron pasados a cuchillo los infelices pobladores, serán de negro y eterno recuerdo para los autores y vivirán con dorada luz en el martirologio de la independencia nacional sus víctimas. Pero estos actos exacerbaban más el aliento revolucionario y al cabo los jefes nombrados viéronse en la necesidad de regresar a Lima, acosados terriblemente en el trayecto, donde se envolvió en una nube de gloria

imperecedera el valeroso Vidal con sus guerrilleros patriotas. Aquella división entró en Lima en estado lastimoso, con sus unidades a mitad dispersas, con su primer jefe incurablemente mutilado por la guerra.

A propuesta de La Serna, celebróse el famoso armisticio de Punchauca y el Virrey y San Martín celebraron una entrevista para negociar la paz. El general de los ejércitos patriotas propuso la inmediata constitución de una monarquía independiente, con una Junta de Gobierno provisional, formada por elementos de ambos beligerantes, propuesta que los realistas rechazaron alegando la necesidad de consultar al Rey, y pidieron para hacerlo una suspensión completa de las hostilidades mientras llegase la respuesta, estableciéndose en este intervalo un *modus vivendi* que dividiría en dos partes los dominios virreynales, conservando cada uno de los ejércitos el gobierno de los territorios ocupados: los patriotas, de Chancay para el norte, y los realistas, de este punto al sur. Los libertadores que comprendían contraria a sus intereses toda dilación en tales momentos, desecharon la contra-propuesta, y las hostilidades se renovaron tras el fracaso de las negociaciones, tan inútiles como las iniciadas por el Virrey Pezuela al desembarcar el ejército libertador en Pisco y realizadas en el pueblo de Miraflores, en setiembre del año anterior.

Mientras tanto, la división patriota comandada por el bizarro general Arenales, que se había unido a Gamarra, hostigaba también a las tropas realistas y sublevaba los pueblos del interior en contra de la Monarquía, destruyendo sus guarniciones y apoderándose de las plazas sometidas al Virrey. La conmoción revolucionaria extendíase maravillosamente. Habíanse realizado los pronunciamientos de Trujillo y el norte del Perú, los de los territorios de Jaén y Mainas, que fueron incorporados a aquel, y numerosos pueblos proclamaron la Patria, alentándose así el sentimiento de los libertadores y aniquilando el espíritu de los realistas. El Cabildo de Lima pidió entonces al Virrey, en vista de la situación general del país, la celebración de la paz, pero la tenacidad de los jefes españoles rechazó con altanería su solicitud, con lo que la inquie-

tud de la Capital continuó acentuándose y se hizo cada día más difícil la condición del Virrey.

Al fin, La Serna se resolvió a realizar un pensamiento madurado desde algún tiempo antes, que consistía en trasladar a la sierra el teatro de las operaciones, y, en esta virtud, el 6 de julio, en la madrugada, salió de Lima con sus tropas, encomendando el gobierno de la ciudad al anciano Teniente General don José de Zárate y Navia, marqués de Montemira.

La población, sin amparo de fuerzas, en el abandono absoluto e inesperado, temió la verificación de toda clase de peligros para su seguridad y en una reunión de la nobleza y el clero realizada con gran apresuramiento, se acordó enviar un emisario a San Martín, que se hallaba a bordo de uno de los navíos patriotas que bloqueaban el Callao, pidiéndole que velase por la tranquilidad local y evitase los excesos que podían cometerse por el populacho.

El pueblo de Lima recorría las calles en numerosos grupos, en un entusiasmo exaltado e incontenible, vitoreando a la Patria y al ejército libertador, y, la vehemencia de algunos, que hacían manifestaciones de hostilidad a las casas de los nobles recalcitrantes, produjo la alarma. Pensóse que más tarde, excitados los ánimos, la muchedumbre cometiese desmanes de todo género y la zozobra fue grande mientras el general San Martín anunció que iba a adoptar las medidas necesarias para asegurar la calma.

Desde el siguiente día se notó un alivio en la situación. Las partidas de montoneros que asediaban los alrededores de Lima y dificultaban su aprovisionamiento, cesaron en sus tenaces merodeos y la población pudo disfrutar de algún desahogo en la adquisición de víveres. Las tropas de San Martín fueron embarcadas aceleradamente en Huacho y vinieron a acantonarse cerca de La Legua, en el camino al Callao, ingresando una parte a la Capital, para guarnicionarla, la que ocupó los cuarteles abandonados por los realistas.

El día 12, San Martín, al frente de la totalidad de los ejércitos libertadores, entró a Lima, en medio del entusiasmo indescriptible de los habitantes. Inmediatamente pidió al Ca-

bildo la declaración de la independencia nacional y éste, reunido en memorable ceremonia pública, a la que asistieron el Arzobispo Las Heras, las comunidades religiosas, la mayor parte de la nobleza y personas de importancia y de fortuna, declaró que "la opinión del pueblo estaba decidida por la independencia de la dominación española y de cualquiera otra extranjera".

XI

EL TOQUE DE ORACION

Pausadas, ondeantes en el espacio sobrecogedoramente, se oyen las campanadas de los templos sobre la Lima creyente y muelle. En toda tertulia, alguien se yergue para decir con unción:

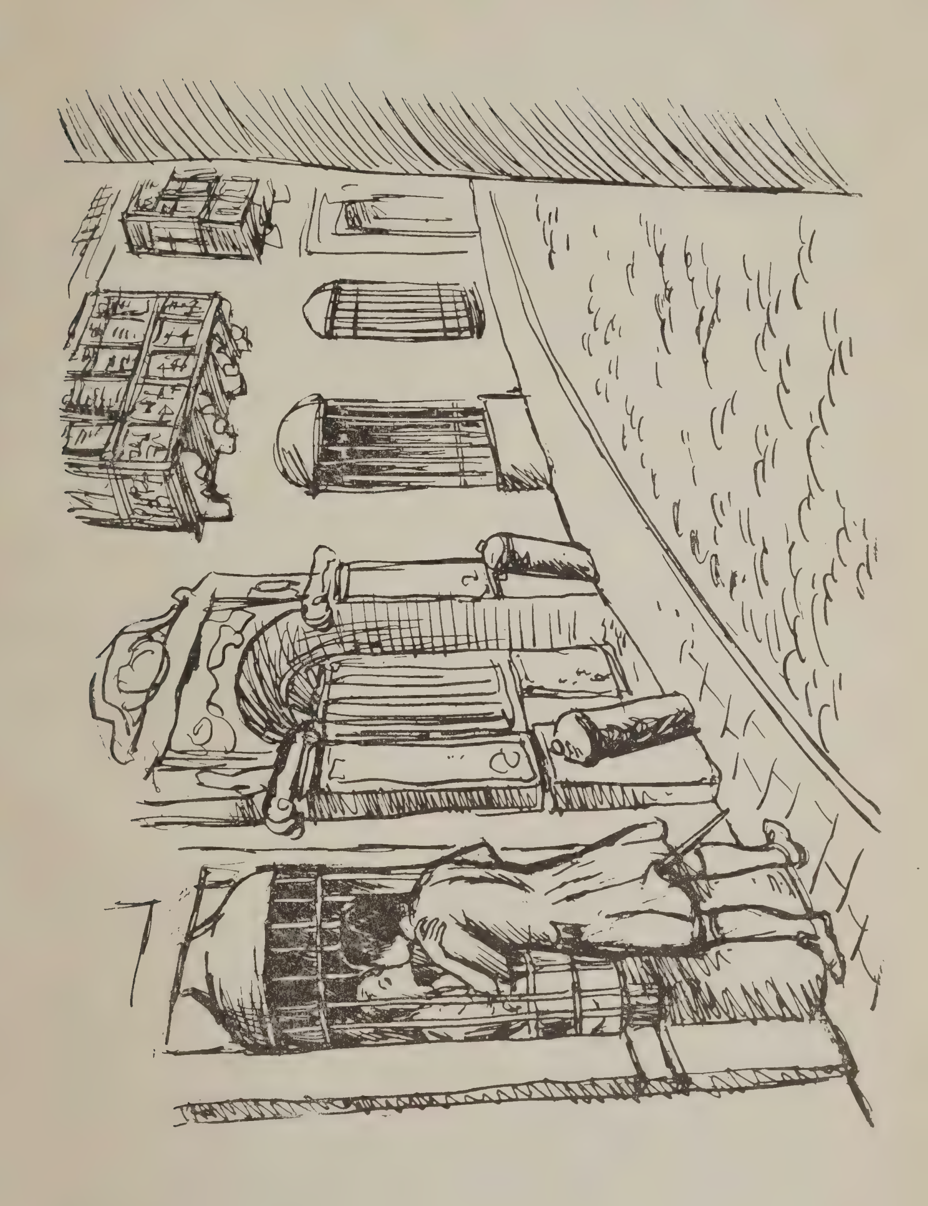
—El Angel del Señor anunció a María.

Y los oyentes, en pie, responden:

—Que concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Las campanas litúrgicas resuenan todavía cuando ya la plegaria ha terminado. Las conversaciones se reanudan con la hilación de un agua corriente, suspensa un instante, que torna a su curso habitual.

Son las seis. La capital del Virreynato, con sus diez millas de área, sus treintaicinco barrios, incluído el Arrabal de San Lázaro, sus doscientas nueve manzanas, sus trescientas cincuentaicinco calles, sus ocho mil doscientas veintidós, sus tres mil seiscientas cuarentaiún casas, sus cincuentaidós mil veintisiete habitantes, entre ellos doscientos noventaidós clérigos, novecientos noventaiún religiosos, quinientas noventaidós monjas y ciento ochentaicuatro beatas registradas, que elevan el Ave María a las alturas, se conmueve a esta hora mística y hace pensar en la oración musulmana que resuena sobre las ciudades del Islam en las horas rituales.



Pero luego la vida positiva hace palpitar diversamente las almas en este revuelto tráfago que se llama La Vida. Si en los conventos y monasterios las prácticas religiosas absorben, absorben también en la existencia particular y se agitan los intereses que norman a los seres.

Don Hilario de Gonzaga charla sobreexcitado con el marqués de Alcántara en el suntuoso gabinete que ya conocemos y le relata estupendas novedades:

—Asegúrase que el señor Virrey... duéleme repetir estas cosas, señor... asegúrase que ha entrado en tratos con ese San Martín, que su pasividad...

—No creas tal, buen Hilario; el representante de Su Majestad...

Y en el Café de Bodegones, don José de la Riva Agüero, que tiene allí franquicias como si fuese un club o una logia presididos por él, habla agitado con un grupo de cuatro o cinco personas. Es un saloncillo semejante a una rebotica, donde no tienen ingreso más que los conspiradores. Don Fabián, un cordobés rebelde y proscrito por constitucional de España, años antes, es el dueño.

—¡Precisa que sea en este momento! El general San Martín debe conocer esta importante noticia enseguida.

—Bien. No sé cómo, pero saldré.

—La Patria lo exige.

Un momento de silencio frente a los vasos de horchata rociada con aguardiente, y después, un hombre, a quien acaso algún desengaño le hizo ser prudente, insinúa:

—¿Pero no sería mejor esperar el resultado del complot?

—¡Cá! ¿para qué?... ¡Si la Junta Consultiva de Gobierno, tanto los generales que forman parte de ella, como los demás del ejército realista, opinan unánimemente! Y fijaos en que la noticia la sabemos por el mismo Secretario de la Junta, don Juán Loriga.

—¿Entonces mañana el marqués de Viluma...?

—Habrá dejado de ser Virrey del Perú, y veréis en Palacio al general don José de La Serna.

—¡Una deposición rápida!

Quedó convenido enviar un emisario velozmente, aquella misma noche, y comunicar a todos los amigos patriotas esta expectativa.

—Por lo demás, —afirmó uno de los presentes—, La Serna es temible. Se trata de un militar de brío, cuenta con la confianza del ejército leal al Rey y puede darnos mayores dificultades.

—¡Vaya La Serna con Dios! ¡La Libertad es un hecho, ya sea que se oponga el vencedor de Viluma o el defensor de Zaragoza.

Afuera detonantes risas y broncas voces estallaban. Sendos vasos de vino de España escanciábanse en el privilegiado Café, centros de intelectuales y revolucionarios, y las jícaras de espeso chocolate "soconuzco", de ese que podía tomarse con "cuchara de pan", veíanse sobre las mesitas adosadas a los muros por su lado angosto, donde los clérigos se refocilaban.

Allá, en la solariega casa de los señores marqueses de Alcántara, doña Gertrudis, la marquesa, y su hija, doña Encarnación, con su cabecita pelada como la de un niño a quien se quisiera robustecer el cabello, rezaban el Rosario rodeadas de los esclavos, que están sentados en el suelo. Mujeres y hombres, viejos y adolescentes contestan a la voz dulce y llena de fervor de la "motilona", la amante infeliz. Las señoras reposan en enormes poltronas blasonadas en el respaldo y tienen delante reclinatorios colchados con terciopelo carmesí. Cuando ella dice: "Tercer Misterio Doloroso, el Señor fue coronado de espinas" todos se arrodillan bulliciosamente.

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. . .

Y el coro responde:

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores. . .

La madre ha sido la primera en perdonar. Conmuévela aquel arrepentimiento ostensible, aquella dulzura y humildad santas. Quiere ir poco a poco concediendo la antigua amis-

tad familiar para que vuelvan a su ser la tierna almita desconcertada por el súbito dolor y desaparezcan las ojeras de los lindos ojos entristecidos, y ese raro afilamiento continuo del semblante primoroso, y ese inquietador marfil viejo de la tez, perlada antes, que recuerda la macerada carne del Cristo de la Capilla, escultura ancestral que existe en poder de los marqueses de Alcántara desde hace tres siglos.

Pero la joven piensa en Sebastián. Ignora si vive, ignora si está secuestrado. Mientras vacile su razón entre las horribles presunciones, ella no podrá desechar su sambenito de atormentada, su luto íntimamente elegido por que no le fuese posible adoptar otro; ensombrecer su belleza, vivir en el silencio, agitarse en la nada. Si la dijeses: "Tu Sebastián está en salvo", entonces sí que los jilgueros aleteantes que anidan en su corazón trinarían exquisitamente, ¡oh, sí!

Pero, el padre Antonio, único a quien se atreve a averiguar por su amado, encerrado permanecía aún en la mudez incomprensible. "Dios velará por él, le conducirá, le salvará", eran las palabras exclusivas. A los ojos de ella no se presentaba más que un cuadro en blanco, a veces con algunas líneas inexpresivas y difuminadas. Nubes, ondas... A las esclavas más cariñosas con ella, inquiría también: "¿Oíste alguna de estas noches lamentos en los sótanos?" Nadie había oído nada. Nadie en la casa parecía saber nada... ¿Entonces no fué su padre quien le hizo apresar por un grupo de servidores? ¿fué una ronda del Virrey, efectivamente, quien lo aprehendiera aquella noche de eterna vida en su memoria, dscubierto en la secreta labor de revolucionario?... ¿Pero cómo no se sabía nada de él? En estos casos hasta "La Gaceta de Lima" publicaba nombres de conspiradores y rebeldes detenidos y tampoco era posible ocultar mucho tiempo las ejecuciones, que de algunos patriotas se realizaban.

¿Entonces?... y el arcánico silencio prolongábase indefinidamente. Pues bien, ella continuaría alimentando románticamente su alma con las pesadumbres. ¿La afrentaron sus padres, en castigo por su amor inconveniente...? Ella sacaría provecho de tal acto y no aceptaría el perdón entretanto

la envolviese la incertidumbre sombría. Ella misma sería como una encarnación de la duda, como un ser sin alma.

Para eso la fortalecía aquella dulce sonrisa del cuadro. El Niño, cuando a la lumbre del velón abrigado dentro del guarda-brisa, sonreía a la inventurada en las noches interminables, a la inventurada mujer con cabeza de niño, causa tal vez de la simpatía, en el silencio que horadaba tan solo el canto de las lechuzas, y, a ratos, isocrónicamente, el pregón del sereno, "Las tres han dado y lluvioso", la sonrisa aquella la reanimaba. ¿Qué prometían los divinos labios? ¿por qué sentía ella este alivio?... Y si le preguntaba por Sebastián, aquella sonrisa se acentuaba visiblemente para ella, parecíala que ya iba a hablar la sonrosada carita infantil...

La niña estaba segura de que una noche u otra los milagrosos labios la revelarían muchas cosas.

¡Ah, pero llegó el día! Palidecente la luz tras el cristal, desfiguraba la faz piadosa. Los repiques de los campanarios ahuyentaban los deleitosos ensueños consoladores. El trajín de la servidumbre inmovilizaba la imagen, que sólo se animaba para ella.

¡Otra vez hablaría el Niño misericordioso!

XII

EL FANATISMO DE LA ARISTOCRACIA

Los sucesos que iban desarrollándose en la capital del Virreynato, favorables casi todos a la causa de la revolución emancipadora, traían su cortejo de pesadumbres para muchos limeños. El prestigio de la Monarquía y el brillo de sus privilegios seculares estaba arraigado en muchos espíritus. Era inconcebible para ellos la igualdad. ¡Cómo! ¿tánto daba descender de ilustres personajes? ¿hasta en el Cielo no hay jerarquías?... ¡Y el Rey, aquel solemne señor omnipotente, dispensador de gracias y dueño de vidas y haciendas! ¿se le podía destruir acaso?...

El pobre don Hilario fue una de esas víctimas. Su irascibilidad provocaba la burla de sus contrarios. Era divertido para todos excitar al viejecillo orgulloso, tirar de su lengua hiriente, incitar su mordacidad apuñaleante y cómica.

Vivió días crueles el infeliz. Los clientes acudían a su bufete, más para hablar de política y desesperarle que para tratar de sus asuntos. Desde que amanecía, su mujer iniciaba la inagotable polémica.

—¡Levantáte, haragán!

—¡Pero, demonio, si no he tomado aún el chocolate!

—¡Ah, "entre palomas" te sabe mejor, gran pelma!

—Así lo he bebido siempre.

—Cuando venga la Patria lo tomarás en el comedor.

—No alteraré mis costumbres aunque vengan cien patrias.

—¡Habráse visto!... —gruñía la vieja dando vueltas por la estancia enladrillada.— ¿Dónde se han escondido tus realistas? ¿les ha tragado la tierra?... ¡qué vergüenza!

No obstante el temor que su consorte le imponía, don Hilario no se callaba:

—¡Silencio tú, insurgente, renegada! Orgullosa deberías vivir de tu situación. Si esa odiada Patria llegase, ¿qué sería de nuestra posición actual entre la gente decente?... ¡Te hablaría de "tú" el negrillo Domingo, tu criado!

—¡Qué más dá!

Escandalizado, replicaba él:

—¿De modo que para tí no importa que negros y blancos seamos iguales?

—¡Psch!...

Después, en el gabinete. Uno tras otro, auténticas o urdidas, los litigantes contábanle horrendas cosas que paralizaban su corazón de espanto o le alborotaban poniendo en riesgo de explosión el globo ya muy débil de su viejo aneurisma.

—Ya se rindieron los Castillos del Callao, don Hilario, ¿lo sabe su merced?

—¡Mentira! —respondía irreflexivamente.

—El señor Virrey abandona la Villa, —decíale otro concurrente.— Desconfía de la población de Lima. Teme, y con fundamento, que sus vacilantes tropas, socabadas por la idea de la Libertad, se pronuncien contra la Monarquía, seducidos por los conspiradores ocultos y poderosos.

—¡Ya irán todos a la horca, unos en pos de otros!... ¡y también su merced, propagador revolucionario!

El noticioso disimulaba el calofrío con una risotada. ¡Eso de mirar la Cruz de los Ajusticiados del Callejón de Petateros, desde el cabo de la cuerda de Salés, no era muy halagador!...

Felizmente, don Hilario no era capaz de un denuncio, fanático y todo en sus ideas monárquicas. Su hidalguía, he-

redada o adoptada, le vedaba pasos tales. Hubiese atravesado el corazón de uno de estos charlatanes con la punta de su brava tizona, pero descender él a la baja misión de las delaciones, nó. La sangre de los marqueses de Alcántara que discurría en sus venas, discurría siempre en ellas honrosamente.

Pero el infeliz sentíase agobiado.

—"¡Si ya estoy solo! —meditaba—. ¡Parece que Su Majestad no tuviese en estos reynos más súbidto que yo! Traidores los unos, indiferentes los demás. La nobleza se retrae o se desbanda. El clero simpatiza con los principios revolucionarios. ¡El mundo se trastorna, desvaría! Sólo en la Audiencia, y no la totalidad de sus oidores, es posible hallar un ambiente de verdadero realismo. Sin embargo, —murmuraba el buen hombre con desaliento—, son ahí tan pesimistas! ¡Lo ven todo negro esos hombres!... ¡Ah, cobardes!"

Hasta el marqués de Alcántara, hasta aquel gran señor que era con quien solía disfrutar sus horas de charla consoladora, también él se había debilitado! Ya no era el mismo confiado realista de otrora, que estaba seguro del triunfo del Rey y se burlaba de los primeros éxitos de los libertadores. Ahora pensaba sólo en emigrar. "No se podría vivir en Lima. Saldré para España si la cosa aprieta", —habíale oído aterrado una noche, bebiendo juntos la consabida copa de anisete.— "Yo jamás podré codearme con la plebe, de *tú y vos*, como se asegura, con los esclavos e hijos de esclavos".

Pero él, don Hilario, ¿qué haría? Sus recursos no le permitían realizar lo que deseara. Tendría que continuar, si llegaba el caso, sobándose con esta morralla que la Patria haría igual a la clase de los privilegiados, que le deslumbraba. Se reirían de su orgullo heráldico, de su sangre excelsa.

Una mañana le dijeron que San Martín iba a entrar en la Villa, al frente de sus ejércitos. Creyó que fuese una de tantas balandronadas de los patriotas. Sin embargo, su mujer, mientras le servía la jícara humeante de chocolate, le dijo:

—¡Arriba, holgazán!... Es preciso que veas al Libertador.

—¿Pero es verdad eso?

—Todos los vecinos se marchan para verle pasar al Palacio. Los balcones están engalanados con guirnaldas y cortinajes, viejo idiota. ¡Y tú pensando todavía en el Rey!

¿Sería posible?... Se vistió. Terminaba su aliño, cuando le pareció oír música. ¿Sería posible? ¿era acaso verdad lo que se decía?...

De pronto irrumpió el negrilllo, atropellando la mampara, jadeante de gozo:

—¡Amito!... ¡Su *Ercelencia er ribertaró viene po ra* calle *re ro Mercarere!*

Quedó un momento en suspenso don Hilario, y luego, en una reacción de ira incontenible, arrojó a la cabeza del negrillo un frasco del lavado. Tras la fuga aterrorizada de éste, ingresó doña Eduvigis:

—¡Corre, belitre!... ¡Asómate a la puerta para que le veas por tus propios ojos y dejes de pensar en zarandajas de nobleza!

Y el anonadado salió acomodándose con las temblorosas manos la peluca. Su cabeza vacilaba sobre los hombros escuálidos al aproximarse a la calle. Una violenta sobreexcitación le causaba frío en la piel y los miembros decrépitos. ¿Sería posible?

Por las aceras corría alocada la gente, hacia allá, hacia la Plaza, de donde venía un marcial estruendo de clarines guerreros y broncos tambores. Después de la calle de Las Mantas, única que separaba la de Valladolid, donde vivía don Hilario, cerrábase la perspectiva con el Portal de los Botoneros, que se prolongaba en la misma dirección, y sobre cuya esquina el tallado balcón se veía adornado con mantones y flores, ese mismo balcón que se ataviaba a la entrada de los Virreyes, cuando venían del Callao a tomar posesión de la silla de Pizarro, y en el que tantas veces había visto él a las Virreynas orgullosas y bellas presenciar el desfile, sonriendo al noble esposo, cabalgado majestuosamente y rodeado de lacayos con

libreas de colorado, compañías de danzas e hidalgos de todas categorías.

El anciano no la escuchaba. Abrumado contempla aquella marcha entusiasta, aquel desfile interminable y poderoso. En su corazón despiertan un eco mortal las fanfarrias vencedoras, los clamores del pueblo que vitorea sin cesar al paso de los triunfantes guerreros.

—¡Van al Palacio que abandonó tu cobarde Virrey! —sigue mordiendo la atormentadora.

Al fin, tras un gran apelotonamiento de soldados y civiles, aparece un jinete. Don Hilario ha oído gritar a una negra esclava que observa desde el balcón de una casa fronteriza:

—¡Ese es San Martín!

El infeliz se ahoga. ¡Sí, él debe ser!... Divisa su sombrero triangular de dos picos, una capa que vuela sobre los hombros recios, un pantalón blanco, entorchados de oro, y avizora también la altanera cabeza del caballo que ondula en la marcha acompasada y lenta del cortejo.

A la sazón y calle abajo, se oye venir corriendo a un individuo retrasado. Al ver a don Hilario dícele agitadamente:

—¡Vamos!...

El aludido le mira con pupilas inconcientes.

—¡Vamos, vamos!... ¡Lo mejor será luego! El general argentino que nos trae la Libertad hablará al pueblo!...

Ante la atonía del viejo, el hombre aquel le coge una muñeca y trata burlonamente de arrastrarle. Don Hilario, a la brusca tentativa, da unos traspiés en riesgo de caerse y entonces, como despertando, se sacude del majadero, rechinan las pocas muelas que le quedan y desnuda la espada con decisión terrible:

—¡Maldito seas, villano!

El hombre sigue en su carrera veloz, después de una carcajada. Don Hilario se reprime, acezando, trémulo.

Acaba allá el cortejo. Las músicas y el vocerío disminuyen. En la calle, se adivina que las casas están vacías. La

población ha ido a aglomerarse al paso de los libertadores o a contemplarles desde los balcones y ventanas del tránsito. Sólo una que otra criada que no obtuvo permiso para salir, mira desde la acera a la muchedumbre que pasa. Un gallinazo desciende frente a don Hilario con la oscilación de sus alas horizontales y se posa en las piedras gordas del borde de la acequia. Mira aguas arriba, acechando la móvil cabeza el agua que corre. De pronto se alborota. Sus alas se agitan vislumbrando algo que viene, en preparativos para la captura. Da unos saltos hacia allá, y, luego, ganado por la corriente, vuelve al sentido de ésta y vase dando brincos, con ayuda de un vuelo rasante y rudimentario, hasta que el curvo pico negrísimo se hunde y extrae la flotante inmundicia. En seguida, tiende las alas amplísimas y se eleva, pero no mucho, avanza a poca altura siguiendo el curso de las aguas y allá, muy lejos, vuelve a detenerse.

Don Hilario ha quedado solo, observando hacia la Plaza. La esquina despejada ya le permite ver por la arcada lateral del Portal toda la escueta longitud de éste. Le agobia el peso de una desilusión espantosa. ¿Qué pensaría de esto el Rey? ¿qué dirá de este desacato increíble?... De pronto siente que su cabeza vacila, se enturbian sus ojos como si mirase a través de una garúa leve, de estas que son el pan cotidiano en la ciudad virreynal. Las fachadas oscilan tal que si las alterase un temblor, linealmente, con sus casas y acequias y calzadas, todo junto, como imágenes de un espejo movible. Sube una punta y se hunde la otra punta. ¿Qué es?... Al cabo se resuelve a entrar en su casa y el desfallecido tiene que ir apoyándose en los muros. En el zaguán también percibe ese balanceo longitudinal el anciano. Sus manos temblorosas van dejando huellas de sudores helados sobre la cal de las paredes. El bailoteo de la casa no termina. ¡Oh, no termina!...

Fue a dar al lecho el desgraciado realista. Unas horas después, el doctor Agustín le hizo una sangría picando la arteria de su descarnado brazo. En la noche hubo que hacerle otra. Y dos días después se le aplicó un "sedal", y el hilo

se corría todas las mañanas a través de la carne perforada del anciano, bajo la piel de pergamino de la nuca, para descongestionarle.

Las panaceas criollas, emplastos y reliquias, hicieron al cabo su efecto y a los ocho días don Hilario pudo volver a escuchar las regañadoras pláticas de su consorte.

El 27 de julio supo que al día siguiente el general San Martín, proclamaría la independencia del Perú en pública ceremonia. Se le dijo que en la Plaza de Armas se estaba levantando un tablado con este objeto y para cerciorarse fue él mismo hasta la esquina de Las Mantas. Escrutó. Era cierto. Grandes vigas nuevas estaban agavilladas allí y una armazón colocada frente al Callejón de Petateros señalaba el sitio en que iba a levantarse.

Varias veces hizo la excursión el viejo. Silencioso, preocupado, no contestaba siquiera las filípicas de su mujer. Una idea, seguramente grande, le absorbía el pensamiento. Iba hasta un punto desde donde podía vislumbrar la Plaza, observaba el progreso de los trabajadores y se volvía. No llegó nunca hasta el pie de la obra. Le bastaba verla desde la esquina y cada vez regresaba más abstraído, más ensimismado, más cejijunto.

La mañana del día 28 se levantó muy temprano y bebió silenciosamente su desayuno en el comedor, apresurado, sin sentarse.

—¡En horabuena! —díjole doña Eduvigis.— ¡La Patria te ha transformado! ¡Ya no esperas, como si fueras un señor conde, a tomar el desayuno en la cama! Yo voy a querer mucho a San Martín, si siguen así los adelantos.

Don Hilario permaneció mudo. Ella, al verle acicalado con su mejor traje, le preguntó:

—¿Pero vas de visita?

El contestó secamente:

—Sí, voy a salir.

—Pero creo que dejarás la espada. Ya no se usa llevar espada. Los hidalgos están de corrida.

—Yo saldré siempre con espada, —le respondió, pero tranquilo, sin irritación alguna por la puya cruel.

Y fue a pararse en la puerta, avizorando cuanto ocurría en la ciudad. Ahora el engalanamiento de la población era general. Apenas una que otra puerta de los realistas más empecinados estaba cerrada, como en señal de duelo. Suntuosos mantones floreados de Manila colgaban de los balcones y las portadas. La gente vestida de fiesta se aglomeraba en la Plaza y las calles por donde debía pasar la comitiva, deseosos de contemplar el magno acontecimiento. El Perú iba a ser declarado libre por los emancipadores. La dominación de España y las exacciones de sus autoridades concusionarias, iban a cesar para siempre, tal decía la fé popular.

Por la misma esquina donde viera pasar don Hilario a San Martín y sus tropas el día de su ingreso a la Villa, distinguió numerosas corporaciones civiles y religiosas caminando hacia la Plaza, grupos de pueblo enloquecidos de fervor, pelotones de vecinos montados a caballo, luciendo arneses lujosos.

Súbito, don Hilario avanzó. En el bolsillo de su corto calzón negro de raído terciopelo, acariciaba su mano huesosa un verduguillo. En sus labios había la contracción de una sonrisa irónica. Caminaba haciendo sonar deliberadamente la contera de la espada sobre las baldosas, rejuvenecido y pomposo.

En la esquina, su mirador habitual, se detuvo. Una inmensa muchedumbre llenaba casi totalmente la Plaza. En su manía de hablar alto, murmuró con acento desesperado el anciano:

—¿Habré llegado tarde?... ¿podré acercarme lo bastante?...

Y desconfiado, apresuró sus pasos encamiándose en dirección al estrado. Aquel hombre fué codeando aquí y allí. Sus músculos adquirieron una solidez increíble. A veces decía con tono grave:

—¡Dadme paso!...

Cuando don Hilario, tras enorme esfuerzo, llegaba cerca de la escalerilla de acceso al tablado, San Martín, seguido de sus generales y marchando al lado del gran corsario Lord Cochrane, auxiliar poderoso de la independencia y jefe de la escuadra que aún mantenía el bloqueo del Callao, salía de la puerta principal del Palacio y se encaminaba al lugar de la ceremonia. Iba entre hileras de soldados que le hacían calle con inmensa dificultad, quitándose a cada instante el sombrero de picos para agradecer con sonrisas las aclamaciones. Al fin subió, al tremolar el escudo de la nueva nacionalidad dijo: "El Perú es libre e independiente por la voluntad de los pueblos y la justicia de su causa que Dios defiende", don Hilario hizo un último esfuerzo y se cogió con una mano de la barandilla, y allí con las mandíbulas apretadas, exhausto y furioso, clavó en los maderos su fuerte verduguillo y se derumbó.

Como todas las almas estaban allí pendientes de los labios del general San Martín, nadie se dió cuenta del loco intento de aquel furibundo realista fanático.

Y en la noche, concluída la fiesta y hecha la proclamación de la independencia en las principales plazas de Lima, las mismas donde se acostumbraba anunciar a la Colonia los cambios de los Reyes, los nacimientos de los Infantes y demás sucesos de importancia para la Monarquía ocurridos en la metrópoli, los que fueron a desarmar el tablado encontraron el cadáver del pobre viejo bajo sus maderos.

En los glaciales labios había una extraña contracción de furor.

XIII

EN EL GALPON DE LAS ESCLAVAS

Por las manos afiladas corren las cuentas gordas del rosario de nácar. Los ojos, bajo de los párpados sombrosos, no se ven. Un temblor incesante en la breve boca pálida y castísima anuncia que la oración es musitada con acendrado misticismo. Un grueso pañolón azul cae de los hombros y sus largos flecos se adormecen sobre el regazo. A ratos un suspiro. A ratos las pupilas, profundas y oscuras, se alzan hacia la vela de sebo, cuyo grueso pábilo se enrosca como una interrogación de fuego sobre la palmatoria de hojalata.

Ronquidos multitonos surgen de los lechos pegados a los muros blanqueados de cal. Aquella esclava moza y robusta que asoma su redonda cabeza de pelo ensortijado y corto sobre la manta color chocolate, tiene una respiración pausada y bronca. Sus colgantes labios entreabiertos dejan ver el inverosímil blancor de la simiesca dentadura. Encarnación la mira a instantes. Por la media noche tuvo una pesadilla y la joven acercóse al camastro, sin despertarla, e insinuó al macizo busto un cambio de posición. Aquella otra alienta calmadamente, con tan lenta isocronía que parece cansada de respirar y a punto de quedar en silencio. Esta, la negrita Dolores, ahijada de la niña, duerme retorcida como un caracol y se

da vuelta entre las sábanas cada minuto. Hasta seis esclavas mujeres, solteras todas, reposan en la espaciosa habitación de techo bajo y sólido, con gruesas vigas cuya forma cuadrangular es apenas señalada por rudimentaria labor de carpintería, que deja insinuada la forma del tronco primitivo, las que sostienen el "entresuelo", que arriba guarda tanto y tanto utensilio doméstico y mueble en desuso.

Lento, infiltrante, llega el día. Mica, la enferma, a cuya cabecera y en un añoso sillón de baqueta con anchos brazos, restaurado toscamente, está sentada la hija de los amos, ha dormido muy bien. De momento en momento, durante toda la noche, Encarnación le ha puesto la fina mano aristocrática sobre la áspera carne negra, en el brazo y en la frente. Sus oraciones obtuvieron el prodigio, —piensa la niña—, los diez o doce rosarios que lleva rezados en imploración. ¡La pobre Mica!... Dos días hace que la atacó el terrible "costado". Una espantosa calentura causóla desvaríos contínuos y se temió por su vida. Entonces Encarnación rogó con hondo fervor a su "Niño", el risueño Señor que descansa en el divino brazo de la Virgen del Carmen, y él la inspiró sin duda la aplicación del parche que colocó sobre los lomos recios de la fiel esclava, en el sitio del dolor, con las propias manos piadosas. Verdad que encima acostó también una estampita del Niño, una imagen sonriente. Cuando la hacía beber las tisanas sudoríficas, Mica manifestaba su asombro:

—¡Ay, mi niña!... ¡Qué *güena* es su mercé!...

—¿Y estás mejor, Mica?

—¡Requetebien, amita Encarna!

—¡Alabado sea Dios, hija!

—En derechura *ar Ciero,* se va *dir* su *mercé*... —agradecía la mujer con el acento y efusión característicos de la raza.

—¡Vaya!... Duerme, duerme.

Y la negra se adormecía como a una voz mágica. Rechinaban los cueros de la silla y tornaba la joven a deslizar en-

tre sus dedos el rosario santo. Otra vez la percepción de los ronquidos y los leves rumores de la noche.

Lento, insinuante, llega el día. Las rendijas de la puerta señálanse con rosadas líneas, que sólo cortan los goznes empotrados a las maderas. Cantos de gallos y píos de "santarosas", que recorren el callejón donde aquella se abre. Campanas, llamadas religiosas alegres y repercutientes que invitan a los cristianos para la eterna alabanza de la gloria de Dios.

La esclava gruesa despierta como asustada, levantando su cabeza semejante a un coco de Panamá, y avizora a todos lados. Descubre, al fin, a su ama en la medialuz y se incorpora.

—*Güen* día, mi amita Encarna.

—Buenos días, hija.

—¡*Tora ra* santa noche veló su *mercé!* —dice la esclava con acento admirado.

—Eso es nada, Ventura.

—¡Una santa *e* su *mercé,* mi niñita!

—¡Calla!

La mujer observa que sus compañeras duermen todavía y empieza despertarlas agitadamente:

—Toribia... ¡Vamos!... Tomasa... ¡ya, ya!... Dolores... Espíritu... Manonga...

Los torsos yérguense, las bocas de belfos cárdenos bostezan ruidosas y perezosas, los brazos de ébano se estiran, se mueven en el aire, corridas hacia los codos las mangas blanquecinas de las camisas.

Encarnación experimenta cierto malestar. Un hedor picante flota en la atmósfera de la cerrada pieza y persistentemente recuerda una frase de su tío, el conde de Fuencarral: "los negros hieden a gallinazo"... Pero la niña se hace una cruz en las sienes para ahuyentar el pecaminoso pensamiento de esa injuria.

Calienta enseguida una poción que quiere dar a la enferma antes de irse, y luego, recomendado el cuidado de Mica a su compañera Ventura, entreabre la puerta y sale al callejón, arrebujándose en su abrigo. Alborotadas las "santaro-

sas'', que se picotean y se persiguen de una a otra viga del techo de aquel sitio, o sobre las cornisas y las salientes, avanza hacia el traspatio para ir a su dormitorio. Zumba una abeja en el ñorbo que trepa por el enrejillado de madera que disimula la entrada del callejón, ancho y descubierto que va a salir después de largo recorrido al patio exterior, camino usual de la servidumbre. Un viejo esclavo la saluda reverente al verla:

—Que *Dió re dé* un *güen* día a *ra* amita santa.

—Buenos días, Gaspar.

La blancura de una rosa que ha nacido en un tiesto, la atrae. ¡Ah, qué hermosa! Más tarde vendrá ella a cogerla para renovar las de los floreros que adornan la imagen de su devoción en el cuartito virginal.

Llega, y, bajo el cuadro, donde el reclinatorio no falta jamás, se arrodilla. Sus ojos alargados y negrísimos, cargados de melancólico misticismo, se fijan en el Niño risueño.

—¿Verdad que no te enojaste?... ¡Por la pobre Mica!

Ella escucha la divina palabra:

—Nó, hiciste bien.

—Un desahogo experimenta su corazoncito angustiado.

—Yo te vía cerrando los ojos. Toda la noche te he visto, sonriéndome.

—Mi vista no te faltará nunca, hija mía, te acompañará dondequiera que vayas, —respondían con voz melodiosa los labios infantiles del mirífico lienzo pintado por Murillo.

—¡Ay, he dejado marchitar tus flores!... Pero acabo de ver rosas nuevas en los maceteros del patio.

Iba a seguir hablando cuando sintió un ruido próximo. Su ahijada la negrita que durmiera desasosegada toda la noche en el galpón de las mujeres, distanciadas por la marquesa doña Gertrudis, cuidadosa del pecado, de las estancias de los esclavos hombres, entraba en ese instante.

—*Marina.*

La joven recibióla en pié.

—¿Qué quieres, Dolores?

—Tengo *doló* de *muera, marina.*

—¡Ah, por eso estabas intranquila anoche! Te movías mucho en la cama, hija. No sospeché.

Cogió la barbilla puntiaguda de la muchacha, que apenas tenía diez años, y observó si había hinchazón en alguna de las prietas mejillas.

—¿Dónde te duele?

—*A ete rado, marinita.*

Encarnación elevó sus ojos al cuadro y después señaló con el pulgar una cruz en el sitio adolorido.

—¡Ya está!...

La negrita se alejó y en el umbral detúvose para mirar a su ama. ¡Ya no le dolía!... Se llenó de risas la alargada carita ingenua y fuese corriendo.

—¡Ya *etá!* —contó al grupo de esclavas delante de la enferma—. ¡Ya no *jay dolore!...* Me hizo *jasí,* y se *acabau...*

—¡Pero si *ra* amita Encarna *e* santa!... *¿entoavía ro ruras, mujé?* —díjole a la enferma Ventura, la que ya mostraba sus ojos serenos, sin la exaltación febril de la víspera.

—¡*Po ra* Virgen que así *e,* Ventura!... A mí me ha *quitau e roró re costau,* ya *etoy* sana y *güena...* ¡Bendita *seya ra* amita!

Y largamente se habló allí de los milagros que llevaba realizados la noble niña.

—¿Y ese *"córico miserere"* que *re curó ar* viejo *Bautita?*

—¿Y esa quemazó *der champú,* que se *jué* con un *santiamén?*

—¿Y ese *ría* que *er puebro* gritaba frente *a ra* casa, contra *er* amo, y contra *er* Rey, que *ea* hizo *cerase ra pueta re* calle sin *tocala, dende er corredó?*

Mientras, Encarnación había salido a buscar las flores frescas con una despabiladora en la mano. Cuando reunió cantidad suficiente, volvió, puso agua en los floreros y se arrodilló otra vez:

—Ahora, Señor, dime: ¿qué cantos oí durante la noche?... ¿fueron tentaciones del demonio?... Por el tragaluz del entresuelo, me pareció que entraban voces. Oí el canto con que Sebastián me llamaba: "Prendado estoy de una estrella"... Varias veces oí la misma copla... Dime: ¿era Sebastián, que acaso ha vuelto, que está vivo y viene a buscarme o fué una artimaña del infierno para turbar mi paz?...

Y un nuevo visitante la distrajo antes de que "su Niño" la respondiese:

—Mi amita...

¡Ah, era Jaime, el aguador, con sus calzones remangados hasta la rodilla y descalzos los pies. Un antiguo esclavo liberto, que siempre la llevaba dulces y la quería muchísimo. El hombre manifestaba gran desazón, daba un paso hacia adentro y se volvía a escuchar los ruidos del traspatio.

—¿Qué te pasa, Jaime?

Le creyó ella enfermo y se apenó:

—Entra, ¿qué tienes?

Al fin, los pies de gruesos dedos oscuros hollaron la alfombra.

—Mi niñita, perdóneme su mercé si *re* causo agravio... —suplicó anhelante.

—Habla, hijo, ¿qué tienes?

Miró el negro hacia la puerta y murmuró con voz misteriosa:

—*Er* niño Sebastián...

—¿Qué dices? —averiguó estremecida de calofríos la doncella.

—Sí, *er* niño Sebastián me ha *implorau,*... me ha *llorau pa* que *treiga* a su *mercé eta* misiva... ¡*Ro* quiero tánto a mi niño Sebastián!... ¡*E* un *melitá mu hemoso aura er* niño!

Más pálido el semblante delicado, más entenebrecidos los ojos lánguidos, Encarnación recibió el sobre. Luego, aquel canto... Los recuerdos irrumpieron en su memoria. Vió sus escenas de amor en la ventana enrejada. Surgieron a sus

ojos los detalles del secuestro trastornador y toda la noche larga, de angustias, que había sido su vida desde entonces.

—¿Luego está vivo Sebastián?

—Sí, vivo y glorioso —aseguró el negro, intranquilo siempre.

La niña miraba el sobre escrito sin abrirlo.

—Bueno, dile que es una dicha para mí que viva.

—¿Nada más, amita?

—Encarnación reflexionó un momento y agregó:

—Mañana vienes a buscarme, cuando traigas la provisión de agua.

—*Tá* bien, amita, será su *mercé obedecía.*

Y con la misma inquietud y precauciones salió de la habitación. Dichoso de haber escapado del peligroso encargo con tanta fortuna, corría llevando la pipa al hombro con increíble agilidad por todo el largo callejón empedrado. Llenó rápidamente las botijas de la casa, descargando de su peso a los dos asnos pacientes y educados que esperaban en el gran patio, y marchóse volando para encontrar en el punto de cita a su mandante.

—Una vez sola, Encarnación se reclinó de nuevo:

—¡Gracias! Sebastián vive. Tú velaste por él, sin duda, Señor. ¡Alabado seas por los siglos de los siglos!

¡Cuán dulce vió entonces la sonrisa divina!... Insuflado el corazón, rasgó el sobre y leyó:

—"Alma mía: ¡Ya estoy aquí! En guerras incesantes pasé mis días de ausencia. Siempre mi pensamiento fué tuyo.
"Aún cuando corría la sangre de mis heridas, no me abando-
"naba la seguridad de volverte a ver. He luchado por la li-
"beratd. He contribuído a conseguirla. Comandé guerrillas
"que acosaron terriblemente a las tropas realistas y hoy cuen-
"to con la confianza y el cariño del general San Martín, que
"me ha hecho coronel de mi regimiento.

"Te amo con infinito y puro amor. Tu recuerdo ha
"sido mi bendición y mi égida.... ¿Y tú? ¿Has sido fiel a
"mi cariño? ¿No te doblegaron las crueldades del destino?

"¿me amas todavía?... dime: ¿me amas todavía como antes "me amabas?...

"Si fuese así, tal como mi corazón me dice, con la liber-"tad de la Patria ha venido la de nuestro amor. Imploraré a "cuantos personajes poderosos sea preciso acudir. Al mismo "General, para que se realice aquel encantador sueño tuyo... "Su protección nos unirá, destruirá la resistencia de tu padre y "seremos dichosos..."

El semblante bello como el de una estampa magnífica, llenóse de luz. Brillaron las pupilas con lumbre nueva y desconocida. Una dulcedumbre infinita inundaba el alma cándida.

Fué a reclinarse entonces bajo del cuadro y el Niño la dijo:

—¿Ves?...

—Pero... —murmuró ella—, ¿soy yo misma? ¿no me alegra tánto mirarte? ¿no vivo tan dichosa así, al milagro de tu voz, a la dulzura penetrante de tu sonrisa?

Quiso seguir hablando, pero sintió ajetreos ya en el comedor. Calculó que de un momento a otro el capellán, el bueno del padre Antonio, vendría para llevarla a tomar el desayuno, la invariable taza de chocolate con mantecados calientes, y que iba a oír ya el familiar chocleo de las sandalias del franciscano sobre las baldosas del traspatio. Entonces murmulleó:

—Ya hablaremos, Señor.

Y la carta, hecha un rollito, fué a colocarla Encarnación entre las rosas frescas, dentro de uno de los florerillos que eran perpetua alabanza bajo la santa imagen.

XIV

POR LA CONSERVACION DE LA ESTIRPE

Pero, en Lima, las alegrías de los primeros momentos duraron poco tiempo. Proclamado el Protectorado del General San Martín y constituído su Ministerio, con don Juan García del Río, en el departamento de Relaciones Exteriores, don Bernardo Monteagudo, en el de Guerra y Marina e Interior, y don Hipólito Unanue en el de Hacienda, dedicóse el nuevo gobierno a tomar medidas de organización de la nacionalidad. San Martín asumió el mando político y militar y de este equivocado procedimiento se derivaron las posteriores desazones. Su actividad y su talento tuvieron que embargarse con los numerosos probelmas civiles y la acción militar perdió energía, que debióse aprovechar en esos instantes de desconcierto realista.

El general Canterac, jefe de las tropas monárquicas que se retiraron de Lima, hizo numerosos progresos en la sierra y fué a sentar sus reales en el valle de Jauja, donde engrosaba sus filas con nuevas adhesiones y reclutamientos. Parecía como un simple cambio de escenario aquel establecimiento en el interior, con el propósito de prolongar la guerra en espera de los auxilios que los jefes españoles, tenaces por idiosincracia racial, confiaban en recibir.

Entre tanto, la población de Lima, soliviantada por elementos de la oposición, encontraba azaroso el actual estado de

cosas. Las dificultades naturales en toda organización radical se interpretaron con error o malicia, y el gran general argentino experimentó amargos sinsabores en esta etapa de su larga campaña. Escaso de rentas el Gobierno, no podía atender las exigentes demandas de fondos que hacía el codicioso vice-almirante de la escuadra patriota, aquel corsario valeroso de imperfecta moralidad, el marino inglés Lord Cochrane, que pedía a San Martín la adopción de ciegas medidas para conseguir recursos y abonar a las tripulaciones sus sueldos, así como las gratificaciones ofrecidas con antelación. Pero ese hombre era de una pureza apostólica y rechazaba siempre tales insinuaciones. Llegó a temerse que Cochrane, violento y audaz, abandonase el bloqueo del Callao regresando al sur o, también, que se plegase a los realistas. Y allí la conducta de admirable sagacidad, hasta el último instante, del inmaculado Protector del Perú.

San Martín huyó siempre, desde la iniciación de la campaña, de toda causa de ensangrentamiento. Lo esperó todo de la justicia, como un soñador, de la acción lenta y bienhechora que hiciese el vacío y asfixiase en él los restos del monarquismo. Hasta tal punto llegó en su idealidad, que habiendo descendido de la sierra el general Canterac con el intento de llegar al Callao y conseguir elementos de sus pletóricos castillos inexpugnables, presenció pasivamente, con el ejército levantado en un instante de entusiasmo, despertado por él en noche memorable al comunicar al pueblo desde su palco del Teatro Principal la aproximación de las tropas del Rey, el desfile de los regimientos sin pensar siquiera en una ofensiva, con una ironía en su actitud que podía significar: ¿Dónde iréis que no seais perdidos?

Canterac, a pesar de la libertad que tuvo en el trayecto, no consiguió los provechos imaginados y volvióse a la sierra, con pérdidas irremplazables por las debilitantes deserciones verificadas en el tránsito. Y este retorno, desalentador para los realistas, produjo la capitulación de aquella fortaleza heroica, de aquellos magníficos castillos del Real Felipe, considerada la primera del poderío español en las posesiones de Indias.

Alegrías y desalientos, olas de mar que vienen avasalladoras y se repliegan apacibles, tal fué la situación durante varios meses en el novel estado libre.

Después de promulgado el Estatuto Provisional, carta política que señalaba los fundamentales cimientos de la nacionalidad, San Martín pensó en la adopción de una forma de gobierno que armonizase las tendencias de la opinión general. Temía, —con qué clara visión—, que la república anarquizase el país, escaso de hombres nativos preparados para las funciones del gobierno, y, veía al mismo tiempo, la resistencia fría y espectante del arraigado realismo. Lo observaba exactamente en ese poder que era el antiguo Consulado, conjunto de adinerados comerciantes que cerraban su bolsa a las necesidades fiscales, haciendo al nuevo estado terrible y sorda campaña. Una monarquía constitucional, con un soberano que no fuese español y se rodease de elementos naturales en el gobierno, podía satisfacer el anhelo de libertad de los unos y el amor a las antiguas formas gubernamentales de los otros, simplemente esto como una forma de transición. Sin embargo, estos propósitos minaron gravemente el prestigio del Protector, y, ¡quién podría afirmar o negar que tuvo aquel hombre desinteresado una idea luminosa del porvenir!. . .

Celebrando la capitulación de los Castillos del Callao, fué aclamado el Himno Patrio. Bernardo Alcedo obtuvo un delirante triunfo en la velada del Teatro, cuando se ejecutó la producción suya en el concurso convocado con ese objeto entre compositores y poetas. Al terminar la vibrante estrofa "somos libres, seámoslo siempre". . . el corazón de los peruanos se insufló de sacro ardor y la Canción Nacional quedó adoptada. Desde el día siguiente, los grupos de entusiastas patriotas cantaban en las calles aquella nueva Marsellesa exaltadora e inmortal.

El éxito de los patriotas con la posesión del Real Felipe, descorazonó a muchos realistas. Nuestro amigo el marqués de Alcántara decidió entonces la emigración. ¡En Lima no se podía vivir ya! ¿No era una intolerable situación esta rebeldía contra el poder real?

¡Pero, aquella hija única, que oponía resistencia con su terco afán religioso! ¿No se empecinaba la rebelde hija para permanecer en Lima y tomar hábitos en el Monasterio del Prado?... ¡Y su estirpe, la estirpe gloriosa y remota!

Convocó a destacados elementos del clero, que ejercían poder enorme sobre las conciencias, y pidióles que bajo santa obediencia exigiesen a Encarnación el desistimiento de sus planes. El prior de la Merced, solemne prelado de palabra irresistible habló a la niña, accediendo al deseo del marqués. "No, —dijo ella, como una iluminada—, el Señor me llama"... Después otro y otro magnate de la Iglesia. "Yo no soy del mundo, señor" —respondíales serenamente.

Una de las veces que su madre, la marquesa, entró en su cuarto y entre lágrimas suplicóla que les siguiese a España, la joven cogió de una mano a su progenitora y la llevó al pie de la imagen de la Virgen del Carmen.

—Señor, —dijo al Niño que la miraba siempre, en cualquier punto de la estancia en que ella se situase— ¿no es cierto que tu voluntad me llama a tí?

Los ojos, como ensoñados, se excitaron bruscamente, y luego preguntó con unción a la marquesa:

—¿Le oíste?... ¡Sus labios rosados han dicho "sí" claramente!

La marquesa salió llorando y temblando de la habitación de su hija. El marqués llegó a pensar en Sebastián, aquel bastardo sin nombre que fuera causa originaria de este trastorno. Díjose, tras mucho analizar las conveniencias de su casa, que, al menos, aquel hombre era hijo de nobles, del viejo Virrey Gil de Taboada y Lemus, que la bastardía había sido tolerada en muchos casos históricos, aún entre familias reales. ¡Se le otorgaría un título, no importaba que fuese de reciente creación. El brillo del entroncamiento con la ilustre familia de los Alcántara reflejaría, dándole luz propia, sobre aquel blasón, como el Sol sobre la Luna.

Pero, ¿qué era de Sebastián de Taboada? A los dos días que le secuestrara el marqués, a raíz del conocimiento de sus ocultos amores con Encarnación, que le irritaron tan terrible-

mente, había fugado de la mazmorra seduciendo a sus guardianes y partiendo con ellos. Después no había sabido más de él. ¿Dónde estaría? Probablemente fué a enrolarse en los ejércitos patriotas y, tal vez, había muerto en la larga campaña. Pero un día, en cierta reseña que hiciera "La Gaceta de Lima", ya transformada en "independiente", leyó que entre los concurrentes a una ceremonia había asistido el "glorioso coronel Sebastián Taboada"... ¡Era él! —aunque fuese un calificativo odiado, algún brillo era! Cuando se le hiciese noble, se acabaría este fervor incomprensible a la Patria. La razón del hidalgo no admitía que pudiesen ser enemigos de la monarquía más que los villanos, la plebe incivil y brutal de Lima, descendencia asquerosa de indios o negros esclavos carimbados por sus dueños, como se marca a una res...

Y un día, fraguada una comedia entre los marqueses, se insinuó por medio de misia Nieves un sentimiento mundano en el alma exaltada de la mística y se le reveló lo que cuidadosamente se le ocultara tanto tiempo, para que no fuera a fomentar esperanzas el corazón tiernísimo:

—¿Sabe su merced?... El señor Sebastián...

—¿Qué? —murmuró la joven sobresaltada.

—El señor Sebastián está vivo.

—Lo sabía ya, Nieves —declaró con una suave sonrisa la sacrificada.

—¿Lo sabíais ya? —averiguó en sorpresas la dueña—. ¿Y cómo?

—El, él me lo decía siempre —y su dedo de afilado marfil indicó la faz risueña del Redentor Niño.

—¿Y le amais todavía?

—¡Oh, cómo no amarle! ¡cómo no amarle si se parece tanto a El!... —y la anterior señal se repitió, mientras las pupilas cargadas de fervores sonrían, sonreían con adoración infinita.

—¿Que se parece decís? ¿y en qué?

—Lo ignoro.

Misia Nieves resolvióse a profundizar en la investigación:

—¿Y si el señor Sebastián os hablase de nuevo de su amor?

—Ya lo ha hecho, varias veces lo ha hecho.

—¿Por el mismo intermedio del Niño?

—También por misivas cariñosas.

La estupefacta solterona creía estar soñando. Luego de un silencio, precisó:

—¿Y le habéis respondido que le amais o que no le amais?

—Hele dicho que le amo y que le amaré siempre. . .

—¡Ah, loado sea Dios!

Abstrayóse en sus pensamientos la hija de los marqueses de Alcántara y misia Nieves guardó silencio. Un rato después, vino un esclavo a llamarlas para la merienda.

—Anda, Nieves —dijo a ésta.

—¿Y vos?

—Hoy es viernes, sólo haré colación.

El rostro transfigurado, blanco como una azucena sin sangre por el ascetismo, sonrióla con extraordinaria dulzura.

—¿Y si viniese a buscaros el señor Sebastián?

—Tendría infinita alegría de verle. ¡Oh, cuánta alegría!

—Entonces, con el agrado de su merced, ¿puedo yo hacerle venir?

—Enhorabuena. Aunque él está allí, hace tiempo que le veo a él allí. . . Y en los claustros del Monasterio le veré también siempre.

En un atontamiento indescriptible salió la buena mujer de la estancia que olía a rosas.

XV

LA ENTREVISTA

Una noche, noche plena de silencio, cuando hubo acabado de extinguirse la voz del guarda que en la calle anunció: "Las 0 han dado y sereno", Encarnación, como de costumbre, oraba al pie de la imágen predilecta, oraba a la manera suya, en charla secreta y sonriente con aquel Niño que la miraba a todo instante con mirada de santo amor.

De pronto un ruido, sordo, intraducible, semejando correr por encima de los techos y circular por las profundidades de los sótanos de la mansión solariega. Y después un estremecimiento, una sacudida brusca y estupenda. Los muros que bailan y zumban, el piso que oscila, las vigas que traquetean como si se quebrasen. Un cristal se rompe lejos, impreciso. Piezas metálicas que entrechocan. Y dominándolo todo, fuertes y angustiosos alaridos humanos, que fluyen de los contornos. Imploraciones aterradas... Encarnación murmura tranquila y llena de fe sin moverse del reclinatorio:

—¡Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor! Por tu Santísima Madre, ¡Misericordia, Señor!

Afuera los ayes de espanto tienen una penetración de pánico...

—"¡Aplaca, Señor, tu ira!... —vuelve a repetir la mística.

Pero un remezón nuevo más terrible, más hondo, la hace vacilar en el acolchado mueble donde apoya las rodillas. En un vuelo de su pensamiento, comprende que todo se ha acabado.

—¡Alabado seas! —murmura serenísima.

No termina el repercutiente campanilleo de los cristales que se despedazan, el quejido de los maderos, la ronca voz del cataclismo, el fugitivo clamor de los esclavos horrorizados que se escapan por todas las puertas de la casona, hacia la Plaza inmediata... Después sólo el zumbar primitivo, por arriba, por abajo, que va amortiguándose. El estremecimiento de la agonía del sobrenatural monstruo que intentara derribar el Mundo, vencido por la voluntad omnipotente de Dios...

Y a poco, un coro de alientos agitados y voces que rezongan despiertan a Encarnación. ¡Ah! En torno a la joven se prosternan diez o doce esclavas. Semidesnudas, en camisones, están allí formando un círculo. Los senos de las negras vírgenes tiemblan incontenibles bajo la tela. Las cabezotas rudas detonan sobre la nieve de las ropas. Los ojos pequeños se desorbitan implorantes. Los abultados labios rezan móviles interceptando el luminoso destello de las dentaduras aporcelanas.

—¡Ya pasó el temblor! —dícelas con calma y sonriendo compadecida.

Una mujer contesta con terror:

—¡Va a repetir, amita, mi amita!

—No, os aseguro que no repetirá. ¡Id a acostaros que podéis enfermar!

Temblando, temblando, de miedo, de frío, vanse una detrás de otra como en un desfile. Los negros pies desnudos muestran sus talones claros en la marcha. Abultan atrás prominencias carnales, redondeces toscas.

Y de nuevo en la soledad amada. El silencio se recompone. Sólo en lo alto, bajo el cielo, los campanarios siguen "plegariando" con voz atemorizada sobre la ciudad, largamente.

—¡Señor, veo claro tu mandato!... Tu enojo me ordena entrar sin más debilidades en el Monasterio. ¡Hágase tu santa voluntad!

Quedóse pensando que acaso también el Señor había encendido su divina cólera por que ella momentos antes, escuchó con cierta complacencia de evocación la voz de Sebastián, que entraba por el tragaluz alto que se abría en la fachada sobre el desván inmediato. ¡Pero le había oído sin turbación, castamente!... ¡Así le había oído también todas las noches anteriores! Tras el bordoneo de las cuerdas el villancico de antaño:

"Prendado estoy de una estrella,
"¿Cómo alcanzarla podré?
"Que me dé alientos mi bella
"Que me dé fuerzas mi fe!...

Muy temprano, dio con suave firmeza sus órdenes, y echándose sobre la cabeza pelona un manto negro, acopañada de Nieves, sorprendió a sus padres en el comedor, que la esperaban para el desayuno:

—¡Adiós! —díjoles—. ¡Que os bendiga el Señor!

Una palabra de estupefacción interrogó:

—¿Adónde?

—Al Prado.

En pos de ella resonaron puñetazos del marqués desesperado sobre la mesa extensísima y lloros de su madre.

—¡El Señor me llama! ¡Loado sea su santo nombre! —salió pensando la niña.

Cuando arrancaba la blanca mula del calesín, el marqués, iracundo, desordenado, sin peluca, sin espada, bajó aceleradamente las gradas del corredor. Su bocamanga de encaje se agitaba al tremolar el puño en dirección a la hija desobediente, que partía. Y resonaron los guijarros calle arriba...

—Dios lo ha dispuesto así —musitó la joven.

Al recorrer las primeras cuadras, recordó la escapatoria con su prima Clara de Sagastúa, aquella noche que siguieron al Viático, de "tapadas", hasta la casa del Oidor Menéndez. Parecióla ver al joven arrastrando elegantemente la espada, al lado de ella, embozado en su capa con vueltas de rojo terciopelo, galán, apuesto... Se hizo una cruz sobre las sienes, al darse cuenta de la mundana remembranza, y miró el agua que corría por la acequia, en sentido contrario al paso del carruaje, turbulenta, color de ceniza, con ondas espumosas que nacían fugazmente.

—Esta es la voluntad del Señor...

Días después, un militar cubierto de entorchados llamaba al torno del Monasterio del Prado:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida Santísima —la ritual resonancia le contestó.

—Esta carta del señor Arzobispo.

Giró en silencio la armazón de madera de cedro, con sus repisas de diversos tamaños alrededor del eje vertical, hechas para trasportar hacia el interior todos los objetos, y, al llegar el sobre al otro lado, la misma voz monacal indicó amablemente:

—Sírvase el caballero esperar un momento.

Como en todos los oficiales del ejército libertador, moda que imitaba al ínclito general argentino, éste llevaba bizcotelas sobre el rostro bien afeitado, un filón de barba que descendía delante de la oreja unido al cabello y se dilataba un tanto sobre el maxilar. Calzaba botas altas de hule, con espuelas de plata, pantalón blanco muy ceñido, casaca de paño con botonaduras de oro en forma de imán sobre el pecho, charreteras aflecadas, kepí galoneado y altivo. La espada pendía de un ancho cinturón con borla.

Aquel hombre estaba desasosegado. En la espera fijóse en las leyendas pintadas sobre los muros. ESTA ES LA CASA DE DIOS... SILENCIO... PACIENCIA... En

los poyos de barro adosados a las paredes, gente del pueblo esperaba. Enfermos. Mendigos. Allí, una escena de toscas pinceladas en azul y blanco, San Juan vertiendo agua sobre la humilde cabeza del Redentor. Acá, Jesús, muerto, en el regazo de la madre augusta y desolada. María más allá, en una nube de ángeles alados, con las manos juntas, elevándose hacia el reino de su sagrado hijo con las pupilas en lo alto. . .

Descubrió una puerta pesada, con tallados dispares como los adobes de una construcción. LOCUTORIO, decían encima gruesas letras. Tembló. Allí iba a ver dentro de pocos momentos a la mujer adorada, que le huía inexplicablemente, por sortilegio extraño, acogiéndose a esta casa que se llamaba LA CASA DE DIOS.

¿Pero por qué la tardanza? ¿Se negaría acaso a recibirle Encarnación?. . . Su vista encontró un rótulo: PACIENCIA. . . Sí, esperaría aunque se pasara allí la vida, en el cuadrado recibimiento de la portería, sobre cuyo empedrado cáscaras de frutas y papeles estrujados se veían por todas partes.

Unos golpecitos llamaron en las tablas del torno. El se acercó presuroso.

—¿Es su merced quien ha traído la carta de Su Ilustrísima, el señor Arzobispo?

—Sí, madre.

—Allí va la llave del Locutorio. Espere su merced allí a nuestra novicia, sor Encarnación del Niño Jesús.

¡Encarnación del Niño Jesús!. . . ¿Era ésta su amada, la virgen de perlada piel que sus labios ansiosos besaron tantas veces por entre los arabescos de hierro de la ventana señorial?. . . Un llavón enorme, herrumbroso, vino curvamente a ponerse frente a él. Su mano enguantada y trémula la cogió con fuerza, apretándola entre sus dedos. La chapa chirrió con enojo. La batiente se echó atrás, aunque resistiendo, gruñendo. Un hálito frío le sopló en el rostro, un hálito de sepulcro. Una emanación de cirios, de murciélagos, de humedad. También un aliento de flores.



Los ladrillos resonaron bajo de sus botas. La puerta cerróse de nuevo, con menos bullicio, con menos protestas, Y se halló en una sala extraña. Lo primero que vio fue una reja. Los hierros se cortaban entrecruzándose y dejando claros en forma de rombos, que apenas dejarían pasar un puño. Se acercó. Tras esta reja descubrió otra exactamente igual, a tres varas la una de la otra, y ambas surgían de un enorme poyo que cortaba en dos la estancia hasta la altura de una vara sobre el piso. Al otro lado, un compartimiento de iguales dimensiones al que ocupaba Sebastián, cada uno de los cuales estaba alumbrado por una claraboya enrejada del techo, entre dos gruesas vigas. Claridad aquí y allá, sombra en el centro de esa increíble jaula. En las tres paredes leyó letreros pintados en azul sobre el encalado: PRUDENCIA... SILENCIO... PACIENCIA... Un zócalo de alquitrán corría abajo, a todo lo largo de los pesados muros y encima de él, como un adorno, una greca insignificante en rojo y añil.

Por todo mueble, un tosco banco, como de Iglesia, con brazos en las extremidades, estaba colocado delante de la verja y el visitante veía el reverso del respaldo, con la madera en bruto, sin pulimento y sin pintura.

Súbito gemido de chapas ociosas y perezosas. El corazón de soldado se estremeció y paralizóse luego. Dos monjas entraron por una puerta a la otra parte de la sala. En lo alto de sus vestidos talares de lana blanca estallaba el negror de los mantos, que cubrían sus cabezas, colgantes sobre los hombros, y sujetos por las manos los extremos.

Fueron a sentarse en el banco colocado frente al que estaba en la entrada, del lado del Mundo. Aunque inclinado el busto, en recogimiento, Sebastián reconoció a la que debía ser su adorada. Pero no habló. Se apoyó en el espaldar del banco y no habló. No podía hablar... Un corto silencio, y la voz dulce surgió allá:

—Sebastián, ¿estás bien?

En una explosión atormentada y honda, exclamó él:

—¡Encarnación! ¡Mi Encarnación!

—¿Estás bien Sebastián? —volvió a inquirir la monja. El joven se acercó:

—¡He venido por ti!

—¡Oh, para qué!...

—¡Te amo!... ¡Te amo!...

—Sí, ámame siempre... como yo te amaré.

El mozo arrojó su kepí sobre el asiento y con las manos en los hierros, suplicó:

—Entonces, ¡vámonos! Hoy tu padre, el marqués, no se opondrá a nuestro cariño... ¡Lo sé bien, Encarna, mi Encarna!

Una sonrisa compasiva modeló la boca pálida bajo la tela del manto.

—Ya no soy Encarna...

Los dedos del hombre se crisparon sorbe los hierros.

—¿Por qué?

—¡Mi alma se ha ido transformando en tanto tiempo!...

Adivinó ella por el aliento sofocado de Sebastián su desesperación infinita y prosiguió:

—Soy un alma, y nada más... Tu Encarnación murió desde aquella noche...

El joven la interrumpió:

—¡Imposible!... ¡El sortilegio de los frailes te ha enloquecido!

La "escucha", muda por el reglamento, lanzó un "ay" y se irguió. Encarnación, tranquila, hízola un ademán y murmuró:

—Calmaos, madre Asunción —y continuando como si Sebastián no hubiese soltado aquella injuria, agregó:

—Mi mismo amor, en el silencio de mis días horibles, fue haciendo el milagro. Dios me consoló primero y me acogió después a su gracia. El veló por ti y por mí. En el Mundo la alegría está en el pecado. Aquí, en la purificación.

Un sollozo varonil se oyó.

—¡Oh! —clamó en violencias el hombre—. ¡Sugestiones, nada más que delirios de las sugestiones!

Y después, como enloquecido, se prendió con sus poderosas manos a la reja y empezó a sacudirla fieramente. La "escucha" se levantó y dijo a la novicia:

—¡Basta, hija mía!

—No, esperad aún —apaciguóla de nuevo.

El prestigio de santidad de la novicia se impuso a aquélla, Encarnación esperó un instante, dejó que el arrebato de su amigo pasase y luego díjole:

—¡Si me vieses, Sebastián!... ¡Te aseguro que ya no soy Encarna!

El gritó:

—¡Sí, eso es lo que quiero! ¡Verte!... ¡Tú no debes ser Encarnación!

Ella, lenta, implorando a los cielos un milagro que calmase para siempre el ardor doloroso del siempre amado, en castidad sobrenatural, levantó su manto con las puntas de los dedos marmóreos de asceta, no obtsante de que la monja, su compañera, escandalizada, decíale:

—¡Qué hacéis!... ¡Vuestra regla os prohibe mostrar el rostro!... ¡Vais a interrumpir el noviciado!

—Dios me lo permite ahora, madre —la contestó. Y el borde de la negra tela subió pausada hasta detenerse en lo alto de la frente. Luego la religiosa juntó las manos y elevó su rostro al tragaluz. Un rayo ancho de pálido sol, donde burbujeaban corpúsculos dorados infinitos, iluminó el semblante de cera. Los ojos místicos fijáronse arriba y dejóse mirar largamente por el amante del Mundo, mientras su imploración decía:

—¡Concédele la paz del alma, Señor!

Sebastián, en delirio los ojos, contemplaba esta visión extraviadamente. ¡Es una imagen de Nuestra Señora de la Agonía! —pensó—. ¡No es ella! ¡No es ella!...

La contera del sable golpeó los ladrillos y, como un borracho, aquel bravo militar salió del Locutorio balanceándose. Afuera leyó sin querer: PACIENCIA... PRUDENCIA...

La plegaria de la novicia le fue acompañando por las calles. El locutorio quedó largo tiempo con la puerta abierta... Pero la paloma mística no quiso escapar de la jaula divina donde ella se escondiese para consagrarse al Dios de las misericordias...

XVI

EN OLOR A SANTIDAD

En los populosos barrios altos, alrededor del Monasterio del Prado, había una verdadera agitación. Una angustia generalizada hacía pensar en desastres ocurridos a las armas patriotas, tal era la inquietud visible en los semblantes. Pero no. Las gentes habíanse hecho desde hacía algún tiempo a la zozobra de la guerra tenaz y lenta. Un desastre, como aquel de Macacona, que impersionó tanto en un primer momento, por ser el primero que las tropas de San Martín sufrieran, bajo el comando del general Tristán, se olvidaba enseguida por el resplandor de un nuevo triunfo. Simples alti-bajos en los grandes sucesos trascendentales. Para el último caso, tenían todos los patriotas la fe puesta allá, en esa como estrella polar que en la campaña de Nueva Granada seguía su marcha triunfadora hacia el sur, en el bizarro Libertador Bolívar, genio americano de la guerra, que había ofrecido su auxilio para exterminar de una vez la resistencia de los ejércitos realistas, fuertemente posesionados todavía de varias provincias en la sierra peruana.

No era esto, pues. ¿Entonces?... Bastaba acercarse a la plazuela, una cuadrilonga extensión terrosa, con un pino amarillento y de mediana altura surgiendo aislado en cada extremo, que se abría frente al Monasterio citado, para darse cuenta

de lo que pasaba. Suficiente era escuchar con disimulo la conversación de cualquier grupo de comadres del barrio. "La Santa", Sor Encarnación del Niño Jesús, milagrosa monja de esa casa de reclusión, estaba enferma extrañamente —enferma, y nada más, se le había dicho a los vecinos a través del torno—. ¿Moriría? ¿Se elevaría al cielo ya, tan pronto, dejando en la desolación a enfermos y creyentes, aquella beata que estaba en "olor de santidad" desde su ingreso, aún antes de que profesara?...

Lima, esta Lima colonial, exaltada y devota, se conturbaba con el suceso. La plazoleta se llenaba de calesas y balancines, personas importantes que iban por sí mismas a inquirir sobre el estado de la monja reverenciada. De los carruajes bajaban cirios y flores, ofrendas que se llevaban al templo en imploración por la preciosa vida. Jamás estuvo aquél tan salpicado de luces, tan perfumado de rosas. La mañana era luminosa, inundada de sol. ¡Pero qué importaban las llamaradas de tropical ardor este día de febrero a los inquietos concurrentes! Lo preciso era saber de ella. Una persona que salía era asaltada por la multitud.

—¿Vuesa merced sabe algo?

—¡No despierta! ¡No despierta!...

—¡Ay, desventura! ¿Qué haremos sin nuestra santa?...

La vida monacal tenía en el barrio creyente y religioso, en torno a cada monasterio, enorme influencia. Había una comunicación constante de adentro afuera, que se traducía en mil formas. Las cuantiosas fortunas que poseían permitíanles prestar protección económica. La atribuída semi-divinidad les permitía también conceder consolador auxilio místico. Allá se vertían las congojas, se obtenía una medicina, se encontraba siempre un plato de puchero. Aguas benditas, limosnas, golosinas, intercesión de reliquias santas, hierbas curativas. Todo se solicitaba en los monasterios por la feligresía, en el gozo como en las pesadumbres.

¿Pero qué mal postraba a la tan amada?... Una mañana se encontró en el dormitorio de su celda las puertas abier-

tas. Sor Encarnación descansaba en el angosto lecho echada de espaldas, con las manos juntas como en oración, los ojos inmóviles, fijos en lo alto y llenos de una luz desconocida. Mica, la negra esclava de la familia, habíala seguido al Convento y la acompañaba como sirviente donada. Esta la llamó:

—Han tocado ya a maitines —díjola desde la puerta, con sorpresa de aquel retraso en la eterna desvelada.

No obtuvo respuesta.

—¡Amita! ¡Amita!

Nada. Se acercó. Las pupilas miraban el cuadro de la Virgen del Carmen colgado en lo más alto del muro fronterizo al lecho. ¡Pero qué extraña la quietud de tal mirada estática!...

Mica salió a dar la voz de alarma. Vino la abadesa y llamó a la durmiente. Silencio... ¿Muerta? Purificóse las manos con agua bendita y tocó la piel translúcida. ¡No estaba muerta! Una suave tibieza había en el sedeño cutis. El capellán, un clérigo anciano, llegó después. La habló. Rezó. ¡Nada!...

—Será preciso que reunáis a la Comunidad —indicó a la superiora.

Alrededor del lecho las monjas se congregaron. Una plegaria se elevó, acongojada, trémula. La yacente figura persistió en su éxtasis...

Una hora, dos, tres. Las habitaciones de la celda eran un hormiguero de madres y donadas, de novicias y reclusas, que entraban y salían, todas convulsas, todas apresuradas. Alguien tuvo la idea de traer rosas de los arbustos que ella, por un milagro, había hecho florecer exuberantes en los jardines de la casa, y se la cubrió los pies hasta la cintura, y se la formó una guirnalda rodeando su busto y aureolando su cabeza sobre la almohada.

¡Oh, prodigio! Los botones reventaron en su torno. Las corolas intensificaron sus matices. Creció increíblemente el aromado aliento de las flores... Las donadas traían más porque los tallos se desgajaban en los tiestos y las platabandas.

¡Prodigio! ¡Prodigio!... Se comunicó el suceso extraordinario al Arzobispo, y el Arzobispo vino en su carroza blasonada con las armas de San Pedro y tirada por cuatro mulas.

¡Prodigio! ¡Prodigio!... Y estuvieron en la celda priores y prelados. Oraciones y exorcismos fueron inútiles. La primorosa faz trasparente manteníase en la quietud inexplicable. El dedo de Dios había tocado sin duda aquella pura frente y producido ese tránsito del Mundo a la Gloria...

La gente reunida en la plaza vio de pronto la mula blanca del doctor Agustín, que llegaba. Acompasadamente aleteaban al paso las grandes orejas de la bestia. El galeno vestía su invariable traje negro, el corbatón de lazos volantes, el sombrero calabrés. La mano derecha se alzaba con ademán habitual amenazando el cogote de la cabalgadura, sin que llegase a pegar.

—¡El doctor Agustín! ¡Allí viene el doctor Agustín! —gritó la muchedumbre. Se le consideraba un médico maravilloso y un revuelto de esperanzas animó a todos. Los ojos se fijaron en él como en una imagen milagrosa, en imploración muda. Hízose calle al posible salvador que iba sonriendo y saludando, en dirección a la portería. Su rostro de mulato, sin pelos, no tenía más llamativo que el blancor de los dientes. En su nariz, sin la roma gordura de los africanos, denunciábase la mezcla de su raza originaria con la de los conquistadores.

Se apeó. Dejó en la puerta su mula amiga y entró. La multitud congregada adentro había anunciado ya a la portera la presencia del médico y éste, al acercarse, sintió el crujido de los goznes de la hoja monumental del Monasterio que se le abría al paso. Tras él cerróse, después de corta disputa con beatas y amigas de las reclusas, que pretendieron colarse.

Una monja, cubierta con el negro velo, le condujo, haciéndole caminar por delante de ella. Una campanita aguda empezó a tintinear desde que comenzó la marcha. La mano huesosa agitábala incesantemente. Terminado el zaguán, entraron en un pequeño claustro. Bajo arquería enladrillada la

campanita iba repercutiendo sin descanso. Un desasosiego turbaba al visitante.

Las monjas salían de todas direcciones, echándose apresuradamente sobre la cabeza el tupido velo. Corrían unas por entre los árboles y plantas del jardín, huyendo como si llegase el demonio, a hundirse en sus habitaciones respectivas. El paso ágil de unas, denunciaba a las monjas jóvenes. El lamentable y difícil correr de otras revelaba la senectud lastimosa. Pero todas apremiadas, todas horrorizadas.

Terminaron el claustro. *Tilín, tilín,* seguía angustiosamente la denunciadora campanilla. *Tilín, tilín, tilín,* más agitadamente cada vez, tremolada por aquella mano que el médico, soslayando, veía asomar bajo del velo, con los dedos sarmentosos crispados.

Después se abrió un espacio terroso y amplio. Casucas aquí y allí desperdigadas. Casucas con corredor y cobertizo, adornadas con tiestos, trepadas las columnas por enredaderas. Ruinosas unas, mozas tal cual. Remembranzas tuvo el doctor Agustín de poblachos circunvecinos a la capital, acaso una semejanza con San José de Surco, con Lurín, acaso con un caserío de hacienda. Gallos y gallinas picoteaban cerca de cada una. Cerdos, ovejas. Jaulas de pajarillos cantores sobre los muros de los vestíbulos o colgantes de los saledizos.

El médico no necesitó que le enseñase su conductora la celda de la enferma. Varias monjas cubiertas estaban en una casucha, esperando, y al centro de ellas, como un pastor rodeado de su rebaño, el hábito negro del capellán se distinguía.

Tilín... tilín... ¡Qué odiosa aquella voz penetrante que se producía a sus espaldas!... Le tendió la mano el clérigo.

—¡Entrad, doctor! —díjole compungido.

Cesó el repiqueteo entonces. ¡Gracias a Dios!... Avanzó. Encontróse en una salita cuyo testero principal llenaba un largo sofá con elevado respaldo de madera adornado con incrustaciones. El asiento era una tela tejida de cerda, luciente,

combada. Los brazos de los distanciados extremos tenían una colchadura igual. Delante dos alfombrillas unidas. Una estera cubría los ladrillos del piso. Sillas de baqueta aquí y allí, para la tertulia entre compañeras en horas de holgorio, y, alguna vez, con personas de la familia que obtenían permiso especial para el ingreso, mujeres tan sólo, indudablemente, ya que el rito cristiano hace a las recluídas sentir horror al hombre. Encima del sofá, un gran crucifijo. Por todos lados floreros cargados de rosas admirables, floreros que se habían traído ahora, que pertenecían a la iglesia, y que siendo Sor Encarnación del Niño Jesús, seguro serafín ya del coro celeste, no se había tenido reparo en utilizar para esta ocasión. Dádivas suntuosas de los devotos de la nobleza limeña, se adivinaba al observar su riqueza.

Tras esta pieza, el dormitorio. Un lecho sencillo. Sorprendió allí al recién llegado el ambiente forestal, inquietante. Cirios aquí y allí. Cirios que chisporroteaban sobre las arandelas y que una donada despabilaba con las tijeras bulliciosas de rato en rato.

—Decidnos, ¿está muerta?

El doctor Agustín se aproximó a mirar el semblante translúcido, inclinándose. Sintió como un vértigo a la emanación concentrada de las flores que cubrían las mantas.

—¡Pero no la toquéis! —gritó el capellán conteniendo un movimiento del médico.

Y luego con voz preñada de unción, agregó:

—Está en "olor de santidad", sólo manos consagradas podrán tocarla.

El facultativo averiguó:

—¿No se ha intentado cerrar sus ojos?

—¡Oh, sí, cien veces!... Los abre enseguida como si quisiese seguir mirando a la tierra que ella ha glorificado.

Una congoja sollozante surge en el auditorio de hijas del Señor.

—¿Y desde cuándo está así?

—Tres días hacen ya.

—¡Tres días! —meneó el sabio la cabeza de encrespado pelo que el cosmético se empeñaba en hacer lacio.

—¿La creéis muerta vos? —averiguó el sacerdote.

El interpelado se acordó de ciertas lecturas y dijo:

—Si la muerte es la inmovilidad, el "no ser", esta religiosa está muerta.

—¡Pero advertid —dijo casi en una protesta el pastor de almas— que conserva el calor de la piel, que no se descompone el cuerpo carnal!

Quiso otra vez el hombre de ciencia constatar el fenómeno y se aproximó.

—¡Pero no la toquéis, os digo!

—¡Ah! —exclamó reponiéndose—. Entonces... entonces, el caso no está al alcance de mis conocimientos. El pertenece más a vos que a mí, padre.

—¿Queréis decir que es un caso extraordinario, prodigioso?

—¡Es verdad!

—¿Y si supieséis que estas rosas están allí desde hace tres días, también sin marchitarse, y que siguen creciendo como si estuviesen en su planta?

—¡Oh, ya os lo he dicho! Este no es un caso que pueda explicar yo. Convocad al clero, hacer rogativas, emplead todos los medios religiosos que imaginéis convenientes. Yo no he visto un cadáver que permanezca sin entrar en la descomposición tres días.

El doctor Agustín salió, seguido por la odiosa campanita que iba anunciando su paso. Confuso avanzaba analizando el misterio, confundiéndose en su razón los conceptos de la ciencia con los inescrutables orígenes del raro suceso. El capellán y las religiosas que velaban a Sor Encarnación pensaban:

—Hasta la ciencia, enemiga de Dios, cree en el prodigio.

En la portería y la plaza, las gentes se le prendieron a sus brazos, se le colgaron al pescuezo y las orejas de la mula en sobresaltos.

—¿Qué hay, doctor?

—¿Está efectivamente muerta?

El mulato se sacudía de los abrumadores y exclamaba:

—¡Eso no está a mi alcance! ¡Es un prodigio! ¡Es un milagro!...

Y los congregados en la plaza clamaban:

—¡Es un milagro! ¡Es un prodigio!... ¡El doctor Agustín, tan sabio, dice que no comprende lo que pasa, que es un prodigio!...

Y la opinión del médico circulaba entre los grupos excitando la fe.

—¡Es una santa! ¡Es una santa!

Una mañana, quince días después, las religiosas que hacían guardia en la celda sagrada, notaron un movimiento muy débil en el cuerpo de la elegida. Los párpados aletearon luego, aletearon, en inmovilidad del semblante, se estremecieron las manos, sin desunirse, y los ojos cerráronse para siempre. Empezaron a marchitarse enseguida las rosas del lecho, y, entonces, el capellán convocó a la comunidad para rezar las preces de los moribundos.

—¡El Señor se la lleva ya!... ¡Que en su Reino ella vele por nosotros!...

El rezo sollozante del auditorio se prolongó largas horas.

XVII

LA LIBERTAD CONSUMADA

Las armas de los patriotas iban a realizar el definitivo esfuerzo. San Martín había regresado del Sur con la mayor parte de sus tropas. Su abnegación, en conformidad con las imperativos de su alma generosa, indújole a apartarse a fin de evitar recelos y divisiones que perjudicasen la libertad del Perú, dejando la obra de consumar la emancipación al libertador de la república de Colombia, que así vendría sin obstáculos, aportando a la lucha sus ejércitos veteranos y sus poderosos recursos militares. Para conseguir ese objeto, él se arrojaba del marco de gloria en que debía hallarse para que fuese colocada en él otra figura. A su desinteresado idealismo bastaba la conquista de la libertad, no importaba quien la obtuviese. Satisfecho con su título de Protector, marchóse a su país con el alma tranquila, después de hacer cuanto le fue posible por la libertad del Perú y de América.

Nombrado entonces por el Congreso peruano dictador el general Bolívar, empeñóse éste en la realización de los anhelos americanos. Penosas fueron las vicisitudes que afligieron a la causa de los patriotas. Hubo defecciones en el ejército patriota como las hubo antes en el realista. Lima fue ocupada, de nuevo, por las tropas del Rey de España, los castillos legendarios

del Real Felipe izaron otra vez el pabellón de los dominadores. Y un momento creyóse que la causa de la libertad era ahogada como en anteriores tentativas.

Sin embargo, el genio incomparable de Bolívar no era capaz de doblegarse frente a los reveses de la incesante guerra. Con firmeza y fe absolutas, seguro de triunfar, trabajó activamente en la reconstitución del ejército patriota, logrando reunir en junio de 1824 más de nueve mil hombres, entre argentinos, colombianos y peruanos, que comandaban sus bravos auxiliares, los generales Sucre, La Mar, Miller, Necochea, Córdova, Santa Cruz y otros denodados jefes. Salió de Trujillo, cuartel general en la tarea de organización, avanzando por las crestas de los Andes hacia el valle de Jauja, donde tenía sus cuarteles el general Canterac. Este, al conocer tal aproximación de las tropas enemigas, resolvió marchar hacia el Sur, para reunirse con el ejército realista que actuaba en el Cuzco a las órdenes del Virrey, general La Serna, y al pasar por las pampas de Junín, se puso en contacto con la caballería de los patriotas, dirigida por el valeroso Necochea. Observando que sus efectivos en esta arma eran superiores, pues los de éstos sólo alcanzaban a novecientos hombres y las que le obedecían a mil trescientos, creyó propicia la situación y desplegó en línea de combate sus batallones. En el primer momento, los escuadrones de patriotas fueron arrollados, pero un cuerpo que comandaba Suárez, militar peruano, entró oportunamente en batala y cambió la faz del combate. Los patriotas se rehicieron y se trabó una lucha porfiada y heroica, que, al cabo, determinó el desorden de las tropas realistas, quedando el campo por los patriotas. Ese escuadrón de peruanos mereció ahí por su bizarra actuación que el Libertador le bautizara con el nombre de "Húsares de Junín".

Esta derrota motivó la retirada de todo el ejército español, ya que descalificaba a su caballería, orgullo de siempre. Alentado por aquel brillante triunfo, el ejército patriota siguió a Canterac, que se dirigía a Huamanga en el deseo de rehacerse allí con los auxilios del Cuzco. Su retirada fue desastrosa,

debido al gran número de deserciones ocurridas por el estado de abatimiento causado el 6 de agosto por el desastre de Junín.

Bolívar, entonces, pleno de confianza en sus generales y comprendiendo la necesidad que había de recuperar Lima y sacar de ella recursos para el ejército, celebró con sus auxiliares un memorable consejo de guerra y quedó trazado allí un habilísimo plan de campaña. Delegó el mando supremo de las tropas independientes al inmortal guerrero, el general don Antonio José de Sucre, dirigiéndose él a Lima, ciudad que ocupó los primeros días de diciembre.

Antes de partir, y en presencia de todo el ejército, concedió ascensos justos a sus subordinados y entre ellos, con especial distinción, al Coronel Sebastián Taboada, que dirigía un cuerpo de milicias peruanas. "Sois —díjole— un militar de envidiable porvenir. He admirado siempre la exactitud de vuestra táctica en los consejos y no se ha escapado a mi mirada vuestro valeroso comportamiento en las batallas. ¡La causa de la Libertad os debe mucho, coronel, y debéis estar orgulloso. Os encomiendo la heroica tarea de acosar de cerca a los españoles".

Nuestro viejo amigo palideció y sus ojos melancólicos y ensoñados se bajaron a mirar la roca azul que pisaba sobre los Andes las botas de los guerreros. Una lágrima brotó súbita, imperceptiblemente.

—Está bien, mi general —contestó.

Bolívar con su penetración genial, había observado esa lágrima. "¡Ah, —pensó— este hombre tiene el corazón blando y firme de los héroes!"

¿Si él hubiese sabido qué amarguras, qué espantosas amarguras inundaban esa alma?... El, tan apasionado, ¿qué no hubiese querido hacer para llenarlas de las alegrías del amor, obstinadamente cruel para el glorioso amante?... Sin embargo, ni todo su poder, ni con todos sus ejércitos en embestida fiera, habría podido demoler lo imposible... Encarnación, "Sor Encarnación del Niño Jesús", había muerto. Sus restos dormían

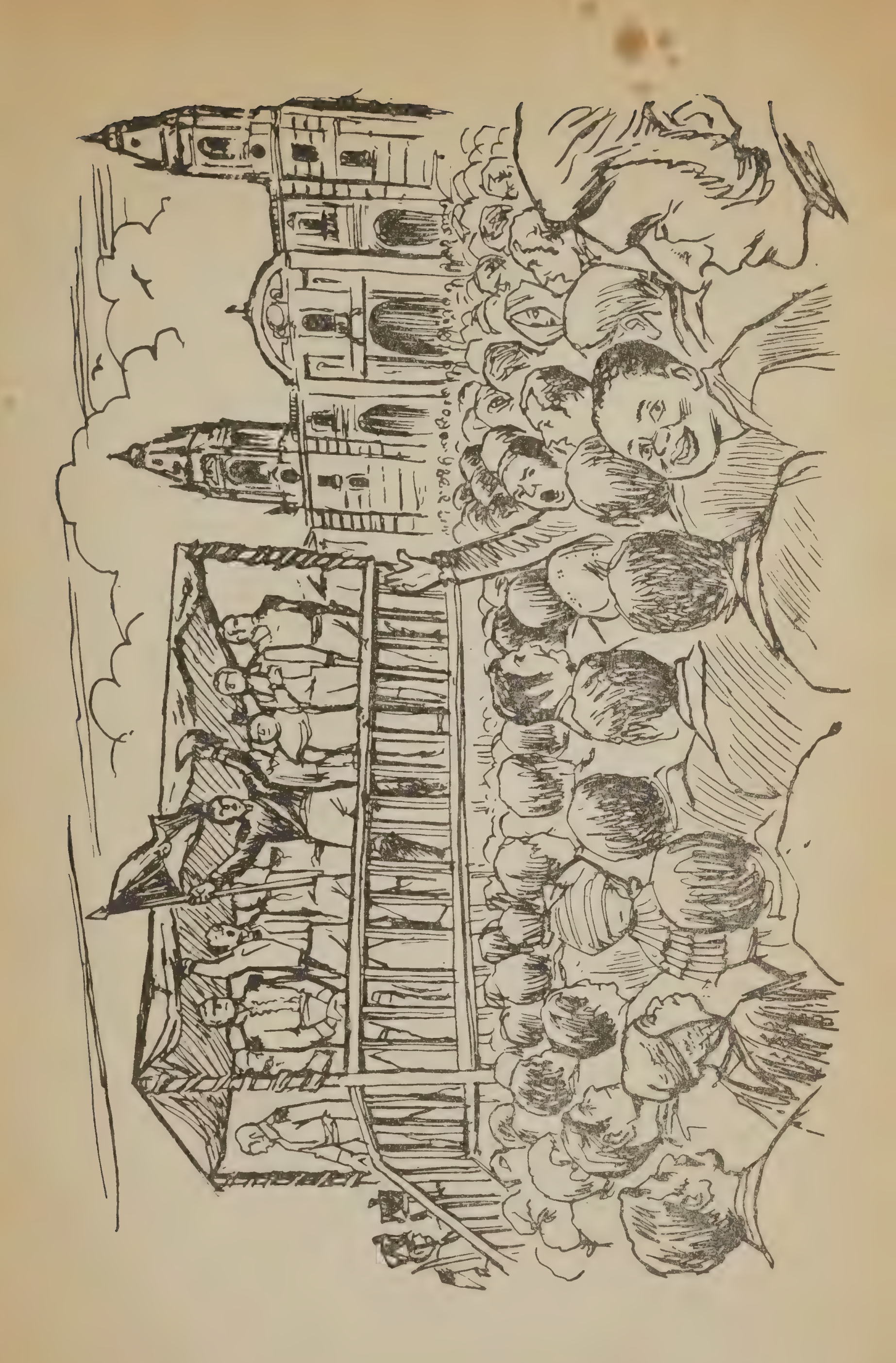
entre rosas en el cementerio del Convento del Prado, en una urna de cristales que cubrían los exvotos, y que estaba rodeada siempre de almas adoloridas que la pedían su intercesión pródiga.

¿Para qué quería él la gloria con un largo porvenir?... La gloria, sí, pero la gloria junto con la muerte. Pero tampoco quería que ella llegase sin ver el final, sin contribuir él al final sagrado de la igualdad. Refrenaba su desesperación y su fatiga de vivir por este anhelo abnegado. Pretendía que en el Mundo quedasen las cosas justamente, que no hubiese marqueses tiranos que atropellaran con pisoteos de caballos salvajes el amor de sus hijas, que no hubiese hombres avergonzados y proscritos por la mancha del pecado de otros hombres, que fueron sus padres de casualidad en la funesta hora del delito, como él lo había sido...

Todo vendría con la libertad, con los nuevos principios, y él no podía negar su espada a los hijos de su alma, a los que amarían después de él, a los que se "prendasen de una estrella". Su brazo haríales falta, tal vez.

Y, sólo rebelde contra la Vida, se resignaba al desamparo de su amor, pero en su eterna ensoñación clamaba a la santa: "No permitas que muera hasta que esté enderezado todo, hasta que desaparezcan los magnates que, "por la estirpe", sacrifican a sus hijos que debieron amar sobre todo".

Operóse al fin la reunión de los ejércitos realistas y el Virrey asumió personalmente el mando supremo. Su número total, ascendente a nueve mil hombres, era superior al de las fuerzas patriotas, que sólo llegaban a cinco mil. La Serna asumió la ofensiva e intentó flanquear a sus enemigos, pero el genio de la guerra inspiraba a los patriotas y Sucre esquivó hábilmente tal propósito. Llegó la hora que el destino había fijado y ambos ejércitos se detuvieron. Las cumbres del Condorcanqui, con sus laderas tendidas y secas dejaban en el centro una pequeña llanura, profunda como el fondo de una copa, y aquí resolvió Sucre esperar a los realistas, tenaces en la ofensiva.



En la mañana del 9 de diciembre, el Virrey inició el ataque, desplegando sus ejércitos convenientemente. Pensaba que la irrupción de sus tropas sobre aquel valle diminuto aniquilaría en breves momentos al ejército contrario, como una catarata avasalladora. Cubrió con un cuerpo la abertura de la quebrada para que no escapase un solo soldado y rompió los fuegos. Descendieron inmediatamente su caballería y su artillería, compuesta de dos piezas, y fue arrollada una avanzada patriota. La división de Córdova, con escuadrones de caballería, avanzó entonces al calor de estas palabras: "¡Soldados, adelante: armas a discreción, paso de vencedores!"... El general Sucre decíales allá: "¡De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!"... Córdova hizo retroceder con su acometida a los atacantes. La división realista Monet vino en socorro, pero como tuvieron que atravesar la quebrada, llegaron fatigados y sin orden, lo que aprovechó Sucre para mandar varios escuadrones de la división Miller, que se movieron con milagrosa rapidez, arrollándose a las brigadas realistas en sangrienta lucha. En el ala derecha, La Mar atacó vigorosamente la división Valdez, y ésta se vio obligada a retroceder desmoralizada y deshecha. Córdova entre tanto proseguía su avance, destruyendo los escuadrones de caballería que estaban al pie del Condorcanqui.

En tal estado, comprendieron los patriotas que la victoria era suya y redoblaron sus esfuerzos. A la una del día, numerosas tropas realistas emprendían la fuga en dispersión y sólo unos cuantos cuerpos luchaban denodadamente contra el bizarro ejército patriota, pleno de entusiasmo y ardor guerrero.

En este momento, Sebastián, el infatigable oficial que estaba cubierto de sudor y de sangre, elevó al Cielo sus ojos tristes e imploró: "¡Ahora sí, Encarnación, la libertad está ya consumada!"... Clavó furioso las espuelas y acometió a las tropas que resistían en las faldas gloriosas de aquel cerro histórico... Cuando elevaron su voz temblorosa los clarines españoles ordenando la retirada a discreción, el coronel Sebastián se derrumbó de la silla...

—¡Ah, al fin! —murmuró—. ¡La libertad!...

Hubiese sido imposible determinar cuántas eran sus heridas, pero en medio del pecho estaba clavada la punta de una lanza.

FIN

